

Universidad Andina Simón Bolívar

Sede Ecuador

Área de Letras y Estudios Culturales

Maestría en Estudios de la Cultura

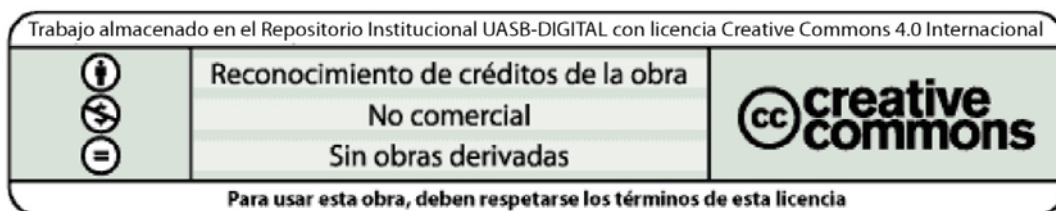
Mención en Literatura Hispanoamericana

El beso de la mujer araña y Tengo miedo torero: masculinidades revolucionarias y disidentes más allá del hombre nuevo

Carlos Pablo Villafuerte Vivanco

Tutora: Alicia Ortega Caicedo

Quito, 2018



CLÁUSULA DE CESIÓN DE DERECHO DE PUBLICACIÓN DE TESIS

Yo, Carlos Pablo Villafuerte Vivanco, autor de la tesis intitulada “*El beso de la mujer araña y Tengo miedo torero: Masculinidades revolucionarias y disidentes más allá del hombre nuevo*”, mediante el presente documento dejo constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos a la obtención del título de Magíster en Estudios de la Cultura, mención: Literatura Hispanoamericana en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 36 meses a partir de mi graduación. Por lo tanto, la Universidad puede utilizar esta obra siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en los formatos virtual, electrónico, digital, óptico, como usos en red local y en internet.

2. Declaro que en caso de presentarse cualquier reclamo respecto de los derechos de autor/a de la obra referida, yo asumiré toda responsabilidad.

3. En esta fecha entrego a la Secretaría General, el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso y digital o electrónico.

Fecha, septiembre de 2018

Firma:

Resumen

El triunfo de la Revolución Cubana, el uno de enero de 1959, supuso para muchos la oportunidad de crear una nueva sociedad, basada en principios de equidad, inclusión y justicia social, que sería impulsada por un nuevo tipo de sujeto, marxista, valiente, recto y dispuesto a pelear y sacrificarse por el bien común: el hombre nuevo. Este ideal de individuo, sin embargo, deja afuera de la sociedad y del proceso revolucionario a aquellos que por diversos motivos no encajan en esa construcción discursiva. Un buen ejemplo de ello son los homosexuales, quienes durante la Revolución fueron no solo excluidos, sino también violentados y subalternizados, aun cuando comulgaran con algunos de los principios revolucionarios.

Esta investigación problematiza la siempre difícil relación entre revolucionarios y homosexuales, a propósito de la amistad que se forma entre los dos pares de personajes, representativos de ambas posiciones, de las novelas del corpus de estudio: *El beso de la mujer araña*, de Manuel Puig, y *Tengo miedo torero*, de Pedro Lemebel. La observación de los personajes, desde una perspectiva crítica enmarcada en los estudios de la cultura, el género, el cuerpo y la literatura, permitirá definir y matizar las posiciones de hegemonía y subalternidad que ellos encarnan a la luz de variables como el género, el sexo y el orden social. Dichas reflexiones, a su vez, serán de gran utilidad al momento de identificar los elementos discursivos sobre los que se asienta el hombre nuevo como construcción ideológica, así como también en la tarea de determinar el significado y la construcción de la loca homosexual, como categoría teórica y como vivencia política transgresora de la masculinidad dominante.

De esta manera, la investigación demostrará que la revolución puede ser llevada a cabo por sujetos que no necesariamente encarnan por completo los patrones de comportamiento que se esperan del hombre nuevo: que hay revolucionarios que llevan camuflaje, pero que también hay otros que usan rouge y algo de maquillaje.

Dedicatoria

A mi padre, Carlos, y mi madre, Clemencia, por regalarme el amor, la literatura, la docencia, la risa, el sustento y la vida misma.

A mis hermanas, Viviana y Jéssica, con quienes he atravesado y atravesaré muchas existencias, todas cargadas de un amor infinito.

A Marcel López, siempre tú, Marcel, por enseñarme a amar.

Al amor, en todas y cada una de sus formas y manifestaciones: el único camino a la verdadera trascendencia.

Agradecimientos

A la Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador, por los conocimientos recibidos y por acogerme y convertirse en mi casa durante los nueve meses que duró mi estancia en Quito.

A mis padres, por el constante e incansable apoyo que me brindaron.

A mis hermanas, por su afecto perenne, que sin duda va más allá de la vida.

A mi tutora de tesis, Alicia Ortega, por su valiosa ayuda en la realización de este documento y por enseñarme que aún hay ternura y personas buenas en la Academia.

A la Unidad Educativa Particular Politécnico (COPOL), por nuevamente brindarme su apoyo y permitirme volver a casa a demostrar, aplicar y replicar lo aprendido.

Finalmente, a Marcel López, mi compañero de vida, por hacer que Quito sea menos frío con cada visita suya.

No necesito disfraz
 Aquí está mi cara
 Hablo por mi diferencia
 Defiendo lo que soy
 Y no soy tan raro
 Me apesta la injusticia
 Y sospecho de esta cueca democrática
 Pero no me hable del proletariado
 Porque ser pobre y maricón es peor
 Hay que ser ácido para soportarlo
 [...]

¿No habrá un maricón en alguna esquina
 desequilibrando el futuro de su hombre nuevo?
 ¿Van a dejarnos bordar de pájaros
 las banderas de la patria libre?
 [...]

¿Tiene miedo que se homosexualice la vida?
 Y no hablo de meterlo y sacarlo
 Y sacarlo y meterlo solamente
 Hablo de ternura, compañero
 Usted no sabe cómo cuesta encontrar el amor en estas condiciones
 Usted no sabe
 Qué es cargar con esta lepra
 [...]

Mi hombría me la enseñó la noche
 [...]

Mi hombría no la recibí del partido
 Porque me rechazaron con risitas
 [...]

Mi hombría fue la mordaza
 [...]

Mi hombría fue morderme las burlas
 Comer rabia para no matar a todo el mundo
 Mi hombría es aceptarme diferente
 Ser cobarde es mucho más duro
 [...]

Mi hombría fue difícil
 Por eso a este tren no me subo
 Sin saber dónde va
 Yo no voy a cambiar por el marxismo
 Que me rechazó tantas veces
 No necesito cambiar
 Soy más subversivo que usted.

Manifiesto (Hablo por mi diferencia), Pedro Lemebel (2011)

Tabla de contenidos

Resumen	5
Introducción	
Entre locas y revolucionarios.....	15
Capítulo uno	
Masculinidades hegemónicas y subalternas: hombres frágilmente invulnerables y hombres ‘maruchos’ desbordantes	21
1.1. Masculinidades hegemónicas: Valentín y Carlos, invulnerabilidad revolucionaria y orden masculino	22
1.2. Masculinidades subalternas: Molina y la Loca del Frente, del exceso a la ‘lengua marucha’	33
1.3. El dinamismo de las posiciones de poder surgidas de las relaciones entre ambas masculinidades: de igual a igual entre la precariedad, el encierro y el afecto.	43
Post scriptum uno	56
Capítulo dos	
El hombre nuevo y su masculinidad hegemónica frente a dos locas revolucionarias y desbordantes.....	57
2.1. El hombre nuevo: intelectual comprometido y devenir revolucionario, inacabado y sin ‘pecado original’	58
2.2. El hombre nuevo: Valentín y Carlos, masculinidades hegemónicas revolucionarias	69
2.3. El hombre nuevo y la diversidad sexual: la Loca del Frente y Molina, dos locas excesivamente revolucionarias	84
Post scriptum dos	100
Conclusiones	
Post scriptum tres, para no dejar la costumbre del exceso.....	103
Bibliografía.....	106

Introducción

Entre locas y revolucionarios

En 1986, durante un acto político de izquierdas, Pedro Lemebel leyó en su versión completa el texto que, a manera de epígrafe, abre esta investigación. En su *Manifiesto* el escritor chileno problematiza, desde su diferencia y subjetividad de loca homosexual, la relación entre la izquierda revolucionaria, surgida a partir de la interpretación que la Revolución Cubana hizo del marxismo soviético, y la diversidad sexual, más concretamente la homosexualidad masculina. El texto deja en claro la postura de la Revolución, retrógrada en cuestiones de sexualidad, de constantemente limitar la participación política y aun social de homosexuales y sujetos no identificados con las construcciones hegemónicas de masculinidad, incluso en un supuesto escenario de justicia social. Desde la perspectiva ideológica Revolucionaria, la homosexualidad no es más que un rezago pequeñoburgués y una desviación, consecuencia del individualismo de la decadente sociedad capitalista, cuya erradicación era fundamental para la construcción del hombre nuevo. Lemebel, a partir del mismo tono del manifiesto, eleva su voz contra aquello y lo hace visibilizando la diferencia y el cuerpo de la loca homosexual en todas sus dimensiones y vicisitudes, para finalmente terminar abrazando y reafirmando dicha diferencia, la que considera por sí misma revolucionaria. El tema de esta investigación se mueve por un camino similar al propuesto por Lemebel en su manifiesto, y lo hace a partir del análisis de los personajes masculinos de las dos novelas mencionadas en el título, que son a su vez el corpus de estudio de este documento.

El beso de la mujer araña y *Tengo miedo torero* guardan características en común, a partir de las cuales se configura el objeto de estudio: las masculinidades representadas por los personajes de las narraciones. En primer lugar, las dos son novelas: de escritores latinoamericanos, de temática homosexual y con un presente narrativo inscrito en gobiernos de dictaduras de derecha (argentina y chilena, respectivamente). De igual manera, ambas narraciones problematizan la relación de la homosexualidad con la izquierda revolucionaria, cuya influencia e ideología se extendió por toda América Latina, a través de la relación que los personajes entablan entre sí en el devenir de ambos textos. Los personajes masculinos de las dos novelas ofrecen al lector diferentes visiones de la masculinidad: por un lado, los personajes heterosexuales

se inscriben dentro de una masculinidad hegemónica que se vincula con expresiones estereotipadas relacionadas con la masculinidad, como valentía, don de mando y de lucha y supresión de expresión los sentimientos, características que al mismo tiempo se atribuyen a la figura del hombre nuevo de la izquierda revolucionaria. Por otra parte, los personajes homosexuales ofrecen una visión de una masculinidad subalterna que disiente y se aleja de la masculinidad hegemónica, relacionada con el exceso, lo femenino y la cultura *pop* como manifestación de esa disidencia. Lo singular de las novelas es que, en el desarrollo de los acontecimientos, tanto los personajes homosexuales como heterosexuales demuestran que sus respectivas construcciones de masculinidad van disintiendo de la masculinidad hegemónica expresada en la figura del hombre nuevo. Los personajes heterosexuales, durante la narración, se permiten a sí mismos experimentar los sentimientos que antes suprimieron y lo hacen a través de los personajes homosexuales, por quienes llegan a desarrollar afecto; mientras que los personajes homosexuales, por el mismo afecto, llevan a cabo una lucha contra la dictadura de derechas a la cual se oponen los primeros personajes mencionados. De esta manera, ambas novelas dejan constancia de que la lucha y el cambio social que la Revolución puso como paradigma no están necesariamente encarnados en un ser que represente las características de una masculinidad hegemónica, como lo hace la idea del hombre nuevo.

Dentro del análisis propuesto es necesario considerar algunos matices a manera de precisiones. Entre *El beso de la mujer araña* y *Tengo miedo torero* hay veinticinco años de diferencia, tiempo en el cual se escribieron en América Latina otras novelas de temática homosexual o que al menos dieron un vistazo al tema a través de personajes homosexuales. En estas novelas los personajes homosexuales (como por ejemplo *El lugar sin límites* de José Donoso con La Manuela o Catarino en *Cien años de soledad*, de García Márquez) lejos de encarnar una disidencia directa al poder se encuentran insertos de manera más o menos armónica en el entramado social. La inserción de estos personajes (o se podría decir también de las prácticas homosexuales) en la comunidad se debe principalmente a que se encuentran en una suerte de gueto (un burdel, una cárcel, un barrio) que los aísla (u oculta) del ojo público. Si bien la homosexualidad por sí misma es considerada una disidencia al sistema binario sexo-género por autores como Judith Butler, esta actitud disidente es aún más visible o patente cuando estos personajes se mueven por los caminos de la política y de las acciones de reivindicación y de justicia social, como sucede con las novelas del corpus escogido para esta investigación.

En el mismo sentido, el que los personajes homosexuales (y las masculinidades que estos encarnan) de otras novelas puedan estar medianamente integrados al entramado social sin mayores problemas indica que la posición que ocupan en él no siempre es de subalternidad completa, cosa que no sucede cuando se trata de personajes homosexuales cuya disidencia, tanto política como social, es visible. De aquí que sea siempre necesario tener en cuenta que las posiciones de subalternidad o hegemonía de una u otra masculinidad, lejos de ser estáticas, son más bien móviles y dependen de variantes como el género, el sexo, el orden social, económico, político, etc.

A partir de todo lo anterior, se plantea la pregunta de investigación de este trabajo, que se interroga si es la representación de la masculinidad de los personajes hombres en las novelas del corpus una forma de subversión y resistencia a la figura del hombre nuevo, que emerge de los valores e ideología de la izquierda revolucionaria. Con el objetivo de responder dicha interrogante, la investigación también se propone unos objetivos específicos, siempre relacionados con la pregunta ya mencionada, que buscan: definir y matizar las posiciones de hegemonía y subalternidad de las masculinidades en relación al género, al sexo y al orden social; identificar los elementos discursivos sobre los que se asienta la construcción ideológica del hombre nuevo, de la izquierda Revolucionaria latinoamericana; y, finalmente, determinar qué significa y cómo se construye el personaje de la loca como vivencia política transgresora de la masculinidad dominante observada desde la izquierda revolucionaria a través de la figura del hombre nuevo. Para la consecución de la respuesta a la pregunta de investigación y de los objetivos específicos propuestos, el trabajo asumirá una perspectiva crítica basada, de manera general, en los estudios de género, de masculinidad, del cuerpo y literarios, que se enmarcan en la transdisciplinaridad de los Estudios Culturales. En un vistazo más específico serán nucleares conceptos como el de masculinidad hegemónica y masculinidad subalterna, propuestos por Robert Connell, así como también las reflexiones de Pierre Bourdieu en torno a la dominación masculina y de Néstor Perlongher, del Frente de Liberación Homosexual de Argentina, alrededor de la figura e identidad de la loca, como vivencia política transgresora. Para identificar las líneas discursivas que alimentan al hombre nuevo se emplearán documentos surgidos en el interior de las filas revolucionarias de diferentes partes del continente, que a su vez serán leídos a la luz de las perspectivas críticas ya mencionadas.

La selección del corpus de estudio se dio a partir tanto de la ya mencionada problematización que hacen ambos de las relaciones entre revolucionarios y

homosexuales, como del lugar que ocupan en el canon de las letras latinoamericanas en general, no únicamente en el ámbito de los estudios literarios, de género o *queer*. La relación entre los dos pares de personajes que ambas novelas construyen, a partir de su interacción constante, permite examinar las dinámicas de poder y dominación que se gestan entre ellos y determinar así en qué momentos se subvierten y a partir de qué elementos. En cuanto a lo mencionado al inicio de este párrafo, la novela de Puig es considerada como fundacional por la crítica. El texto desarrolla y profundiza, desde el espacio de la prisión, ambas subjetividades y su relación entre ellas: la homosexual y la revolucionaria, a partir de las conversaciones continuas, preguntas y repreguntas casi como en una sesión de psicoanálisis, entre los dos personajes, sin mediación de un narrador y en estilo directo. Lemebel, por otro lado, veinticinco años después que Puig vuelve a plantear la misma problemática en una ficción que mira al pasado, atravesada ahora por la visibilización conseguida de los colectivos LGBTI, hacia una dictadura que oprimió a todos: homosexuales, revolucionarios y a la patria en general. El corpus fue seleccionado, así mismo, por la utilidad que ofrece en la tarea de dibujar, a través de sus personajes revolucionarios, la figura del hombre nuevo, así como también en identificar las líneas discursivas que lo alimentan, consecuencia de un proceso como la Revolución, que siempre se pensó y buscó ser continental, no confinado a los límites de un Estado. De esta manera, los revolucionarios de Puig y Lemebel, desde sus respectivas naciones, son resultado de una misma ideología y anhelo político y comparten en ese sentido rasgos en común.

Finalmente, detrás del lugar canónico que ambas narraciones ocupan en las letras latinoamericanas, con su respectiva gran cantidad de estudios y análisis en torno a ellas, hay un criterio de selección que busca encontrar rutas de aproximación y análisis a dichos textos diferentes de las ya planteadas hasta el momento. La crítica ha estudiado ambas novelas desde perspectivas como la de los binarismos de género, de los recursos literarios, de la significación de la cultura popular o de la crítica política. Sin embargo, pese a eso, se han obviado aproximaciones como la de las masculinidades diferentes plasmadas en los textos, tanto desde los personajes heterosexuales como homosexuales, así como también la de los análisis de las líneas discursivas que alimentan al hombre nuevo, figura central y aspiración máxima de la izquierda revolucionaria. Esto posibilita una entrada de estudio diferente a ambos textos, estudiados y canonizados a profusión.

La investigación consta de dos capítulos y tres post scriptum a manera de conclusiones. En el primero de ellos se analizará a los personajes de Valentín y Molina,

de Puig, y Carlos y la Loca del Frente, de Lemebel, a la luz del desarrollo teórico de las categorías de masculinidad hegemónica y subalterna. Finalmente, se evaluará la movilidad de las posiciones de hegemonía y subalternidad de las masculinidades presentes en los textos a partir de variables como la precariedad, el cuerpo y el afecto. El segundo capítulo está destinado al análisis de la figura del hombre nuevo, como categoría teórica, a partir de la lectura hermenéutica de textos producidos por la Revolución y el estudio pormenorizado del campo cultural cubano, durante el tercer cuarto del siglo XX, desde la llegada de Fidel Castro al poder. Las reflexiones del punto anterior, más las obtenidas en el primer capítulo de la investigación, serán fundamentales para observar desde ellas a los personajes de Valentín y Carlos y Molina y la Loca del Frente. En el primer par de personajes se analizarán las intersecciones entre las categorías de masculinidad hegemónica y hombre nuevo, que refuerzan la ya conocida postura revolucionaria hacia las diversidades sexuales. Finalmente, el segundo par de personajes será estudiado a la luz de las teorías de género ya analizadas y de los sentidos que la Revolución teje en torno a las diversidades sexuales, para ampliar así su sentido y determinar en qué momentos y de qué forma subvierten y disienten tanto a la idea de hombre nuevo, como a la de la masculinidad hegemónica.

Escribir sobre masculinidades implica también reflexionar alrededor de las jerarquías que se asocian a ellas. Con ese punto de partida inicia este trabajo a continuación.

Capítulo uno

Masculinidades hegemónicas y subalternas: hombres frágilmente invulnerables y hombres ‘maruchos’ desbordantes

1.1. Masculinidades hegemónicas: Valentín y Carlos, invulnerabilidad revolucionaria y orden masculino

-A ver... contestame, ¿qué es ser hombre para vos?

-Me embromaste.

-A ver... contestame, ¿qué es la hombría para vos?

- Uhm... no dejarme basurear... por nadie, ni por el poder... Y no, es más todavía. [...] es no rebajar a nadie, con una orden, con una propina [...] no permitir que nadie al lado tuyo se sienta menos.

(Puig 2011, 70)

¿Por qué era tan educado con ella si sabía que le diría que sí? ¿Para qué acentuaba esa cortesía de viejo antiguo? [...] Lo único que quería era que él le faltara el famoso respeto. Que se le tirara encima aplastándola con su tufo de macho en celo. Que le arrancara la ropa a tirones, desnudándola [...] Porque ése era el único respeto que ella había conocido en su vida, el único aletazo paterno que le desrajó en hemorragia su culito de niño mariflor.

(Lemebel 2001, 55)

Los fragmentos del corpus objeto de estudio, empleados como epígrafes con los que inicio este acápite, son ideales para plantear una aproximación sistematizada a la categoría de masculinidad hegemónica, desarrollada por el australiano Robert Connell en su libro *Masculinidades* (2003). Sin embargo, y antes de definirla y utilizarla en el análisis de los textos en cuestión, es conveniente resaltar dos puntos importantes respecto a la construcción de la masculinidad y que las citas empleadas ilustran adecuadamente. Ambos fragmentos tienen elementos en común. En primer lugar, se llevan a cabo en relación con un otro: en la novela de Puig, durante una conversación entre Molina y Valentín¹ (característica sobre la que se asienta toda la narración), mientras que en la de Lemebel, se trata de los pensamientos de la Loca del Frente respecto a Carlos². De igual manera, en ambos fragmentos los personajes muestran lo que consideran es “ser hombre” a partir de su propia subjetividad y experiencia. De ahí que se puede decir, y en el mismo sentido en que lo plantea Carlos Lomas en su ensayo “Masculino, femenino y plural” (2003), que “no existe una manera única y excluyente de ser mujer y de ser hombre, sino mil y una maneras diversas [...] en función no solo del sexo [...] sino también de su grupo social, de su edad, de su ideología, de su capital

¹ Personajes de *El beso de la mujer araña*. Ellos comparten una celda en el penal de Villa Devoto, en Buenos Aires, durante los años de la dictadura argentina. Valentín es un prisionero político acusado de actividades subversivas vinculadas con la izquierda revolucionaria y Molina, un homosexual aficionado a las películas y a los boleros, está encarcelado por corrupción de menores.

² Personajes de *Tengo miedo torero*. Carlos es un joven universitario miembro del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, quien en conjunto con otras personas planifica un atentado en contra del dictador chileno Augusto Pinochet. Carlos guarda los implementos necesarios para el ataque en la casa de la Loca del frente: un homosexual que vive en un caserón antiguo y que se gana la vida bordando manteles mientras canta boleros.

cultural, [...] estatus socioeconómico [...] orientación sexual” (2003, 12). Por otro lado, la primera similitud entre los dos fragmentos, marcada en líneas anteriores, se refiere al carácter relacional que define a la construcción de la masculinidad o feminidad (o, mejor escrito en plural, si tomamos en cuenta la afirmación de Lomas). Pierre Bourdieu, en su texto *La dominación masculina* (2000) escribe respecto a este punto:

Al carecer de otra existencia que la relacional, cada uno de los dos sexos es el producto del trabajo de construcción diacrítica, a un tiempo teórico y práctico, que es necesario para producirlo como un cuerpo socialmente diferenciado del sexo opuesto (desde todos los puntos de vista culturalmente pertinentes), es decir, por consiguiente no masculino. (2000, 38)

Desde la perspectiva de Bourdieu, que parte de los postulados de la lingüística estructural de oposición de términos, la masculinidad se construye siempre en función de un otro que nos rodea: mujeres y otros hombres (masculinidades que, como ya se vio, son distintas) cuya mirada es la encargada de reafirmar o desvirtuar una determinada manifestación de masculinidad. Plantear el análisis desde las relaciones sociales y cruzarlo con la perspectiva de género permite reflexionar sobre las dinámicas de poder y dominio de unos sobre otros. En complemento con lo anterior, pensar a la masculinidad como un constructo cultural que nace de la interacción de variables (como contexto, ideología, orientación sexual y demás) posibilita identificar roles, divisiones de trabajo, mandatos sociales y características que un determinado sistema de representación construye en torno a la masculinidad. Así, tener en cuenta, de manera simultánea, la visión de constructo cultural de la masculinidad y la relacionalidad que la caracteriza, en clave de género y de poder, conduce a pensar en torno al orden social que, a través de diversos mecanismos, privilegia unas formas de masculinidad como válidas o “correctas” por sobre otras que pueden ser menos comunes o simplemente se alejan de los lineamientos de la norma. Bourdieu analiza la construcción del orden social que establece la dominación masculina sobre la mujer (e incluso, me atrevo a sostener, también sobre otros hombres) a partir de una división arbitraria de las cosas y las actividades en función de oposiciones: masculino/femenino, fuerte/débil, arriba/abajo, claro/oscuro, razón/emoción, etc., que se transforman en esquemas de pensamiento de aplicación universal, inscritos tanto en los cuerpos como en la realidad circundante, de manera que se naturalizan por medio de un proceso de aprendizaje permanente de esas diferencias y divisiones que finaliza con su legitimación para construir así el orden social (2000, 19, 20 y 22). En pocas palabras, el orden social impone divisiones que posteriormente se naturalizan con el fin de hacerse válidas y lo

hace a través de esas mismas divisiones impuestas, en una suerte de círculo vicioso de dominio. De esta manera se sientan las bases de lo que son las características y roles que culturalmente se le asignan al sexo masculino en función de oposiciones y se plantea una norma que establece “qué es ser hombre” y que trabaja simultáneamente con las variantes ya mencionadas al inicio del acápite. La socialización continua de esos roles y divisiones, en conjunto con las demás variantes, termina convirtiéndolo todo en mandatos del orden social en los que se espera que el individuo encaje, para así cumplir también con la supuesta norma natural.

Así, finalmente, se llega al concepto de masculinidad hegemónica que propongo emplear como una de las categorías de análisis para el corpus de estudio. Robert Connell la define al momento de reflexionar sobre la organización social de la masculinidad:

“La masculinidad hegemónica” no es un tipo de personalidad fija, siempre igual en todas partes. Se trata más bien de la masculinidad que ocupa la posición hegemónica en un modelo dado de relaciones de género, posición que es siempre discutible (...) puede definirse como la configuración de la práctica de género que incorpora la respuesta aceptada, en un momento específico, al problema de legitimidad del patriarcado (...) la hegemonía solo se establecerá si existe cierta correspondencia entre el ideal cultural y el poder institucional, colectivo sino es que individual. (2003, 116 y 117)

La noción de masculinidad hegemónica combina en ella para el análisis las perspectivas cultural, relacional y de poder. En primer lugar, tiene en cuenta las dinámicas de dominio y poder que caracterizan a las relaciones sociales y de género, mientras que, al mismo tiempo, observa cómo estas dinámicas se manifiestan en la cultura en forma de roles, división de trabajo, mandatos sociales, etc. De igual manera, y en concordancia con lo planteado por Lomas, y reafirmado por el mismo Connell, no se pretende que la categoría de masculinidad hegemónica opere como una especie de definición esencialista de la masculinidad; es decir, no es la masculinidad hegemónica una identidad sedimentada ni una forma única, específica, de ser hombre, sino más bien una construcción que, al depender de diversos factores, se manifiesta en diferentes formas según esos mismos factores. En síntesis, la masculinidad hegemónica más que identidad característica es una forma de pensar, de ver el mundo y a las personas y de relacionarse con ellas que, como lo plantea Connell, tiene como principal rasgo reclamar la autoridad a través de varios mecanismos, como la violencia, manifestación usual en algunas construcciones hegemónicas de masculinidad, la división sexuada del trabajo, los sistemas de representación, etc. La posición de hegemonía o control que reclama la masculinidad de este tipo, vale la pena aclarar, nunca es fija. Una vez más, al igual que

en la perspectiva cultural del análisis, las posiciones de dominio o subordinación de las masculinidades dependen de una serie de factores externos, de ahí que se concluya que las relaciones de dominación de unas manifestaciones de masculinidad sobre otras sea móvil y cargada de matices.

La categoría de masculinidad hegemónica propuesta por Connell y de la cual hago uso, es adecuada de acuerdo al contexto y características de las novelas objeto de estudio. En ellas, los personajes (Valentín-Molina; Carlos-Loca del Frente) se encuentran en una permanente relacionalidad que se ve influenciada por factores como el contexto (la cárcel, la precariedad y la convulsión social de las dictaduras) la ideología, la tradición cultural y la experiencia: Valentín y Carlos se encuentran influidos por el mito de lucha y cambio social de la Revolución Cubana, que se extendió por América Latina a partir de la segunda mitad del siglo XX, y cuyos seguidores (escritores, intelectuales, obreros, etc.) tomaron como bandera de lucha contra el imperialismo de Estados Unidos, las injusticias sociales y las dictaduras de derecha de aquel entonces, como la argentina y la chilena que sirven de escenario de los relatos. Por otro lado, Molina y la Loca del Frente construyen su idea de lo que “significa ser hombre de verdad” desde su experiencia personal: su orientación sexual, identidad de género (ambos se refieren a sí mismos también en femenino, como ‘mujer’), el maltrato del padre, sus relaciones pasadas con hombres heterosexuales, y desde la cultura popular y del espectáculo (ambos son asiduos consumidores de cine, boleros, etc.) Para efectos del análisis, propongo observar a los personajes que se identifican con la masculinidad hegemónica (Valentín y Carlos) desde las perspectivas que ofrecen las herramientas teóricas desarrolladas hasta el momento: desde lo relacional, el poder y desde lo cultural, a través de normas, roles, características asociadas a ellos, mandatos sociales, etc. Así es posible ver no solo que los diferentes tipos de masculinidad se requieren el uno al otro para definirse, sino también los matices en las relaciones de dominio y subordinación entre los mencionados personajes y cómo las posiciones que resultan de dichas relaciones en un determinado momento, debido a diversos motivos, se vuelven inestables y cambian.

De acuerdo al postulado de Bourdieu de la división arbitraria de las cosas y el trabajo en función de pares opuestos, lo masculino ha sido usualmente identificado con la medida y lo racional en oposición a lo femenino, considerado irracional, sentimental y a veces desbordante. Victor Seidler en *Masculinidades: culturas globales y vidas*

íntimas (2006) escribe respecto a la problemática que plantea la obliteración de los sentimientos en la masculinidad hegemónica en favor de una racionalidad total:

Si en la modernidad los hombres siguen definiéndose como el primer sexo de una forma que les enseña a ser independientes y autosuficientes, el amor deviene problemático y las emociones son una muestra de debilidad. Los hombres aprenden a ocultar su vulnerabilidad incluso a sí mismos. (...) las visiones occidentales de la modernidad se han forjado en el marco de una tradición racionalista que ha insistido en las distinciones entre razón y naturaleza, mente y cuerpo, razón y emoción, que han llevado a marginalizar las cuestiones del amor, la vulnerabilidad y la vida emocional. (2006, 79 y 80)

Esta asociación entre masculinidad y racionalidad con supresión de sentimientos tiene varios matices que es necesario revisar y que permiten comprender mejor las novelas objeto de estudio. Es inevitable interpretar la represión de los sentimientos y las vulnerabilidades junto con la hegemonía de la racionalidad como una dinámica más de la dominación y el poder masculinos. En la cita textual de la novela de Puig que abrió este acápite es visible la actitud de lucha de Valentín respecto al poder: no “dejarse basurear” implica, aparte de mantener constantemente una actitud y postura de lucha (característica de la masculinidad hegemónica imbuida del espíritu e ideales de la Revolución Cubana, como se verá en el segundo capítulo), no mostrarle al enemigo (el otro, el poder) nuestras debilidades. Esto tiene varios momentos de confirmación en el mismo texto: la reticencia de Valentín de ser ayudado por Molina luego de que lo envenenaran con la comida del penal, la posterior expresión de los sentimientos y preocupaciones de Valentín en sueños en forma de flujo de consciencia (la única manera en la que se permite a él mismo manifestar su desolación) y, finalmente, cómo se opone a seguir desfogando sus sentimientos frente a Molina: “–Está mal dejarse llevar por la desesperación. –Pero está bien desahogarse. Vos me lo decías a mí. –Pero a mí me hace mal. Yo tengo que aguantarme.” (2011, 185). Es interesante notar cómo Valentín pese a decir expresamente que “ser hombre es no rebajar a nadie” igual lo hace al sostener que a Molina sí le es factible desahogarse, ya que este último, a diferencia de él, no representa lo que sería un “hombre de verdad” (punto que se desarrollará en el siguiente acápite del capítulo). Algo similar sucede en la novela de Lemebel, aunque el ocultamiento de la vulnerabilidad en Carlos es más sutil que en caso de Valentín:

Pero si no me quisiste contar nada Carlos. Mejor así, porque si nos agarran contigo se ensañarían ¿Y tú crees que yo no soy capaz de resistir un interrogatorio? Son unos animales, ni te imaginas lo que te podrían hacer. (...) Te quiero con tu diferencia. No es lo mismo. *Yo por ti*, como dice la canción, *contaría la arena del mar* (...) *Por ti sería capaz de matar* (...) Yo haría lo mismo, reiteró Carlos, pero por Chile. (2001, 137)

Carlos le cierra a la Loca del Frente la posibilidad de que conozca más de sus actividades político-subversivas, al igual que Valentín en Puig, bajo el pretexto de una falta de fuerzas por parte de la Loca para resistir la tortura, por ende, para no mostrar sus vulnerabilidades. Esto mientras que la muestra de heroísmo de Carlos, ser capaz de todo por Chile, implica también dejar de lado sus propias vulnerabilidades y temores con tal de resistir al poder y alcanzar su utopía de cambio social. De esta manera, la masculinidad de Valentín y Carlos está construida bajo el signo de la resistencia, la invulnerabilidad, el sacrificio y la obliteración de sentimientos necesarias para alcanzar el poder utópico. Para estos dos personajes esta forma de “ser hombre” está íntimamente ligada, como ya se mencionó, a los ideales de lucha social de la Revolución Cubana y a la coyuntura política (las dictaduras en América Latina, el imperialismo de Estados Unidos), lo que construyó todo un ideario de los atributos de un revolucionario de izquierda: compromiso con la causa, ética y consciencia social que llevan a velar por los destinos del pueblo como lo haría un padre, voluntad de lucha y de sacrificio por la causa, etc. Estos atributos toman forma concreta en uno de los constructos surgidos de ese momento político y cultural: el hombre nuevo, como se verá en el capítulo dos.

Por otro lado, la relación masculinidad-razón, como dinámica de poder, es empleada para garantizar el dominio de la masculinidad hegemónica a través del establecimiento de órdenes, normativas sociales y demás. La razón ligada a la masculinidad ha probado ser bastante útil para la naturalización de los principios sobre los que se asienta la dominación masculina, ya que ha sido a través de ella, y de su discurso que goza de gran legitimidad en su forma instrumental, la ciencia, que supuestamente se explican las diferencias “naturales” y “constitutivas” entre hombres y mujeres. Adicional a eso, y yendo en la misma dirección en que lo plantea Seidler en su mencionado texto, la supuesta objetividad científica que caracteriza a la razón sirve para disfrazar de imparcialidad la perspectiva masculina hegemónica que está detrás de ella (2006, 22). A partir de ahí surgen sistemas de representación que ordenan, clasifican y construyen normas alrededor de las personas, sus comportamientos y la realidad que se convierten en mandatos sociales todos desde una perspectiva masculina hegemónica orientada a la dominación y al ordenamiento de la vida en función de ese objetivo. En consecuencia, lo masculino se equipara a orden, norma, estructura, conocimiento, etc. Estos matices en torno a la relación masculinidad-razón son evidentes en varios momentos de las novelas bajo análisis. Valentín, en *El beso de la mujer araña*

constantemente se muestra como un exponente de esta racionalidad asociada a la masculinidad y al orden durante las continuas charlas que mantiene con Molina:

- Por favor, hablemos a cierto nivel, o no hablemos nada.
- Qué nivel ni qué nivel...
- Con vos no se puede hablar, si no es dejarte que cuentes una película
- ¿Por qué no se puede hablar conmigo, a ver?
- Porque no tenés ningún rigor para discutir, no seguís una línea, salís con cualquier macana
- No es cierto, Valentín.
- Como quieras.
- Sos un pedante. (2011, 70)

Nuevamente queda en evidencia la relacionalidad que caracteriza a las construcciones de las masculinidades. En este caso, Valentín necesita de la relación y contraste con Molina para poder caracterizarse como exponente de una masculinidad racional y objetiva. Por oposición, Molina, ávido consumidor de historias de amor en cine y boleros, es visto por Valentín como un irracional que constantemente se deja llevar por sus emociones o simplemente no ve la realidad. Esto se aprecia especialmente durante las discusiones entre ambos sobre las películas: mientras Molina ve en los filmes elementos estéticos o emotivos, Valentín hace una interpretación racional y política de ellos, atravesada por su visión de lucha, compromiso, reivindicación social y atributos de un revolucionario de izquierda, como en la historia de la mujer pantera en la que explicó la elegancia de uno de sus personajes debido a que “Tiene sirvientes, explota a gente que no tiene más remedio que servirla, por unas monedas” (2011, 22). Por otro lado, aunque en *Tengo miedo torero* la relación de Carlos con la racionalidad es menos intensa que en la novela de Puig, esta se manifiesta en pequeños puntos, como por ejemplo la identificación constante de Carlos como un estudiante universitario, situación que fascina a la Loca del Frente y sus amigas: “Teníamos una china mugrienta y malagradecida que hace tiempo se fue (...) era una rota que aprendió a bordar manteles y ahora se cree culta porque tiene un lacho universitario (...) ¿Carlos creo que se llama?” (2001, 80). De manera un poco similar a la novela de Puig, Carlos universitario contrasta con la escasa formación académica de la Loca del frente, quien ante la sugerencia del primero de que se convierta en escritor le contesta que no, porque “Los maricones pobres nunca van a la universidad” (2001, 138). El predominio de la racionalidad como forma de pensamiento, y la visión masculina hegemónica que se esconde detrás de ella, disfrazada de neutralidad, favorecen la instauración de una única perspectiva masculinizante de la realidad y las personas, lo que en conjunto con la naturalización ya mencionada da como resultado el establecimiento de normas y

mandatos sociales, cuyo cumplimiento y posibilidad de transgresión son constantemente vigilados por el orden social masculino. Muchos de los alcances e implicaciones de esta visión masculina del orden social son especialmente visibles cuando se observan desde ahí las transgresiones a la norma en cuanto al deseo sexual y las implicaciones que esto conlleva.

El deseo sexual, al igual que los demás aspectos de la vida, está organizado a partir de la división de pares opuestos, masculino-femenino, con sus respectivos matices. Saúl Gutiérrez Lozano, en su artículo “La construcción cultural de la sexualidad masculina: un análisis discursivo” (2007), reflexiona sobre este punto a partir de los sentidos que se tejen en el discurso concebido desde esa perspectiva:

La convención discursiva que describe a la sexualidad masculina como parte del orden natural [...] construye a las mujeres como el objeto de deseo (una mujer pasiva, a la espera del hombre cuya fuerza sexual es inagotable) de los hombres. El deseo sexual masculino, interpretado como una expresión de la biología humana, está sin duda dirigido exclusivamente al cuerpo femenino. [...] el instinto sexual masculino establece las pautas morales sobre cómo deben actuar los hombres [...] al ejercicio de la sexualidad: la heterosexualidad se convierte en el parámetro “natural” para evaluar la orientación sexual de las personas [...] Los intentos por desafiar o poner en duda el orden heterosexual se descalifican como una afrenta al orden natural establecido [...] y se sancionan con el ostracismo y el estigma. (2007, 107 y 108)

El modelo discursivo planteado por Gutiérrez Lozano invita a observar la relación sexual como una dinámica más de dominio de la masculinidad hegemónica. En ella, y siempre a partir de la división en pares opuestos, el hombre aparece como agente activo del acto sexual, en una posición superior y de dominio respecto a la mujer (y podría añadir, para efectos de este análisis, respecto a formas subalternas de masculinidad como lo son los personajes de las novelas de este estudio), que es representada como un ente pasivo que consciente y voluntariamente espera y recibe la dominación de parte del hombre. En esa misma dirección, y debido a la naturalización de los sentidos contruidos a partir de las diferencias sexuales, la sexualidad masculina concebida de esta manera se muestra como un modelo por seguir de “hombre real”, de ahí que se refuerza continuamente la idea del hombre dominador heterosexual como el ideal non plus ultra de masculinidad. Por el contrario, todos aquellos que no siguen esta construcción son identificados con lo femenino y vistos como algo antinatural o, en el mejor de los casos, como un desorden o una enfermedad, diagnóstico que la medicina, especialmente a partir del siglo XIX, ayudó a construir con la colaboración del discurso racional. Este último punto es especialmente visible en la novela de Puig en los paratextos o notas al pie que forman parte de la narración. En ellos, Puig recopila una

serie de estudios y posturas teóricas, tanto de autores reales como de uno apócrifo, la doctora Anneli Taube, respecto a la homosexualidad, sus causas y consecuencias y, al mismo tiempo, también habla sobre la posibilidad de verla como un componente necesario para llegar a un genuino cambio social a partir de la liberación sexual. En su ensayo “Los progresos de la doctora Anneli Taube” (1998), Daniel Balderston analiza la naturaleza de los paratextos y de dónde provienen y los resume en dos posturas y fuentes muy diferenciadas: por un lado, están aquellos obtenidos de los trabajos del psicólogo inglés Donald J. West y, por el otro, las citas que surgen de las teorizaciones del politólogo australiano Dennis Altman. Las primeras mencionadas constituyen un excelente ejemplo de cómo la medicina, en conjunto con la visión racional-masculina, suele ofrecer una visión patologizante de la homosexualidad, lo que se evidencia en “su uso del lenguaje de las ciencias sociales de los sesenta: West utiliza, sin aparente ironía, términos descriptivos que implican un fuerte juicio moral: ‘normal’, ‘perverso’, ‘desviado’” (1998, 273). Por otro lado, en *Tengo miedo torero* la idea de la relación sexual como ámbito donde se impone el poder masculino llega de la mano de una reflexión de la Loca del Frente respecto a la historia que le cuenta Carlos sobre la experiencia homoerótica que tuvo en su infancia y que también será objeto de análisis en breve. La loca, con gran intuición, detecta cómo se manifiesta esta perspectiva incluso en la forma en que narra el relato, en “la forma de contar que tienen los hombres. Esa brutalidad de narrar sexo urgente, ese toreo del yo primero, yo te lo pongo, yo te parto, yo te lo meto, yo te hago pedazos, sin ninguna discreción”. (2001, 102).

Como ya fue mencionado en líneas anteriores, y en la misma dirección de lo dicho anteriormente por Gutiérrez Lozano, cualquier transgresión al orden masculino “natural” es condenada con el estigma, lo que implica que el mismo orden, y por ende su cumplimiento, están bajo constante vigilancia. La masculinidad como un mandato social necesita constantemente reafirmarse, en esa dirección reflexiona Juan Carlos Calligos en su artículo “Sobre héroes y batallas: los caminos de la identidad masculina” (2003):

Si los hombres, tan universalmente, deben pasar por pruebas para probar su masculinidad, es precisamente porque ésta no está determinada por la naturaleza: no se nace hombre, las sociedades cuentan con sistemas más o menos rígidamente establecidos para hacer hombres a la fuerza. Al ser la naturaleza insuficiente para acometer tal empresa, las sociedades establecen pautas, rituales, pruebas, sistemas de premios y castigos que incentivan la conducta agresiva y activa, inhibiendo los comportamientos pasivos. (2003, 60 y 61)

La observación de Callirgos fácilmente se enmarca en el planteamiento de las masculinidades hegemónicas. Las pruebas y rituales de los que habla el antropólogo peruano reafirman una masculinidad orientada al dominio del otro (sea este otro mujer u otras formas de masculinidad menos o no violentas) y además sirven para dotar de identidad y pertenencia a aquel que las atraviesa. Al mismo tiempo, quien las cumple se diferencia (al menos por ese momento) de todo aquello considerado como propio de las mujeres. Lo femenino, visto como la posibilidad de ser dominado, es casi una paranoia para las masculinidades hegemónicas, de ahí que se diga que aquel que cumple las mencionadas pruebas y rituales se diferencia por el momento de lo femenino: la diferenciación, así como las posiciones de poder, no es permanente e inmóvil, necesita ser reafirmada todo el tiempo. En pocas palabras: la masculinidad hegemónica como construcción si bien es bastante efectiva para reclamar el poder o dominio sobre algo o alguien, también es terriblemente frágil y necesita ser reafirmada de manera permanente. Esta reafirmación no solo es de la diferenciación con lo femenino, sino es también una validación de la propia posición de dominio. Una transgresión o incumplimiento al orden masculino representa, desde esta perspectiva, un atentado a los privilegios que este orden le otorga a los hombres, además de un cuestionamiento a todos sus principios arbitrarios de organización de la vida. Ante la posibilidad de transgresión, suelen ser los mismos hombres cuyo pensamiento obedece al de una masculinidad hegemónica los encargados de vigilar el orden del orden y de eso las novelas de nuestro corpus dan muy vivos ejemplos, quizás el más vivo de todos está en la novela de Lemebel, en los momentos en los que la Loca del Frente recuerda su infancia junto a su padre:

Su nervioso corazón de ardilla asustada al grito paterno, al correa en sus nalgas marcadas por el cinturón reformador. Él decía que me hiciera hombre, que por eso me pegaba. Que no quería pasar vergüenzas, ni pelearse con sus amigos del sindicato gritándole que yo le había salido fallado [...] Yo era un cacho amariconado que mi madre le dejó como castigo, decía. Por eso me daba duro, obligándome a pelear con otros niños. [...] Del colegio lo mandaron llamar varias veces para que me viera un psicólogo, pero él se negaba. La profesora decía que un médico podía enronquecerme la voz [...] pero él contestaba que eran puras huevadas, que solamente el Servicio Militar iba a corregirme. (2001, 17 y 18)

Los planteamientos esbozados en líneas anteriores permiten comprender varios de los mecanismos de control y establecimientos del orden masculino presentes en la cita. Desde el inicio se hace patente el sistema de castigos para incentivar la conducta activa y agresiva a la que se refería Callirgos. De igual manera, es posible ver la importancia que tiene la mirada de los pares, los otros hombres, para validar o rechazar una

masculinidad: la masculinidad se construye y se evalúa siempre en función del otro, lo que confirma una vez más su carácter relacional. Finalmente, Lemebel nombra tres de las instituciones que se caracterizan, desde los mismos planteamientos de Foucault, por ser medios de garantizar el status quo (masculino y masculinizante) de la sociedad: la escuela, la medicina y el servicio militar.

Antes de concluir con el acápite, me gustaría problematizar a la luz de los planteamientos de vigilancia y reafirmación del orden masculino dos fragmentos de las novelas del corpus, que permiten comprender no solo la fragilidad de la construcción de la masculinidad hegemónica de sus personajes, sino también de las posiciones de poder que encarnan. El primero de ellos, extraído de *El beso de la mujer araña* se trata de una discusión entre Molina y Valentín respecto a los cuidados que el primero le da al segundo durante su convalecencia por haber ingerido la comida envenenada de la cárcel:

- Y ahora abrimos el paquetito secreto... que te tenía escondido... con una cosa muy rica... para acompañar el té... ¡budín inglés!
- No, gracias, no quiero.
- Que no vas a querer... Y el agua ya hierve... Pedí puerta y volví rápido, que ya está el agua
- No me digas lo que tengo que hacer, por favor...
- Pero, che, dejame que te mime un poco...
- ¡Basta!... carajo!!!
- Estás loco... ¿qué tiene de malo?
- ¡¡¡Callate!!!
- El budín... (2011, 197)

El segundo fragmento pertenece a la novela de Lemebel y se trata del episodio de la experiencia homoerótica de infancia de Carlos, contado a la Loca del Frente luego de una noche de tragos en la que celebraron el cumpleaños del joven universitario de izquierda:

Y no sé por qué yo no me moví cuando le saltó el chorro de moco que me mojó la pierna. Conchetumadre, le grité parándome y enseguida persiguiéndolo en pelotas por la orilla del tranque. (...) Si lo hubiera agarrado le saco la cresta. (...) No sé, pero me quedó una vergüenza tan grande que no hablé con él nunca más. A los dos nos quedó una cosa sucia que nos hacía bajar la vista cuando nos cruzábamos en el patio del liceo. (2001, 101)

Los dos textos tienen algo en común: plantean un cambio a la posición de poder que las masculinidades hegemónicas representan o pretenden representar pero a partir de unas circunstancias determinadas que permiten dicho cambio. En el caso de la novela de Puig, se trata del espacio carcelario y del estado de salud de Valentín los que posibilitan que esté al cuidado de Molina. Por otro lado, en lo que respecta a la novela de Lemebel se trata de un espacio en el que es lícita la experimentación: la adolescencia. En ambos

ejemplos no hay una búsqueda de dominio del uno sobre el otro (aunque en el caso de Carlos haya una leve pugna por quien ‘monta’ a quien primero), lo que facilita el cambio de la posición de poder. Sin embargo, y a la sazón de lo dicho en páginas anteriores, la masculinidad hegemónica siempre va a pelear por su espacio de poder, de ahí que Valentín reaccione con violencia ante los cuidados de Molina y que Carlos, en su versión infantil, se haya sentido disminuido frente a la eyaculación de su amigo de experimentación: el semen como símbolo de lo que “debería ser un hombre”, heterosexual y con voluntad de dominio.

La categoría de masculinidad hegemónica que propongo, a la luz de elementos como el orden cultural y la naturalización de las diferencias sexuales establecidas por ese mismo orden, de carácter masculino y masculinizante, orientada a la dominación del otro, ha probado ser efectiva para analizar a los personajes de Valentín y Carlos de las novelas del corpus. Ambos, por su construcción mental determinada por la lucha social por el poder, más allá de sus temores o sus debilidades, calzan en la categoría de masculinidad hegemónica. De igual manera, ambos: hombres heterosexuales de comportamiento y características asociadas a un modelo hegemónico de masculinidad, provisto por el orden cultural, representan esa misma hegemonía en relación con Molina y la Loca del Frente, quienes se enmarcan en la categoría de masculinidad subalterna, categoría que será desarrollada en el segundo acápite de este capítulo. Pese a lo anterior, y en la misma dirección de lo ya planteado, es conveniente insistir en la no sedimentación de las posiciones de poder que representan estas categorías, tema que será tratado en la última sección del capítulo.

1.2. Masculinidades subalternas: Molina y la Loca del Frente, del exceso a la ‘lengua marucha’

- Y te hice esa comida, con mis provisiones, y lo peor de todo: con lo que me gusta la palta, te di la mitad [...] Y para qué... para que me echés en cara que te acostumbro mal.
 -Pero no seas así, sos demasiado sensible
 -Qué le vas a hacer, soy así, muy sentimental
 -Demasiado. Eso es cosa...
 -¿Por qué te callás?
 [...]
 -Decílo, que soy como una mujer ibas a decir.
 [...]
 -¿Y qué tiene de malo ser blando como una mujer?, ¿por qué un hombre o lo que sea, un perro, o un puto, no puede ser sensible si eso se le antoja?
 -No sé, pero al hombre ese exceso le puede estorbar [...] para acabar con los torturadores.
 (Puig 2011, 34 y 35)

Era un palomar, apenas barandilla para tender sábanas, manteles y calzoncillos que enarbolaban las manos marimbas de la Loca del Frente. En sus mañanas de ventanas abiertas cupleteaba el «*Tengo miedo torero, tengo miedo que en la tarde tu risa flote*». Todo el barrio sabía que el nuevo vecino era así, una novia de la cuadra demasiado encantada con esa ruinosa construcción. [...] Tantos años cerrada, tan llena de ratones, ánimas y murciélagos que la loca desalojó implacable [...] con su energía de marica falsete entonando a Lucho Gatica. (Lemebel 2001, 9 y 10)

En una mecánica similar a la empleada en la primera sección del capítulo, las citas de apertura del corpus de estudio permiten comprender, junto a la respectiva contextualización teórica, puntos clave en la concepción de las masculinidades subalternas, que se construyen en permanente relacionalidad con sus contrapartes hegemónicas. Por el momento, y de manera muy general, definiré a las masculinidades subalternas como aquellas que se encuentran en una posición de dominado respecto a la masculinidad hegemónica, con voluntad de dominio. Sin embargo, es importante resaltar que esa subalternidad, construida a través de estructuras de poder como el discurso y/o las prácticas que lo acompañan, ofrece también posibilidades de resistir y subvertir el orden social hegemónico que la domina, como se verá en el desarrollo de este acápite. La posición de subalternidad de las masculinidades objeto de estudio de esta sección está determinada por una dinámica que otorga jerarquías a los sujetos a partir de unos específicos rasgos o atributos. En torno a este proceso reflexiona Mabel Burin en su artículo “La construcción de la subjetividad masculina” (2003).

La diferencia se percibe según criterios atributivos dicotómicos: más/menos, mejor/peor, mucho/poco, con su correlato implícito, las jerarquías en las diferencias entre géneros. [...] la diferencia sexual supone no sólo una lógica atributiva, sino también una lógica distributiva, la cual permitiría que quienes ostentan los atributos jerárquicamente superiores pudiesen obtener posiciones de poder y autoridad en aquella área donde destacan, mientras que quienes están en posiciones jerárquicamente inferiores ocuparan lugares subordinados. (2003, 85)

El planteamiento de Burin evidentemente es heredero de las reflexiones de tipo lingüístico de Bourdieu, en torno a la naturaleza binaria y opuesta que organiza el orden social de carácter masculino. De acuerdo a Burin, lo masculino y lo femenino se asocian a atributos, con sus respectivas jerarquías y espacios de acción. Dicha reflexión, aplicada en conjunto con el modelo cultural normativo de masculinidad hegemónica y teniendo en cuenta la oposición de términos binarios ya mencionada, lleva a concluir que aquellos hombres que no encarnan la construcción imperante de masculinidad pueden ser objeto de atributos femeninos, con sus respectivas jerarquías. En pocas palabras: lo anterior determina las posiciones de hegemonía y subalternidad en el

interior de las relaciones entre masculinidades; no seguir el ideal normativo de masculinidad (heterosexualidad, razón, voluntad de lucha, etc.) implica ser feminizado, subalternizado y, por ende, susceptible a ser dominado. Una vez que se tiene en cuenta la anterior reflexión teórica es posible comprender las implicaciones de poder y jerarquía que se esconden detrás de las palabras de Molina y Valentín en el fragmento que da inicio a este acápite. El reclamo de extrema sensibilidad de Valentín hacia Molina está acompañado por una jerarquización implícita que excluye a este último, por su condición de hombre homosexual sensible “en exceso”, de actividades de organización y lucha política: la sensibilidad es un obstáculo para acabar con los torturadores y hacerse con el poder. En esta misma dirección, es interesante observar, y como evidencia de la relacionalidad y oposición íntima que liga a ambas masculinidades, cómo la sensibilidad atribuida a las masculinidades subalternas se opone a la supresión de sentimientos y debilidades que proponen las masculinidades hegemónicas como requisito indispensable para dominar, de ahí que se diga que ser objeto de atributos femeninos sea una puerta para ser dominado. Así mismo, la pregunta retórica de Molina respecto a qué tiene de malo ser blando como una mujer se responde desde la teoría y el análisis de la construcción del orden social. Mientras que la jerarquía relativa a los atributos, implícita desde luego, se evidencia en el orden escogido por Molina al momento de nombrar elementos en la segunda pregunta retórica: hombre, lo que sea, perro, puto, en una hipérbole que termina por caracterizar el momento emotivo por el que atraviesa Molina en la narración. El fragmento de la novela de Puig finaliza con Valentín calificando de exceso la sensibilidad de Molina. Es precisamente esa palabra, exceso, la que me permite analizar el segundo punto sobre el que se construye la subalternidad de las masculinidades objeto de este acápite: el desborde desde el punto de vista del género y el deseo sexual que representan las masculinidades subalternas, y en esta ocasión me referiré ya concretamente a la homosexualidad masculina.

El orden social, a través de los mecanismos y dinámicas ya estudiados hasta el momento, establece de manera más o menos exacta qué “deben ser” un hombre y una mujer, y lo hace a través de determinados comportamientos en detrimento de otros. En este sentido reflexiona Michael Kaufman en su texto “Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres” (1997), respecto a las normas o límites que el orden en cuestión plantea:

La distinción sexo/género sugiere que existen características, necesidades y posibilidades dentro del potencial humano que están consciente e inconscientemente suprimidas, reprimidas y canalizadas en el proceso de producir hombres y mujeres (...)

el género es la categoría central de nuestra psique, el eje alrededor del cual organizamos nuestra personalidad: además, a partir de él se desarrolla un ego distintivo. (1997, 65 y 66)

De la teorización de Kaufman se puede inferir el afán homogeneizador del orden social masculino, que busca producir cuerpos y comportamientos más o menos uniformes a base del ordenamiento de género, de donde surgen identidades y subjetividades, en teoría, sin mayores fisuras o contradicciones. Desde esta perspectiva, todo aquello que no responda a este ordenamiento homogeneizador no solo es un peligro para el orden social (y por ende para los privilegios que implica dominación masculina), sino también un exceso de lo establecido por la norma. En este mismo sentido, y yendo un poco más allá, este desbordamiento de la norma pone también en evidencia su inherente fragilidad, ya que cuestiona la naturalización misma de las diferencias de género, impuesta por el orden masculino. Los excesos de la norma son visibles en todos los aspectos de la vida humana que esta regula: comportamiento, atributos y, sobre todo, el deseo sexual. El deseo sexual, como se vio en el acápite anterior, es concebido y naturalizado como heterosexual, es así que, como lo plantea Margarita Zambrano Camacho en *Cuerpos deseantes y el armario político hetero-homosexual* (2016), “poseer una genitalidad determinada obliga a asumir papeles de género y conductas específicas respecto a la sexualidad y a la afectividad [...] la categoría «sexo» nos obliga a ver la práctica corporal y el deseo como medios exclusivos para la reproducción” (2016, 49).

Del recorrido teórico llevado a cabo hasta el momento se puede concluir, desde la perspectiva del orden social, que las manifestaciones humanas como el comportamiento y/o el deseo sexual están concebidas desde una lógica utilitaria, por no decir menos: la forma de comportarse del ser hombre o mujer está diseñada para favorecer y perpetuar la dominación masculina y sus respectivas prebendas, mientras que el deseo sexual es observado únicamente como medio para la reproducción de la especie y, por ende, de mano de obra necesaria para el sistema capitalista, cuya naturaleza, no está de más decirlo, también es masculina. En oposición a aquello, lo que no siga esa economía de dominio y reproducción es observado como un desbordamiento y transgresión de la norma. Visto lo anterior es sencillo comprender por qué son subalternizadas aquellas masculinidades que no siguen un patrón hegemónico de comportamiento y cuya sexualidad no tiene como fin último la reproducción sino el placer: representan ellas una posibilidad para cuestionar la naturalización y jerarquías del orden social masculino y, al mismo tiempo, al no reproducirse “ponen en peligro” la

continua disponibilidad de personas que sigan engrasando el mecanismo del sistema capitalista y del mismo sistema de dominación masculina.

El fragmento de la novela de Lemebel, epígrafe en este segundo acápite, cobra mayor sentido a la luz de estas reflexiones teóricas. El exceso es un leitmotiv a lo largo de toda la narración. El estilo mismo en el que está escrito el texto impone el exceso, en lo que el propio Lemebel en su novela denomina “lengua marucha³” (2001, 13) y que Berta López Morales, en su ponencia *La lengua marucha en Tengo miedo torero de Pedro Lemebel*, describe como “desenfadada, erotizante, blasfema [...] el lenguaje de un cuerpo maldito, excluido y condenado hasta la saciedad. El mundo la comprime y la priva de su belleza frenética, furiosa y lúbrica que colapsa en la fragilidad del significante que la sostiene” (2005, 1). La lengua marucha en la narración, al igual que las masculinidades diverso sexuales subalternizadas, desestabiliza un elemento esencial del orden social masculino y sobre el que se asienta buena parte de su sistema de representaciones: el lenguaje. La lengua marucha, y aquí pienso en las teorizaciones de Lacan respecto a la Ley del Padre, acaba con la economía del lenguaje, cuyo fin último es la comunicación instrumental. De igual manera, a través de la lengua marucha se cuestiona la supuesta neutralidad del lenguaje, con la que disfraza su perspectiva masculina y masculinizante de enunciación, y se pone en relieve la incapacidad de la lengua para designar aquello que salga del orden binario normativo que organiza la sociedad. Muestra de esto es el ruido sintáctico que genera en la oración la mezcla de géneros al momento de mencionar a la Loca del Frente como el “vecino”, que es como una “novia” de la cuadra demasiado “encantada”.

En el mismo sentido de las reflexiones ya hechas en torno a la lengua marucha, la fuerza desbordante de este recurso irradia tanto desde el personaje de la Loca del Frente como desde el narrador; es interesante resaltar cómo este último en particular, pese a ser omnisciente, se identifica a través del empleo de lengua marucha con el personaje de la Loca, en una especie de hermandad subalterna tácita construida a partir del exceso y transgresión de las normas del orden social. La intensidad del exceso de la lengua marucha, y con ella del personaje de la Loca, es tal que impregna otros elementos de la narración, como los espacios (y concretamente en el caso de la cita, el espacio de la casa de la Loca, que se transforma y embellece únicamente por acción

³ La lengua marucha es un estilo, que puede encontrar sus raíces en el mismo barroco latinoamericano, e incluso el neobarroco, que privilegia la expresión estética por encima de la economía del lenguaje, desestabilizando así no solo al lenguaje mismo, sino también al sistema con el que este se relaciona.

suya) e incluso otros personajes, de tal manera que su presencia será clave para estudiar los matices y la movilidad de las relaciones de poder entre las masculinidades mencionadas, como se verá en las secciones posteriores a esta.

En este punto es posible ya introducir el concepto de masculinidades subalternas que, al igual que en el acápite anterior, surge de las teorizaciones de Robert Connell sobre la organización social de la masculinidad. Sobre el tema Connell en *Masculinidades* escribe lo siguiente:

La hegemonía se relaciona con la dominación cultural en la sociedad como un todo [...] Los hombres gay se encuentran subordinados a los hombres heterosexuales por toda una serie de prácticas materiales. [...] estas prácticas todavía forman parte de la vida cotidiana de los hombres homosexuales, entre ellas la exclusión cultural y política, el abuso cultural [...] la violencia legal [...] la violencia de calle [...] la discriminación económica y los boicots personales. [...] La opresión coloca las masculinidades homosexuales en el fondo de una jerarquía entre hombres que se estructura de acuerdo al género. [...] la homosexualidad es el depósito de todo aquello que la masculinidad hegemónica desecha simbólicamente [...] se asimila fácilmente con la feminidad. (2003, 118 y 119)

Las propuestas de Connell son particularmente útiles para entender de manera directa la posición que ocupan las masculinidades subalternas homosexuales en el entramado jerárquico de la sociedad, así como también la perspectiva cultural implícita en las relaciones de dominación y subalternidad entre las masculinidades. En esa misma dirección, son adecuadas para definir la forma concreta que toman las prácticas materiales de dominio, exclusión y marginación de la que son objeto las masculinidades subalternas. Sin embargo, y he ahí el porqué de mi recorrido teórico, fallan en explicar la génesis de la exclusión que propone a partir del sistema jerarquías-atributos, así como también pasa por alto el exceso que caracteriza a las masculinidades subalternas y que se propone como un peligro para el orden social si es observado desde la perspectiva del poder que está explícita en los trabajos académicos del australiano. Tener en cuenta, de manera simultánea la propuesta de Connell junto las reflexiones en torno al sistema atributos-jerarquía y al exceso característico de las masculinidades subalternas, conduce a comprender de mejor manera la categoría teórica sobre la cual asiento el análisis de los personajes de Molina y la Loca del Frente: la loca.

La loca como personaje y categoría es fundamental y se vincula constantemente a lo femenino. En su trabajo sobre la construcción de la masculinidad en redes sociales de ligue para hombres homosexuales, titulado *Masculinidades no dominantes: una etnografía virtual* (2011), Francisca Luengo Baeza se refiere a la loca como una de las clasificaciones que circulan en el interior de la diversidad sexual masculina. De acuerdo

a Luengo, la loca se define por sus “características y comportamientos que [se] asocian, peyorativamente, a lo femenino en un grado exagerado [...] asociadas a lo travesti, a la ruptura más visible de la masculinidad [...] representación de lo femenino, pero de lo femenino exagerado, de lo escandaloso, finalmente, de la homosexualidad no normada” (2011, 77 y 79). Como es posible observar, la loca condensa en ella los planteamientos teóricos esbozados en páginas anteriores: su asociación con lo femenino lo ubica ya de por sí en una escala inferior jerárquica respecto a las demás masculinidades; aquello, al mismo tiempo, es considerado también un exceso y una transgresión desestabilizadora de la norma, lo que lo hace susceptible de ser marginado y/o excluido de determinados ámbitos de la vida humana. En las novelas objeto de este estudio los personajes de Molina y la Loca del Frente encarnan la denominación de loca y lo hacen desde una posición en la que abrazan lo femenino, incluso como identidad, pero sin negar por completo la realidad biológica masculina que los caracteriza. De ahí que, por ejemplo, Molina ante la pregunta de Valentín sobre el personaje de la película de la mujer pantera con el que se identifica responda, con total seguridad, “Con Irena, qué te creés. Es la protagonista, pedazo de pavo. Yo siempre con la heroína” (2011, 31) y, más adelante, cuando habla con Valentín de sus amigos locas, Molina los presenta primero en masculino al decir “Yo estaba con otros amigos, dos loquitas jóvenes insoportables. Pero preciosas y muy vivas” (2011, 67). Valentín, desde su perspectiva masculina binaria, no comprende el exceso genérico de los amigos de Molina, evidente en la falta de concordancia de género entre el sustantivo “amigos” y los posteriores adjetivos de “loquitas”, “preciosas” y “vivas”. Molina, consciente de la confusión de Valentín, termina aclarándole la situación y le explica que “cuando yo digo loca es que quiero decir puto” (2011, 67), reforzando la realidad biológica masculina de la loca, pero sin dejar de lado la femineidad que representa. Algo similar sucede con la Loca del Frente en la novela de Lemebel. La imposibilidad del orden binario para regular aquello que lo desborda se evidencia en la escena en la que la Loca del Frente, que iba en un bus, debe bajarse y hacer una fila junto a los demás hombres durante una requisita militar. En ese momento, “y ante la orden mandona del militar, que los hombres allá y las mujeres acá, no supo reaccionar tupiéndose entera, y ahí le afloró lo loca en la emergencia. ¿Y usted qué espera, no sabe dónde ponerse? le gritó el uniformado. Tendría que partirme por la mitad para estar en las dos partes, le contestó risueña” (2001, 169 y 170). Si se observa a la loca como un signo, desde una perspectiva lingüística, se la puede definir como un

significante que está permanentemente desbordado por el significado que encierra dentro de sí.

Lo femenino que Molina y la Loca del Frente abrazan trae consigo también una subjetividad y praxis femeninas hiperbolizadas. Esto implica para los personajes asumir e interiorizar roles y atributos propios de las mujeres, de acuerdo al orden social, y hacer lo mismo con la dominación masculina: tomarla de manera “natural”. La evidencia de esto se encuentra en el rol de ama de casa que asumen en ciertas ocasiones los personajes, como la Loca del Frente, quien prepara los bocadillos para el día de campo con Carlos: “No muevas tanto el canasto que se quiebran los huevos. Espérate un poco, los vasos, servilletas, la sal, el pan, la radio. Cuidado, no seas loco, las bebidas” (2001, 24). Para complementar su papel, la Loca del Frente usa un sombrero amarillo al estilo de las actrices de cine de mediados del siglo pasado. Por su lado, Molina no solamente adopta los roles y atributos propios de una mujer, sino que también hace suya la subalternidad que el orden social masculino le impone a las mujeres. Prueba de ello está en el acatar la orden de callar que Valentín le hace para así poder estudiar, por lo que Molina, para poder expresar al menos para sí mismo sus sentimientos (que es necesario recordar que fueron ya censurados por el guerrillero en una ocasión anterior), opta por un flujo de consciencia que se confunde con la narración de una película de amor:

Una cicatriz desde la punta de la frente que corta una ceja [...] estaba leyendo un libro de filosofía y porque le hice una pregunta me echó una mirada torva [...] mamá no me echó una mirada torva, me condenaron a ocho años por meterme con un menor de edad, pero mamá no me echó una mirada torva [...] el juez no me perdonó ni un día, y delante de ella dijo que yo era de todo, lo peor, un puto asqueroso, para que no se me acercara ningún chico por eso me condenaba ni un día menos de lo que decía la ley, y después que dijo todo eso mamá tenía los ojos fijos en el juez, llenos de lágrimas como si alguien se le hubiese muerto, pero cuando se dio la vuelta y me miró me hizo una sonrisa: “los años pasan pronto y si Dios me ayuda yo voy a estar viva”. (2011, 109 y 110)

La escena es conmovedora y exhibe algunas de las prácticas de subordinación que mencionaba Connell y a las que están sometidos los hombres homosexuales como masculinidades subalternas. Inicia desde el mismo silenciamiento de su voz al que es sometido Molina y que lo obliga a invisibilizar sus sentimientos frente a Valentín en forma de un flujo de consciencia: lo que no se dice, no se enuncia de manera expresa, no existe. En ese mismo sentido, Molina es objeto de la patologización y criminalización, al mismo tiempo, de su sexualidad por parte del sistema legal; mientras que de manos de Valentín llega lo que Connell denominó exclusión cultural y política y que ya fue mencionado al inicio del acápite: la segregación de Molina de la lucha social

por su condición de homosexual, sensible y aparentemente superficial. Es importante, sin embargo, resaltar que Molina, a diferencia de muchos homosexuales y locas, cuenta con el amor de su madre, de manera que gran parte del sufrimiento, consecuencia de su estigmatización, es calmado por acción del afecto materno. La Loca del Frente de Lemebel, desafortunadamente, no tuvo la misma suerte. El personaje de Lemebel es objeto de la violencia en el interior del mismo seno familiar: el abuso sexual a manos de su padre, descrito en una aún más conmovedora escena (2001, 17), que lo condiciona a creer que la violencia es inherente al acto sexual y a la sexualidad masculina (al menos de la hegemónica), como se vio en el fragmento de la novela en cuestión que abrió la primera parte de este capítulo.

A propósito de las duras condiciones de vida de la Loca del Frente, es necesario e interesante subrayar cómo la novela de Lemebel, a diferencia de la de Puig, desarrolla con mayor profundidad la relacionalidad de la loca con otras locas u otros homosexuales. Puig, en 1976, únicamente menciona como personajes referenciales a otras locas y a otros homosexuales en boca de Molina:

-Mis amigos han sido siempre... putazos, como yo, y nosotros entre nosotros, ¿cómo decirte? No nos tenemos demasiada confianza, porque nos sabemos muy... miedosos, flojos. Y siempre lo que estamos esperando... es la amistad, o lo que sea, de alguien más serio, de un hombre, claro. Y eso nunca puede ser, porque un hombre... lo que quiere es una mujer.

-¿Y todos los homosexuales son así?

-No, hay otros que se enamoran entre ellos. Yo y mis amigas somos mu-jer. (2011, 207)

La visión de Puig sobre la amistad de Molina con otras locas u otros homosexuales es bastante limitada. En una dirección similar a lo que Connell definió como abuso cultural, Molina ha hecho suyo el discurso del orden social que ubica a lo femenino como el negativo de lo masculino, condicionando así la profundidad en términos de empatía y confianza que pueden llegar a tener las relaciones de amistad o afectivas entre las locas y homosexuales. Por otro lado, Lemebel ya, desde el 2001, ofrece una visión más compleja de las relaciones de amistad y afectivas entre las locas y lo hace a través del personaje de la Rana, otra loca, quien, al ver que la Loca del Frente no tenía familia ni nadie que velara por él, asume el papel de su “madre” putativa, llegando incluso a nombrarse como tal en el momento en que la Loca se lo presenta a Carlos: “Anda y dile al hombre que entre un rato para tomarse una tacita de té, y también pueda conocer a tu madre”. (2001, 140). El porqué de esta diferencia, considero, tiene dos motivos. En primer lugar, entre la novela de Puig y la de Lemebel hay un cuarto de siglo de diferencia, tiempo en el que las luchas sociales de los colectivos LGBTI han conseguido

sacar de la oscuridad, al menos de manera parcial, a las diversidades sexuales. Así mismo, la trama de la novela de Puig limita las acciones de Molina a un espacio en particular: la cárcel, mientras que su vida cotidiana es explorada de manera breve al final de la narración y siempre en función del espionaje al que la policía lo somete. Esto impide ver a Molina desarrollarse en la cotidianidad y no es posible ahondar, por ejemplo, en su trabajo diario, en su tránsito por las calles, en su relación con las demás personas, locas, homosexuales, etc.

En oposición a esto, Lemebel ubica a la Loca del Frente en un contexto en particular: Santiago de Chile, la ciudad como espacio abierto, de mediados de los ochenta, en donde es posible apreciar la convulsión social y precariedad que caracterizan la vida de aquel entonces y que conduce a ver de mejor manera cómo se intersectan las diferentes dimensiones de precariedad que aquejan a la Loca del Frente. Rodrigo Miño, en su tesis de maestría *Las sexualidades transgresoras en dos novelas contemporáneas: El lugar sin límites de José Donoso y Tengo miedo torero de Pedro Lemebel* (2015) desarrolla este último punto respecto a la Loca del Frente y sostiene que “en este personaje se entrecruzan varias realidades, o mejor dicho, varias exclusiones desde el sistema dominante que ostenta el poder; el modelo que privilegia lo masculino ante lo femenino; lo blanco sobre lo mestizo, lo heterosexual contra lo homosexual, lo capitalista frente a lo progresista, lo rico por encima de lo pobre” (2015, 52). Ante esta situación de precariedad, incluso con la ausencia de una familia, las masculinidades subalternas homosexuales desarrollan lo que Didier Eribon, en *Reflexiones de la cuestión gay* (2001), denomina como redes de amistad, que actúan como una suerte de apoyo o reemplazo a las relaciones familiares (2001, 57), como sucede con la Loca del Frente y la Rana.

Las masculinidades subalternas en las novelas del corpus toman la forma concreta de la loca a través de los personajes de Molina y la Loca del Frente. La categoría teórica formulada por Robert Connell permite comprender, como dije, rápidamente la posición jerárquica que estos personajes tienen en relación con Valentín y Carlos. Sin embargo, y para insistir en la movilidad y matices que caracterizan a las relaciones de poder entre ambas masculinidades, es necesario plantear también al exceso como un elemento constitutivo de la masculinidad subalterna que encarna la loca. El desbordamiento que implica el exceso, junto con la inherente fragilidad del constructo de la masculinidad hegemónica, serán uno de los puntos de partida para desarrollar la inversión de las jerarquías de poder.

1.3. El dinamismo de las posiciones de poder surgidas de las relaciones entre ambas masculinidades: de igual a igual entre la precariedad, el encierro y el afecto.

- Ay... perdoname... ay... qué he hecho...
 -No, con la sábana no te limpies, esperá...
 -No, deja, tu camisa no...
 -Sí, tomá, limpiate, que la sábana la necesitás para que no te enfríes.
 -Pero es tu muda, te quedás sin camisa para cambiarte...
 -Dale, esperá, levantate, así no pasa, así, con cuidado, esperá, que no pase a la sábana
 -¿No pasó a la sábana?
 -No, lo sujetó el calzoncillo. Dale, vamos, sacáelo.
 -Qué vergüenza
 -No decías vos que hay que ser hombre... ¿qué es eso de tener vergüenza?
 (Puig 2011, 123 y 124)

Carlos titubeó un momento antes de entrar, quiso echarse para atrás, reírse con su boca de rosado brillo, pero se quedó tan quieto, tan descolocado mirándola venir con la torta incendiada de velas chispeando la fiesta de sus años. ¿Se parece a Cuba?, le sopló ella al oído, casi en secreto. Y la mirada de Carlos se nubló, lo atragantó una pena tan dulce viendo las caritas empañadas de los peques [...] sintiendo que su pecho macho se trizaba con esa estampa borrosa del rostro de la Loca del Frente iluminada por las velas, como una Blanca Nieves en medio de tantos angelitos.
 (Lemebel 2001, 95)

Esta última sección del capítulo funciona como una especie de síntesis y ampliación de algunos de los planteamientos que esboqué en los acápites anteriores respecto a las masculinidades hegemónica, subalterna y a la flexibilidad de las posiciones de poder que surgen a partir de la relación entre ambas. Para entender la inestabilidad de las posiciones de dominio y subalternidad entre las masculinidades es necesario pensar en la relacionalidad que caracteriza a dicho constructo social. En el mismo sentido de lo escrito anteriormente, la masculinidad, como artificio cultural, está determinada por la interacción de variables como contexto, ideología, orientación sexual, etc.; y simultáneamente, como producto relacional, también está influenciada por el contexto, la ideología, las experiencias personales, etc. De igual manera, así como el contexto es determinante en la construcción de las masculinidades y de la relación entre ellas, lo es también en lo que respecta a las posiciones de poder que encarnan: el contexto establece una serie de factores externos, condiciones si se quiere, que permiten que una masculinidad determinada se erija sobre la otra, o simplemente que se equilibren las posiciones de poder.

La observación de la movilidad de las posiciones de poder de las masculinidades estaría incompleta si no se tienen en cuenta dos elementos constitutivos de las masculinidades hegemónica y subalterna, respectivamente: la fragilidad de la masculinidad hegemónica y el exceso que representan y encarnan las masculinidades

subalternas, más concretamente, en el caso de las novelas del corpus, homosexuales identificados con la categoría de la loca. Estas características inherentes a las masculinidades hegemónica y subalterna son una puerta a la resistencia y subversión del orden social masculino, ya que ambas cuestionan la naturalidad y neutralidad con la que se disfraza la norma que establece los comportamientos “propios” de los hombres, y dejan en evidencia la posibilidad de desbordarla.

La masculinidad hegemónica es frágil. A esta conclusión se llega después de observar la gran cantidad de prácticas (ceremonias, rituales de paso, actitudes, etc.) destinadas a reafirmar la virilidad del que las atraviesa: es necesario constantemente probar que se es “hombre” y esto, precisamente, porque no existe ninguna relación entre el hecho de tener un pene (el sexo biológico) y exhibir un tipo determinado de comportamiento, orientación sexual, prácticas, etc. De manera paradójica, la masculinidad hegemónica, en su afán de reafirmarse constantemente para así continuar detentando el poder, deja al descubierto, como punto débil, la artificialidad de la naturalización de los sentidos construidos a partir de las diferencias sexuales entre hombres y mujeres. Las masculinidades subalternas, por otro lado, cuestionan también la naturalización de la norma, y lo hacen de manera frontal y explícita exhibiendo comportamientos, prácticas o una orientación sexual que exceden las imposiciones del orden social. El exceso de las masculinidades subalternas también deja en evidencia la artificialidad y arbitrariedad de la norma al hacer patente la posibilidad de ir más allá de ella, de excederla. Gracias a la síntesis teórica llevada a cabo hasta el momento es posible comprender, por ejemplo, la posición de vulnerabilidad de Valentín en una de las citas textuales que abren este acápite. En ella, el guerrillero ya ha ingerido la comida envenenada del penal, que le provoca una fuerte diarrea, y que termina haciéndole perder el control de sus esfínteres.

El contexto, la enfermedad y la cárcel, coloca a Valentín en una posición de precariedad en la que sus fuerzas se ven disminuidas a tal punto que le es imposible continuar reafirmando la fortaleza supuestamente propia de su masculinidad hegemónica de revolucionario, y termina mostrándose en una conmovedora indefensión que subvierte por completo su representación de macho insensible y perennemente fuerte. Así mismo, el exceso de Molina y de la Loca del Frente, manifestado desde lo estético-actitudinal, implica también una dimensión sentimental. En ambas locas el exceso de sentimientos, el mismo del que se quejaba Valentín en la cita de Puig, deviene en amor hacia sus respectivos objetos de afecto. Lo anterior se traduce en un

constante cuidado hacia el ser amado, Valentín y Carlos, que implica en ciertos casos una inversión de las posiciones de poder y en otros una horizontalidad en la relación, dejando atrás las jerarquías propias de la relacionalidad de ambas masculinidades. Visto de esta manera cobra más sentido el gesto de la Loca del Frente en la cita de Lemebel que abre este acápite. Tiempo antes de que llegara su cumpleaños, Carlos le había comentado a la Loca cuán hermosas, alegres y equitativas le parecían las celebraciones barriales de cumpleaños en Cuba, donde “no hay injusticia y ninguno llora porque su vecino tiene un cumpleaños mejor” (2001, 57).

La Loca del Frente, desde el amor, busca con sumo cuidado imitar para el cumpleaños de Carlos esas idílicas celebraciones “a la cubana”, y lo hace procurando ella misma todo lo necesario para la fiesta: el pastel, una corona de plástico para Carlos, que es el rey de esa tarde, y muchos niños del barrio. La Loca en su sentimentalidad amorosa logra recrear en su casa un pedacito de la isla comunista con su utópica justicia social, gesto que se convierte en el verdadero regalo de cumpleaños de Carlos y que se confirma con la pregunta de “¿se parece a Cuba?”. Las atenciones de la Loca calan en lo profundo de los sentimientos de Carlos, de la misma manera que los cuidados de Molina llenan de emoción, hasta las lágrimas, a un Valentín disminuido física y espiritualmente por la tortura y la nostalgia producto del encierro. Sentir en carne viva las amarguras de la prisión y, al mismo tiempo, la ternura del afecto del otro en la precariedad les permite a los guerrilleros, como masculinidades hegemónicas, experimentar nuevas emociones, nuevas actitudes y formas de pensar más allá de las prescripciones del orden social masculino que tan bien han interiorizado. Comprender de qué manera la precariedad y el afecto actúan en Valentín y Carlos hasta el punto de conseguir equilibrar las posiciones de poder entre ambas masculinidades, o subvertirlas en determinados momentos, exige plantear ahora la reflexión en clave corporal, es decir, pensar desde la materialidad del cuerpo a la precariedad y el afecto.

Las diferentes aproximaciones teóricas al cuerpo lo conciben en dos dimensiones: tanto desde lo material como desde lo conceptual. Lo último hace referencia al cuerpo como un constructo social, dotado de diferentes sentidos o representaciones, gracias a una serie de discursos y prácticas que funcionan sobre él y desde él. Por otro lado, la materialidad del cuerpo implica la acción de sistemas perceptivos y sensitivos, a través de los cuales el sujeto percibe y entiende la realidad y a sí mismo. Son estos sistemas perceptivos, propios de los rasgos biológicos del cuerpo, los que posibilitan construir una experiencia personal más allá de los discursos del

orden social. En este sentido se expresa Zandra Pedraza en su artículo “El cuerpo: texto vivo” (2010)

Los rasgos naturales del cuerpo, que serían aquellos biológicos, -¿la columna vertebral?, ¿el andar?, ¿los ojos?, ¿el cerebro?, ¿la respiración?, ¿la propiocepción?- contienen la capacidad de que el sujeto experimente y exprese por su intermedio la verdad de su autenticidad, liberada de los efectos de la cultura y el poder que actúan como constrictoras de su subjetividad. La lucha principal de emancipación que el sujeto libra en la arena corporal se orientaría a situarlo redimido de los efectos del poder y de la cultura en la experiencia de su cuerpo: prístina y auténtica. (2010, 10)

Hablar de la experiencia desde el cuerpo obliga a observarlo en sus dos dimensiones mencionadas al inicio del párrafo anterior. Pedraza, en el mismo texto citado, sostiene que la experiencia sucede en unas determinadas condiciones biológicas y materiales del cuerpo, además de lo que se entiende culturalmente por cuerpo. Es decir, la cultura puede también modificar lo que el individuo entiende de una determinada experiencia por medio de mecanismos como el consumo, las prácticas o incluso el propio discurso. Sin embargo, pese a lo anterior, la experiencia corporal del sujeto, sentida con gran intensidad desde su misma materialidad biológica, la carne viva, es aún capaz de erigirse como una emancipación de las prescripciones del orden cultural, como es el caso de Valentín y Carlos en las novelas del corpus, debido a que está estrechamente ligada a lo emocional que la acompaña.

En un trabajo anterior, “Derivas estéticas del cuerpo” (2009), Pedraza escribe sobre la importancia de las emociones y reconoce que “los componentes emocionales y subversivos de la experiencia afloran como recursos políticos para los más diversos grupos que la norma moderna situó al margen o excluyó al instaurar un orden corporal racionalista [...] Es ésta la alternativa que ha propiciado el giro afectivo en los estudios sociales” (2009, 75).

En síntesis: si la experiencia corporal posibilita que el sujeto experimente nuevas sensaciones, emociones o pensamientos más allá de las prescripciones del orden social, lo emocional permite expresar sentimientos y subjetividades no valorados socialmente, por ser ajenos a los discursos e intereses del poder sobre la contención y control del cuerpo y sus afectos. Es importante siempre recordar la instrumentalidad que caracteriza al orden social masculino capitalista: el cuerpo y sus emociones se contienen (como sucede con la sexualidad pensada únicamente con fines reproductivos) a fin de orientar las energías ahorradas, por decirlo de algún modo, a la producción del capital y al mismo control del cuerpo con dicho fin.

En las obras del corpus las experiencias de la precariedad y del afecto se mueven principalmente en tres espacios: la cárcel, en el caso de la novela de Puig, y la casa de la Loca y las calles de Santiago de mediados de los ochenta, durante la dictadura de Pinochet, en lo que respecta al texto de Lemebel. Cada uno de estos espacios tiene un sentido particular para la narración, que hace posible el cambio de las posiciones de poder entre las masculinidades.

La prisión es un lugar de múltiples experiencias, observada desde la perspectiva del sujeto que se encuentra recluso en ella. En su interior coexisten vivencias tan disímiles como la ya mencionada precariedad y, al mismo tiempo, la lucidez, el afecto, la paz y seguridad. Joseph J. Portanova en “Epistle from Prison: Oscar Wilde’s De Profundis [Epistola in Carcere et Vinculis]” (2015) analiza el sentido de las experiencias de la precariedad, la lucidez y el afecto en prisión a propósito de la famosa carta de Oscar Wilde a Lord Alfred Douglas, escrita durante su condena de dos años por sodomía en la cárcel de Reading. En su análisis del texto de Wilde, Portanova resalta las duras condiciones del sistema penitenciario inglés de aquella época, diseñado para castigar en lugar de rehabilitar (2015, 94). Ellas son las responsables de lo que Wilde consideró su conversión espiritual, así lo afirma Portanova recurriendo a citas del texto del escritor irlandés.

This drives Wilde to despair: at Wandsworth he wants to die, and at Reading plans to commit suicide on the day of his release. Then there is a change, which Wilde ascribes to his spiritual conversion: «The plank-bed, the loathsome food, the hard ropes shredded into oakum till one’s fingertips grow dull with pain... the silence... the solitude, the shame... There is not a single degradation of the body, which I must not try and make into a spiritualizing of the soul». This also follows an improvement in conditions by Governor Nelson. Regulations are still observed, but the spirit behind them has changed. Wilde begins to appreciate the kindness he has received. (2015, 100)

Es inevitable no ver las similitudes entre las experiencias en prisión de Wilde y Valentín. Aunque este último no es homosexual y no sufrió la humillación pública de la que Wilde fue objeto, sí sufre en su cuerpo las penurias del encierro, entre ellas la soledad y de la tortura de las autoridades del penal de Villa Devoto, además de la persecución política por ser militante de izquierda en un país controlado por una sangrienta dictadura militar de derecha. La cárcel es un sitio diseñado para quebrantar el espíritu. Ese era el plan de los encargados del penal, quienes, inicialmente en complicidad con Molina, envenenaron la comida de Valentín a fin de disminuirlo y que diera información sobre sus actividades subversivas: “Director: ¿Ayudó o no que lo debilitáramos por el lado físico? [...] Director: ¿Y Arregui como está de moral?,

¿conseguimos que se ablandara un poco?, ¿cuál es su opinión?” (2011, 153). Sin embargo, los torturadores no contaron con que Molina después cambiara de opinión, movido por el afecto y la empatía al principio y luego por el amor, y, en lugar de seguir colaborando en debilitar a Valentín, más bien lo ayuda a recuperarse con la misma comida que le pide al director de la cárcel para supuestamente despistar a Arregui de lo que sucede (2011, 156).

La intervención de Molina es fundamental, ya que trastoca los resultados que se obtienen del debilitamiento físico y espiritual del guerrillero: Valentín, al igual que Wilde en prisión con el mejoramiento de las circunstancias de su encierro señaladas por Portanova, siente el afecto y los cuidados de Molina, los que terminan sensibilizándolo, como ya se vio en el desarrollo de este acápite. Al final, en lugar de conseguir la delación en Valentín, lo que se logra es sacar al revolucionario de su aislamiento emocional inicial, desarrollando en él, primero, una empatía hacia la diferencia de Molina y, luego, un afecto fraternal (que si bien se manifiesta al final físicamente, considero que no deja de tener dicha naturaleza) hacia él en agradecimiento por sus cuidados y atención, lo que termina horizontalizando las posiciones de poder entre ambos. El cambio de actitud en Valentín es gradual y tanto él como el lector lo notan a lo largo de toda la narración. Inicia con un componente importante de la novela que son las películas que cuenta y los boleros que canta Molina, y se construye en el devenir del texto hasta que encuentra una de sus máximas expresiones al día siguiente del episodio de la diarrea de Valentín que abrió este acápite. Arregui se enferma por segunda ocasión y Molina lo vuelve a limpiar con la sábana. La situación y un bolero que él estaba cantando esa mañana provocan un nuevo quebranto en el guerrillero, esta vez emocional, a propósito del asesinato de un compañero de lucha de este último:

¿Sabés una cosa? ... Yo una vez limpié al hijito de este muchacho, del pobrecito que mataron [...] Quién sabe qué va a ser de él [...] Y vos no sabés lo peor, y es que a nadie de ellos les puedo escribir, porque cualquier cosa sería comprometerlos. [...] ni con nadie me puedo comunicar. Y como tu bolero «porque la vida no nos unirá nunca» [...] Nunca. Qué palabra tan terrible, hasta ahora no me había dado cuenta... de lo terrible que es... esa... pa... palabra... Perdoname. (2011, 146 y 147)

En el mismo sentido en el que lo plantea Pedraza, la experiencia biológica de la disminución de fuerzas va acompañada de un componente emocional que hace posible superar, al menos por ese mal momento, la asociación de sentimientos-debilidad que Valentín ha interiorizado como masculinidad hegemónica. Así mismo, y aún en contra de su construcción personal de guerrillero de izquierda como se verá en el siguiente capítulo, Valentín empieza a pensar más en sí, en sus sentimientos, que en la causa

común de lucha social. La enfermedad y la melancolía son pretextos para que deje salir lo que siente por Marta, una joven que él ama y que dejó a consecuencia de sus actividades subversivas. Marta es burguesa y la situación es perfecta para que Valentín se sincere consigo mismo y piense no solo más allá del orden social masculino, sino de su propia construcción ideológica. Entre lágrimas reconoce “yo ha...hablo mucho pero... pero en el fondo lo que me me... me... sigue gustando es... otro tipo de mujer, adentro mío yo soy igual que todos los reaccionarios hijos de puta que me mataron a mi compañero... soy como ellos, igualito [...] Y hasta pienso que Marta no me gusta por ella misma, sino porque tiene... clase” (2011, 147 y 148). En ese momento, aunque la enfermedad y melancolía actúan para poner a Valentín en una posición de subalternidad respecto a Molina, este último, sin embargo, no asume una posición de dominio, sino que más bien, con los cuidados afectuosos que le prodiga, establece y mantiene horizontal la situación. Una vez que Valentín se siente mejor vuelve a asumir su construcción ideológica revolucionaria y hegemónica, sin embargo, quedó ya en él la huella de la posibilidad de ir más allá de lo que cree y piensa, y esto se manifiesta precisamente después del episodio en el que Valentín se resiste violentamente a los cuidados de Molina, que desde su perspectiva lo subalternizan. En dirección similar a lo que Portanova llamó la conversión espiritual de Wilde, Arregui se concientiza del porqué de su actitud frente a los cuidados de Molina.

-Sí, lo estuve pensando, y es eso. Si me ponía nervioso que vos fueras... generoso, conmigo, ...es porque no me quería ver obligado a ser igual yo con vos. [...]
 -¿Y estamos tan presionados... por el mundo de afuera, que no podemos actuar de forma civilizada?, ¿es posible que pueda tanto... el enemigo que está afuera? [...]
 -Pero aquí estamos los dos solos, y nuestra relación, ¿cómo podría decirte?, la podemos moldear como queremos, nuestra relación no está presionada por nadie. [...]
 -En cierto modo estamos perfectamente libres de actuar como queremos el uno respecto al otro [...] Es como si estuviéramos en una isla desierta. Una isla en la que tal vez estemos solos años. Porque, sí, fuera de la celda están nuestros opresores, pero adentro no. Aquí nadie oprime a nadie. Lo único que hay, de perturbador, para mi mente cansada, o condicionada o deformada... es que alguien me quiere tratar bien, sin pedir nada a cambio.(2011, 205 y 206)

La epifanía de Valentín, si se la puede llamar de esa manera, transita por las reflexiones sobre la interiorización del orden social masculino, llevadas a cabo a lo largo de este primer capítulo, así como también por lo planteado en torno a la horizontalización y movilidad de las relaciones de poder a partir de factores como el afecto y contexto. Valentín comprende a la perfección la paradoja de la cárcel: si bien están reclusos, privados de la libertad de moverse por el exterior, en la sociedad, al mismo tiempo están ellos ahí libres de las normas que impone ese mismo orden social y que condicionan al

momento de vivir con aparente libertad entre las personas. Así mismo, y profundizando aún más en las reflexiones de Valentín, al estar ellos paradójicamente libres de las normativas de género dentro de prisión, y atravesados por el afecto y la empatía, pueden construir su relacionalidad sobre nuevas bases de equidad, ya que, en palabras del propio guerrillero, nadie oprime a nadie. La tan anhelada por Arregui justicia social se consigue, al menos en pequeña escala, en el interior de la celda a partir de la horizontalización de las relaciones de género y poder: una lucha librada desde un inusual frente y apoyada por la diferencia de Molina y todo lo que ella representa. La prisión en Puig se configura como un espacio de múltiples significados y posibilidades: es el sitio de la precariedad, pero también del refugio, la lucidez y el afecto. La novela de Lemebel, por otro lado, aunque no se aproxima a sitio alguno parecido a una cárcel, explora también los factores de la precariedad, el refugio y el afecto pero a partir de otros espacios: la casa de la Loca y las convulsionadas calles de Santiago de Chile de mediados de los ochenta, durante la dictadura de Augusto Pinochet.

Si en la narración de Puig la precariedad y la violencia, efectos de la dictadura, se encuentran en el interior de una celda, en el texto de Lemebel salen de ese espacio y se integran en la cotidianidad de Santiago como ciudad, a través de escenas como las manifestaciones en las calles o las requisas militares sorpresa, como la mencionada en la sección anterior a propósito del exceso genérico de la Loca. En ese contexto, Carlos y sus amigos revolucionarios se reúnen en el altillo de la casa de la Loca del Frente y guardan también ahí los implementos necesarios para llevar a cabo el atentado contra Pinochet que están planeando. La casa funciona como una suerte de escondite, un lugar seguro de los guerrilleros para protegerse de los abusos del poder dictatorial. Una lectura similar respecto al espacio de la prisión en la novela *Nuestra señora de las flores* de Jean Genet es planteada por Afrodesia McCannon en su ensayo “Jean Genet: Our Lady of the Flowers in Prison” (2015). En su narración, de tintes autobiográficos, Genet cuenta la historia de un individuo en la cárcel, el mismo escritor según McCannon (2015, 179), que a su vez imagina y cuenta la vida de Divina, un viejo drag queen prostituto, y su relación con otras locas, homosexuales, proxenetas, prostitutos, ladrones, etc. del bajo mundo parisino. McCannon, partiendo desde ese punto, observa a la prisión como la posibilidad de un descanso de las hostilidades del mundo exterior.

As with much in this text, Genet reverses expectations seemingly embracing the horrifying marginal space of prison. For the narrator, the prison cells are a space of reprieve after the «monstrousness» of arrests. [...] Prison allows for self-exploration

[...] Most of all, it is a place to give life to Jean Genet's imaginary fantasy world of Divine, Darling and others. (2015, 181 y 182)

La interpretación de McCannon comparte, con la de Portanova, la posición de la cárcel como un lugar idóneo para el autodescubrimiento, la reflexión y las conversiones espirituales. Sin embargo, la primera va más allá al atribuir dicho resultado a una apertura consciente y deliberada a la marginalidad que representan no solo ese espacio sino también todos los personajes que ahí se mueven y que guardan alguna relación con Divina, de manera que se transforma en lo que McCannon llamó una glorificación de lo marginal (2015, 181). En la novela de Lemebel no es posible hablar de una glorificación de lo marginal, en el estricto sentido planteado por Genet, pero sí de una reivindicación. El margen en Lemebel no se limita únicamente a los homosexuales y/o las locas, sino que se extiende también a las clases sociales bajas. El autor, como lo escribe Rodrigo Ayala Miño en su mencionado trabajo de maestría, “descubre los guetos urbanos de la prostitución travesti; de los descamisados, de los proletarios de los barrios marginales, los que toman la «lamicro» (sic) para trasladarse al centro a protestar contra la opresión o para dirigirse a los barrios altos de la ciudad, en donde sirven a las clases dominantes” (2015, 52).

La Loca se mueve en lo marginal como uno más del grupo, con su diferencia y todo, y comparte con ellos (los marginales) la precariedad política y social de su entorno, que los ubica en una suerte de complicidad solidaria en la que se cuidan las espaldas los unos a los otros del poder dictatorial, de ahí que al tener que dejar la casa, después del atentado fallido, la Loca del Frente estuviera segura de que sus vecinas no iban a delatarlo, ya que “peladoras serían las viejas, pero nunca soplonas, nunca dirían que en esa casa marica, el Frente Patriótico Manuel Rodríguez había encontrado un hueco cálido de protección” (2001, 171). Lemebel va más allá de abrazar la marginalidad de la Loca del Frente, la exalta con el teatral exceso, la solidaridad y el afecto que se desprenden del personaje. Es precisamente la combinación de todo lo mencionado lo que posibilita que la casa de la Loca se transforme en un lugar seguro para los guerrilleros y, al mismo tiempo, un sitio en donde, de manera similar a la celda de Puig, se puedan construir las relaciones de género desde un modelo más horizontal. Como ya se mencionó en el desarrollo de la sección anterior, el exceso que emana la Loca del Frente impregna muchos otros elementos de la narración y el espacio es el primero en cambiar por acción de sus “manos marimbas”, como las llamó Lemebel:

Aquella casa primaveral del '86 era su tibieza. Tal vez lo único amado, el único espacio propio que tuvo la Loca del Frente. Por eso el afán de decorar sus muros como torta

nupcial. Embetunando las cornisas con pájaros, abanicos, enredaderas de nomeolvides y esas mantillas de Manila que colgaban del piano invisible [...] Esas cajas tan pesadas que mandó a guardar ese joven que conoció en el almacén, aquel muchacho tan buenmozo que le pidió el favor. Diciendo que eran solamente libros, pura literatura prohibida, le dijo, con esa boca de azucena mojada. Con ese timbre tan macho que no pudo negarse. (2001, 12)

La casa es el espacio vital de la Loca y ahí manda ella. Su presencia y fuerza (su exceso también es posible decir) se imponen sobre el resto de las cosas que la rodean, aunque más que imposición es mejor hablar de una transformación de las cosas. A través de la ya mencionada lengua marucha, la subjetividad estética y genéricamente excesiva de la Loca cubre su realidad y la convierte en algo que le gustaría que fuera: la lengua marucha está al servicio de los deseos de la Loca del Frente y hacen suyo todo lo que es representado con el influjo excesivo de ese lenguaje. Lo primero en transformarse sin mayor problema son las cajas con armamento que Carlos guarda en la casa. La Loca, “sin saberlo”, ayuda a los guerrilleros al disimular con sus adornos los cajones y transformarlos en separadores de ambiente, mesas de centro o mesitas ratonas. (2001, 13). La lengua marucha de la Loca es de una potencia tal que también alcanza a Carlos, quien es observado desde ella con una sensualidad poética desbordante. Así, imágenes como la de la boca de azucena mojada, o el sueño de la Loca en el que cabalga, al estilo de una heroína de cine, agarrada de la cintura de Carlos mientras sus dedos están “tocando esa guata de hombre, ese tripal nervioso tensado por la fuga. [...] los remolinos velludos de su ombligo [...] se agarraban fieros de esas crines duras, jugaban con ese pelaje rizado, con ese «caminito al cielo», vientre abajo, quebrada abajo” (2001, 49), lo ubican en una posición de objeto pasivo del deseo de la Loca, a quien la lengua marucha y el exceso que lo caracteriza, lo dotan de la fuerza necesaria para subvertir el orden social masculino, que siempre determina al hombre de construcción hegemónica como el agente activo en la sexualidad.

El exceso de la lengua marucha está acompañado también de las atenciones y afectos, igual de excesivos y desbordantes, que la Loca le prodiga a Carlos y que provocan en él más de un desconcierto. Un maravilloso ejemplo de esto es la escena de Carlos y la Loca en el Cajón del Maipo, cuando el guerrillero acude ahí a hacer cálculos y preparar todo para el atentado, mientras la Loca, quien organizó para ese momento un día de campo, hace todo lo posible por llamar la atención del revolucionario:

La miró divertido, haciendo un paréntesis en su serio trabajo. Y fue él quien apretó la tecla de la radiocasetera, sumándose de espectador al tablao, para verla girar y girar remecida por el baile, para quedarse por siempre aplaudiendo esos visajes, esos «besos brujos» que la loca le tiraba soplando corazones, esas pañoletas carmesí que hizo

flamear en su costado, quebrándose cual tallo a puro danzaje de patipelá, a puro zapateo descalzo sobre la tierra mojá. [...] Nunca una mujer le había provocado tanto cataclismo a su cabeza. Ninguna había logrado desconcentrarlo tanto, con tanta locura y liviandad. (2001, 34)

La cita tiene muchas aristas desde las que puede ser observada. En primer lugar, es marcada la división jerarquizada de tareas llevadas a cabo entre ambos personajes, muy acordes a los roles de hegemonía y subalternidad que encarnan en ese momento. Sin embargo, y esto es lo singular del fragmento, también hace patente la posibilidad de acabar con esa jerarquización a través del exceso característico de la Loca del Frente, que aturde a Carlos al punto de la incompreensión del porqué de lo que sucede. En ese mismo sentido, profundizando aún más en el análisis de la cita, es factible también evidenciar un destello del cambio de mentalidad que se está gestando en el guerrillero por acción del afecto y el exceso de la Loca: aunque la reacción final de Carlos sea la confusión es importante el hecho de que él mismo sea el que detiene su trabajo y enciende la música para que la Loca baile y pueda verla. Carlos poco a poco se integra a la teatralidad de la Loca del Frente y participa con gusto y de igual a igual de ella. Carlos, al igual que Valentín, se abre a nuevas posibilidades de pensamiento y comportamientos, más allá de su construcción masculino-hegemónica revolucionaria, a partir de la experiencia de la precariedad del contexto y la protección, cuidado y afecto que la Loca del Frente le regala.

Desde lugares y mecanismos distintos, Valentín y Carlos encuentran en sus respectivos espacios la precariedad y el afecto como agentes que influyen en la relacionalidad y las posiciones de poder entre ambas masculinidades. Tanto la prisión como la casa de la Loca del Frente se constituyen en lugares cerrados donde es posible exceder de manera subversiva el ordenamiento social masculino. Mi observación, debidamente matizada a la luz de las obras del corpus y la teoría vista hasta el momento, se mueve algo en dirección de lo postulado por Robert Muchembled en *El orgasmo y Occidente: una historia del placer desde el siglo XVI a nuestros días* (2008), respecto a espacios como los burdeles o clubes de caballeros en los que es lícito entregarse a las pasiones proscritas por la norma para luego, en la vida pública, y una vez desfogados todos esos sentimientos y sensaciones prohibidas, asumir nuevamente las prescripciones del orden cultural (2008, 206 y 207). Si bien Muchembled, con su mirada siempre desde el exterior, ve en los mencionados espacios cerrados una posibilidad de libertad, lo cierto es que en su interior continúan reproduciéndose las asimetrías y jerarquizaciones del poder a partir de las prácticas ahí llevadas a cabo.

De esta manera interpreto dicho espacio, teniendo en cuenta la perspectiva del historiador francés, como una especie de concesión del poder hacia las masculinidades subalternas marginales para que puedan vivir en relativa “tranquilidad”, siempre y cuando paguen el precio de la segregación y el silenciamiento. Esto explica la presencia de otros personajes similares a Molina y la Loca del Frente en la literatura latinoamericana, como la loca de Donoso en *El lugar sin límites*, que, a diferencia de los primeros, no encarnan a cabalidad la subversión que los otros sí. La situación, excepto por la observación del espacio, es radicalmente distinta en las novelas del corpus y es por causa del afecto que se puede hablar de una subversión en Molina y la Loca del Frente. Como ya se mencionó al inicio de este acápite, el afecto de las locas en las dos narraciones deviene en amor por sus respectivos guerrilleros y toma la forma de un permanente cuidado hacia ellos. Ambos, amor y cuidado, como categorías teóricas implican una horizontalización de las relaciones de poder entre los individuos. El primero de ellos es definido por Pierre Bourdieu en *La dominación masculina* como un trabajo continuo que “hace posible la instauración de relaciones basadas en la plena reciprocidad y que autoriza el abandono y la entrega de uno mismo; el del reconocimiento mutuo” (2000, 134). Sobre el segundo reflexiona Diego Falconí Trávez en *De las cenizas al texto: literaturas andinas de las disidencias sexuales en el siglo XX* (2016) y lo relaciona de manera directa con la ya mencionada precariedad. De acuerdo a Falconí Trávez, teniendo como punto de partida las teorizaciones de Butler sobre la precariedad como algo con lo que convive el ser humano, hay una necesidad en cada cuerpo precario de apoyarse de manera simbiótica en otro para poder subsistir; en ese mismo contexto, el autor es enfático al asegurar que “la codependencia humana, la ética, no se genera por la bondad o el altruismo sino de la necesidad de [...] sobrevivir en la tierra” (2016, 170).

Considerar estas posturas en torno a las ya mencionadas categorías hace posible ver, por ejemplo, la horizontalización de las relaciones de poder como un trabajo afectivo constante llevado a cabo a partir del cuidado, la atención y elementos como las películas, en el caso de Puig o los boleros, en lo que respecta a Lemebel. Así mismo, las reflexiones de Bourdieu y Falconí Trávez refuerzan la importancia de la precariedad como elemento influyente en la relacionalidad de ambas masculinidades, más allá de los efectos que la primera mencionada tiene en el cuerpo del que la padece. Por último, es posible percibir de manera simultánea el amor como entrega de uno mismo y el cuidado inherente a la precariedad en la ayuda que las locas le prestan a los guerrilleros al

involucrarse de manera directa en las actividades subversivas: Molina una vez fuera de prisión se comunica con la gente de Valentín, mientras que la Loca del Frente llega hasta a entregar armas a los compañeros de Carlos. Ambas acciones, es interesante resaltar desde ya, son posibles únicamente debido a que el exceso de ambas locas, tanto en lo genérico como en lo estético, despista a las autoridades dictatoriales, situación que será explorada más adelante en la investigación. El amor y los cuidados de ambas locas encuentran su reciprocidad, a manera de resultado si se quiere, en las actitudes que hacia ellos tienen los guerrilleros al final de las narraciones. Valentín, por su lado, ha desarrollado una consciencia de género que lo lleva a decirle a Molina, en forma de consejo, “si te gusta ser mujer... no te sientas que por eso sos menos [...] no tenés que pagar con algo, con favores, pedir perdón, porque te guste eso. No te tenés que... someter” (2011, 246).

El guerrillero reconoce en Molina una actitud de entrega y servicio al otro y lo felicita por ello (2011, 257): ahora puede ver a la loca más allá de su aparente falta de fortaleza, rigor y orden, como lo evidenció el desarrollo de la primera sección del capítulo. Carlos, mientras tanto, consigue superar el desconcierto inicial ante las manifestaciones de la Loca del Frente y más bien se integra de buena gana a ellas. La visita final a la casa de la Rana le permite darse cuenta de que “era extraño, pero en esa guarida de maricones se sentía bien, como si en alguna vida anterior hubiera conocido a la Rana, a esa enorme matrona colipata vestida de pantalón y camisa negra que lo miraba con cálida simpatía” (2001, 141). Finalmente, la completa horizontalidad de las relaciones entre Molina-Valentín y Carlos-La Loca del Frente, casi a manera de comunión entre los personajes, se representa en dos momentos clímax de ambas narraciones: en la novela de Puig después del primer encuentro sexual entre Molina y Valentín y luego en el beso de los personajes; mientras que en el texto de Lemebel se encuentra en el conmovedor episodio final del juego entre Carlos y la Loca del Frente en las olas de Valparaíso, como si de un bautizo, un nuevo comienzo, se tratase.

La movilidad y el dinamismo de las relaciones de poder entre las masculinidades es la conclusión principal que se puede obtener de este acápite a partir del análisis de las diversas condiciones que matizan la relacionalidad entre las posiciones de hegemonía y subalternidad. Factores como el contexto, la precariedad y el afecto, unidos a la inherente fragilidad de la masculinidad hegemónica y al exceso que representa su contraparte subalterna, dan como resultado el cambio de actitud de los guerrilleros hacia la diferencia de Molina y la Loca del Frente. La transformación, sin embargo, no opera

únicamente en los revolucionarios. Si ellos desarrollan una sensibilidad de género a partir del contacto con las locas, estos últimos, en cambio, descubrirán dentro de sí una consciencia política construida desde el amor hacia sus objetos de afecto. Tanto Molina como la Loca del Frente descubren también que pueden ir más allá de lo que el orden social masculino hegemónico ha determinado para ellos. Es así que los dos tipos de masculinidades observados en el corpus subvierten, cada uno a su manera y a partir de diversos mecanismos que encuentran su punto de unión en las condiciones ya mencionadas, las normativas del orden social hegemónico y, yendo aún más allá, también los constructos ideológicos que se relacionan con él, como el del hombre nuevo. De esta manera Valentín, Molina, Carlos y la Loca del Frente se configuran como personajes cuya complejidad viene dada por los matices que se mueven en torno a las relaciones humanas.

Post scríptum uno

El orden social es implacable en cuanto a las normativas que impone; sin embargo, la rigidez de esas mismas normas, que para nada se adapta a la variabilidad del ser humano y de las condiciones en las que se desarrolla su vida, ofrece al mismo tiempo resquicios que posibilitan ir más allá de él. Los personajes de las novelas objeto de estudio se mueven precisamente por esos pequeños lugares y hacen patente las múltiples formas que puede tomar la subversión del orden social. El siguiente punto en el análisis le corresponde al constructo cultural del hombre nuevo, surgido de la efervescencia de la Revolución Cubana y de los vientos de cambio del orden del mundo que soplaron durante la primera mitad de la segunda parte del siglo XX. Muchas de las características del hombre nuevo, como categoría y determinadas por diversos factores emanados de ese mismo contexto, son similares a las que se asocian a la masculinidad hegemónica, de ahí que sea apropiada para observar desde ella tanto a los personajes de Valentín y Carlos, como a la diferencia de Molina y la Loca del Frente. De esta forma es posible comprender otra perspectiva más de la subversión que encarnan estos personajes en los textos del corpus, considerando ya el análisis que de ellos se ha hecho, en clave de género y poder, hasta el momento en las páginas precedentes.

Capítulo dos

El hombre nuevo y su masculinidad hegemónica frente a dos locas revolucionarias y desbordantes

2.1. El hombre nuevo: intelectual comprometido y devenir revolucionario, inacabado y sin ‘pecado original’

La culpabilidad de muchos de nuestros intelectuales y artistas reside en su pecado original; no son auténticamente revolucionarios. Podemos intentar injertar el olmo para que dé peras, pero simultáneamente hay que sembrar perales. Las nuevas generaciones vendrán libres del pecado original. [...] Ya vendrán los revolucionarios que entonen el canto del hombre nuevo con la auténtica voz del pueblo.
(Guevara 1965, 11)

Todos los profesores eran comunistas y, desde luego, una de las clases más importantes era la del marxismo-leninismo. Teníamos que aprendernos al dedillo el *Manual de la Academia de Ciencias* de la URSS [...] también recibíamos clases de contabilidad y, como parte del curso, teníamos que subir periódicamente al Pico Turquino en la Sierra Maestra [...] era como el santuario que en peregrinación debíamos visitar cada cierto tiempo [...] A los pocos meses se nos dijo que no éramos simples estudiantes, sino la vanguardia de la Revolución y, por lo tanto, jóvenes comunistas y soldados del ejército. [...] Los que persistíamos éramos los hombres nuevos, los jóvenes comunistas que controlaríamos la economía del país.
(Arenas 2009, 72 y 73)

Si queremos expresar cómo queremos que sean los hombres de las futuras generaciones, debemos decir: ¡Que sean como el Che! Si queremos decir cómo deseamos que se eduquen nuestros niños, debemos decir sin vacilación: ¡Queremos que se eduquen en el espíritu del Che! Si queremos un modelo de hombre, un modelo de hombre que no pertenece a este tiempo, un modelo de hombre que pertenece al futuro, ¡de corazón digo que ese modelo sin una sola mancha en su conducta, sin una sola mancha en su actitud, sin una sola mancha en su actuación, ese modelo es el Che!
(Castro 1967, 8 y 9)

Escribir sobre el hombre nuevo no es una tarea fácil, y mucho menos lo es hacer de él una categoría teórica de análisis. La dificultad de dicha empresa radica, en primera instancia, en la complejidad misma del fenómeno político y cultural, que antecede y patrocina al surgimiento del mencionado sujeto: la Revolución Cubana. Es así que pensar y analizar al hombre nuevo exige observar de cerca las implicaciones políticas, sociales y culturales acaecidas en la isla a partir de la llegada de Fidel Castro al poder a inicios de 1959, así como también es necesario tener en cuenta, de manera global, el panorama político y social de aquellos años del primer cuarto de la segunda mitad del siglo XX.

El discurso del hombre nuevo, dicho de manera sucinta por el momento, responde al vertiginoso ritmo político de aquellos años (corre, por ejemplo, la Guerra Fría) de ahí que su existencia misma, en todos los ámbitos en los que se pueda pensar (ideología, moral, educación, trabajo, actitudes, sexualidad y vida de pareja, etc.), esté ligada a lo político, más concretamente a la interpretación y adaptación revolucionaria

que los dirigentes del Partido Comunista Cubano hicieron del marxismo-leninismo soviético.

Los epígrafes elegidos para este acápite trazan la ruta que seguirá mi análisis en busca de las líneas discursivas específicas que componen al hombre nuevo, siempre en clave política. Propongo para esta sección del estudio observar al hombre nuevo desde tres perspectivas: la intelectual-ideológica, la educativa-subjetiva y, finalmente, la de la práctica-acción, relacionada con la radicalización de los principios revolucionarios en Cuba, en los años finales de la década del sesenta, a partir de una serie de circunstancias determinadas. Así mismo, la respectiva autoría de los epígrafes es también representativa de la posición desde la cual se observa al hombre nuevo: de los discursos de Fidel, así como de otras manifestaciones políticas de diferentes revolucionarios (artículos en revistas, panfletos, cartas, etc.), como Ernesto Guevara, emergen, a manera de prescripciones, las líneas discursivas que pretendo encontrar. Por otro lado, el texto de Arenas, extraído de su autobiografía *Antes que anochezca* (2009), es oportuno para echar un vistazo a los métodos de adoctrinamiento (llamado eufemísticamente ‘educación ideológica’) y la importancia de estos en la formación de la subjetividad de las juventudes, a fin de orientarlas hacia el pensamiento revolucionario, más allá de la hegemonía del pensamiento burgués.

Si bien la subjetividad del texto de Arenas es un motivo para tomarlo con pinzas, es ella misma la que lo convierte en un recurso pertinente, ya que es la subjetividad de una persona que a los ojos de la revolución comete el pecado original, según las palabras de Guevara, de no ser completamente revolucionario (es más, por ser escritor disidente y homosexual es visto como material irrecuperable por la revolución) y que aun así se enfrenta a ese adoctrinamiento. El texto de Arenas, en pocas palabras, aporta con la perspectiva y experiencia del sujeto que se está formando para convertirse en el ansiado hombre nuevo y que no necesariamente comulga con los principios revolucionarios.

La segunda dificultad de escribir sobre y tomar al hombre nuevo como categoría teórica, para retomar la idea con la que inició el párrafo, es su permanente estado de constructo inacabado, como lo sostiene el mismo Guevara en su mencionado texto (1965, 4), que debía surgir a partir de la instauración plena del comunismo en Cuba y la región, como respuesta al cambio de las condiciones económicas y de producción en el interior de la sociedad latinoamericana en conjunto, de ahí que se piense también al

proyecto revolucionario cubano como algo que supera las fronteras determinadas del Estado-nación.

El hombre nuevo es, en esencia, la manifestación discursiva de una muda de mentalidad del individuo a partir de la instauración de un nuevo sistema. El cambio, una transición o devenir si se quiere, es el signo permanente del hombre nuevo y, como se dijo en líneas anteriores, está acorde con los vientos de cambio que soplaron en el planeta después de la Segunda Guerra Mundial.

El tercer cuarto del siglo XX, posterior al cese al fuego en Europa y Asia, es, en efecto, un período de posibilidades. En eso coinciden, por separado, Claudia Gilman y Alberto Abreu Arcia en sus respectivos libros *Entre la pluma y el fusil: debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina* (2003) y *Los juegos de la escritura o la (re)escritura de la Historia* (2007). Este último, al referirse en particular a la década del sesenta, asegura no recordar “otra década como esta en la que el hombre haya hecho de la historia y del presente el centro de sus presunciones y delirios, de sus ímpetus y utopías: la Revolución Cubana, la Revolución Cultural china, la Primavera de Praga, la lucha por los derechos civiles de las minorías en Estados Unidos, el auge de los movimientos de izquierda en América Latina” (2007, 45). Por su parte, Gilman atribuye a la efervescencia de este período la idea generalizada de que el mundo se encontraba, en ese entonces, a las puertas de un gran cambio, y sitúa al intelectual como un elemento clave en ese proceso, ya fuera como vocero o como parte inseparable de esa propia energía revolucionaria (2003, 37).

Encuentro esta última propuesta particularmente útil para iniciar el estudio del hombre nuevo desde la primera óptica esbozada en el párrafo anterior, ya que permite rastrear en la figura del intelectual comprometido con el cambio mundial en gestación muchas de las líneas discursivas que lo componen. Analizar al hombre nuevo desde la perspectiva intelectual-ideológica exige, en primera instancia, observar algunos de los rasgos característicos de esta intelectualidad, tales como su influencia, forma de pensar y operar en el entramado social y su función dentro de él; pero, sobre todo, demanda echar un vistazo al complejo panorama cultural e intelectual que se vivió en la isla a partir del triunfo de la revolución y que se fue haciendo cada vez más prescriptivo (y por qué no también proscriptor) conforme la década del sesenta avanzaba y llegaba a su fin. Claudia Gilman en su citado texto delinea varias de las características de la intelectualidad de aquellos años a partir de consideraciones de teóricos como Pierre Bourdieu y Alvin Gouldner. De estos dos autores, la estudiosa argentina tomará en

particular las nociones de representación, campo intelectual y cultura del discurso crítico como puntos de partida para esbozar y entender a la figura del intelectual. De acuerdo a Gilman, los intelectuales se encuentran en una posición privilegiada respecto a la creación y difusión de representaciones del mundo social, de ahí que hablar de ellos sea “ineludible para vincular política y cultura, dado que implica una posición en relación con la cultura como una posición en relación con el poder” (2003, 15). Sin embargo, son los conceptos de campo cultural y cultura del discurso crítico los que terminan por caracterizar al intelectual:

Ese campo [el campo intelectual] constituye un espacio de lucha y competencia, en el que cada uno de los miembros ve restringida la acción individual, en la medida en que está inserto en una organización que posee una legalidad particular y propia [...] una de las características de los intelectuales es que todos ellos intentan justificar sus actos e ideas según las reglas de la cultura del discurso crítico [...] coloca a los intelectuales en una posición ligeramente separada respecto al resto de la sociedad, que le permite actuar según normas ‘propias’ y supuestamente ‘racionales’ de validez. (2003, 16, 17 y 18)

La cultura del discurso crítico es, si se quiere, el motor principal que orienta las acciones de los intelectuales y su compromiso mismo con los cambios sociales y políticos de la época. En igual dirección, y como lo plantea Gilman en el devenir de su texto, la preocupación por la política, identificación con la izquierda revolucionaria y con los valores de cambio que manan de ella son elementos fundamentales de legitimidad intelectual (2003, 26 y 42). Así mismo, la cultura del discurso crítico es vital para plantear la filiación del intelectual no solo con la política, sino también con el uso del espacio público que esta conlleva y con la racionalidad misma, vista la última desde la perspectiva mítica de la modernidad que planteaba a la razón como la respuesta a los conflictos, problemas y desigualdades de la humanidad, de ahí que, como lo asevera Gilman, los intelectuales “tiendan a considerar sus intereses particulares como universales” (2003, 18). Valentín y Carlos, aunque no son retratados de manera expresa y única como ‘intelectuales’, exhiben rasgos propios de ellos, como lo son la racionalidad y la cultura del discurso crítico, que motivan al primero a hablar siempre en ‘planteamientos’, y al segundo a justificarle a la Loca del Frente el no poder ir a visitarlo todos los días debido a que tiene que estudiar y planificar cosas importantes. (2001, 87). Por otro lado, las observaciones de Gilman sobre el campo intelectual ayudan a comprender de mejor manera la pugna por posiciones y por la legitimidad ideológica revolucionaria que se suscitó entre la intelectualidad cubana desde 1959 en adelante.

Liliana Martínez Pérez en *Los hijos de Saturno: intelectuales y revolución en Cuba* (2006) se refiere a la importancia que tomó la ideología en esos años y que provocó que los artistas e intelectuales fueran valorados “en función de su postura político-ideológica [...] las clasificaciones de los intelectuales [...] no sólo insistieron en la posición político-ideológica de éstos en relación con la Revolución [...] sino que subordinaron sus filiaciones estilísticas y estéticas a aquella postura” (2006, 16).

La reflexión de Martínez Pérez posibilita comprender de mejor manera la constante actitud de Valentín frente a las películas que le cuenta Molina: desestima lo estético y sensorial no solo a favor de una racionalidad hermeneútica, sino también del contenido ideológico expreso; un ejemplo clarísimo de aquello son las reflexiones del guerrillero respecto a la película nazi de Molina. A esto se suma el discurso de Fidel Castro, popularmente conocido como *Palabras a los intelectuales* (1961), emitido el 30 de junio de 1961 luego de tres días de reuniones con los pensadores cubanos en la Biblioteca Nacional, considerado como un hito en lo que respecta a la definición del papel del intelectual en la revolución. En su alocución Castro es enfático al señalar la lealtad sin condiciones a la revolución como un requisito indispensable del intelectual revolucionario, más allá de la lealtad que este puede tener a sus propios principios ideológicos o estéticos:

Nuestro primer pensamiento y nuestra primera preocupación debe ser qué hacemos para que la Revolución salga victoriosa. Porque lo primero es eso: lo primero es la Revolución misma. [...] si la preocupación de alguno es que la Revolución vaya a asfixiar su espíritu creador, que esa preocupación es innecesaria (...) no tiene razón de ser. [...] Puede verdaderamente preocuparse por este problema quien no esté seguro de sus convicciones revolucionarias. [...] cabe preguntarse si un revolucionario verdadero, si un artista o intelectual que sienta la Revolución y que esté seguro de que es capaz de servir a la Revolución puede plantearse este problema. Es decir, que el campo de la duda no queda ya para los escritores y artistas verdaderamente revolucionarios; el campo de la duda queda para los escritores y artistas que sin ser contrarrevolucionarios no se sientan tampoco revolucionarios. (1961, 4 y 5)

Las palabras de Castro causaron un verdadero impacto en el de por sí agitado panorama cultural e intelectual cubano, en el que grupos de escritores, en la dirección de lo expuesto por Gilman en el concepto de campo intelectual, pugnaban entre sí por la hegemonía de pensamiento (o de representaciones del mundo social, para emplear términos expuestos en líneas anteriores) en la creación de una verdadera cultura revolucionaria en la isla. Las clasificaciones de estos grupos varían según el autor que se lea, aunque la perspectiva en torno a ellos es usualmente similar. Para efectos de este análisis he encontrado particularmente útil la categorización empleada por Alberto Abreu Arcia en su ya mencionado texto, que divide a los intelectuales en pugna en dos

bandos: autónomos y heterónomos. Los primeros se apegan más a los principios de autonomía del arte y del pensamiento, es decir, ejercen con más libertad la cultura del discurso crítico (2007, 37), mientras que los segundos se adscriben al pensamiento soviético y trabajan desde la ideología y la política de manera prescriptiva y proscriptora para normar la creación de la ansiada cultura revolucionaria (2007, 47). Es conocido por la historia el desenlace de la pugna: la hegemonía de los heterónomos y la radicalización de la Revolución a medida que avanzaba la década del sesenta. Vinculado a estos últimos, Abreu analiza dos textos de miembros de la revista *El caimán barbudo*, que ofrecen interesantes perspectivas sobre intelectual revolucionario en relación con lo que se espera del hombre nuevo. El primero de ellos es un manifiesto titulado “Nos pronunciamos” aparecido en el primer número de la mencionada publicación en 1966. En él los suscribientes resaltan su calidad de ‘hombres de época, hombres de una revolución, hombres de la Revolución Socialista de Cuba’. Abreu se fija con gran perspicacia en la repetición del sustantivo ‘hombre’ y ve en él una predominancia de lo masculino para la revolución y asegura que a partir de ahí se puede “inferir el papel y el status que cobra el cuerpo masculino como ideal normativo de la escritura y el lenguaje dentro de la nación [...] se insiste en la masculinidad, sus políticas de lo normal y lo anormal, para referir el sentido futuro de la cultura y del país” (2007, 80).

La observación de Abreu explica, primero, la distancia con la que Valentín se refiere a la condición de homosexual de Molina al decir “yo, de gente de tus inclinaciones sé muy poco” (2011, 66); y en segundo lugar, las ya mencionadas extrañeza y desconcierto de Carlos frente al exceso de la Loca del Frente.

El segundo texto es un ensayo publicado en 1978 en la revista *Unión* titulado “En torno a la joven poesía cubana”, en el que se consideran a sus autores, muchos de ellos concentrados alrededor de *El caimán*, como productos de la revolución, como poetas genuinamente revolucionarios. Abreu conecta de inmediato esta actitud con el texto de Guevara que abrió este acápite y lee en ella la pretensión de los ‘caimanes’ de erigirse como la primera generación sin el pecado original del que escribía el guerrillero argentino, “vislumbra al hombre nuevo que va naciendo en el período de construcción del socialismo” (2007, 85). Es así que en consonancia con lo planteado por Castro en *Palabras a los intelectuales* y por Guevara en su texto, una característica del hombre nuevo es ser ‘genuinamente revolucionario’, carecer del ‘pecado original’, lo que implica una adhesión a y confianza casi ciegas en las instituciones y preceptos

revolucionarios, que con el tiempo desembocaría (al menos en teoría) en un cambio de subjetividad en el individuo.

Este último punto es quizás el más visible en Valentín y Carlos y el signo que lo condensa es el sacrificio (punto que se desarrollará en breve) al cual se someten ambos por la causa: el primero decide aguantar las torturas y precariedades de la prisión, mientras que el segundo asume, con ayuda de la Loca del Frente por supuesto, los riesgos propios de la planificación del atentado a Pinochet en el Cajón del Maipo.

La subjetividad es, entonces, fundamental para el surgimiento del hombre nuevo y ello se logra a través de la llamada ‘educación ideológica’, el sembrado de perales de Guevara, en la que los intelectuales tienen una importante participación en la formación de las juventudes

Las dos restantes perspectivas de análisis de la figura del hombre nuevo, la educativa-subjetiva y la de la práctica-acción, están íntimamente imbricadas al ser la última un componente fundamental de la primera, impuesta en aquellos años a las juventudes cubanas, y, al mismo tiempo, una consecuencia directa del cambio de subjetividad que se esperaba provocara el adoctrinamiento con el pasar del tiempo. El epígrafe de la autobiografía de Arenas es revelador en ese sentido; sin embargo, es necesario, primero, matizarlo a la luz de otros textos que problematizan la cuestión de la cultura revolucionaria e incluso ofrecen directrices en cuanto a comportamientos y actitudes revolucionarias, siempre en el ánimo prescriptivo y proscriptor que caracterizó a la facción heterónoma vencedora, planteada por Abreu Arcia.

Para esta sección del análisis emplearé dos escritos, que datan de los años 1968 y 1971 respectivamente, período en el que se radicalizó la revolución debido a factores como la muerte de Ernesto Guevara en Bolivia, acaecida hace apenas un año, la confiscación masiva de negocios en la isla, denominada Ofensiva Revolucionaria, y el Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura, llevado a cabo en La Habana los últimos días del mes de abril de 1971. Los tres hechos mencionados son significativos para el hombre nuevo como constructo: la caída de Guevara, si bien fue un duro golpe para la revolución, le da un rostro concreto al hombre nuevo al terminar de consolidar al guerrillero como un ejemplo de él, como dejan constancia de ello el vehemente discurso de Castro citado en el último epígrafe de este acápite y la comparación que la Loca del Frente hace de Carlos con Guevara, a quien define como un “bombonazo de hombre, una maravilla de hombre con esos ojos, con esa barba, con esa sonrisa” (2001, 138) y cuyos atributos de luchador y mártir de la causa de los pobres no duda en dárselos a

Carlos. La Ofensiva Revolucionaria, por otro lado, puede ser vista como un intento de crear las condiciones materiales y económicas propicias, en cuanto a sistema de producción, para el surgimiento del hombre nuevo, en conjunto con la educación ideológica ya implementada; y, finalmente, el Congreso Nacional de Educación y Cultura, que establece los principios en cuanto a formación ideológica y revolucionaria que deben regir la educación, la cultura y la actividad artística de la isla, en armonía con la profundización del proceso revolucionario, que para aquel entonces ya tiene más de una década de vida.

Los textos elegidos se relacionan también con lo expuesto en las líneas anteriores. El primero de ellos es un discurso que dio Castro el 15 de marzo de 1968 en la inauguración del seminternado de primaria ‘Juan Manuel Márquez’ en la localidad de Boca de Jaruco (1968), que es señalado por Emilio Gallardo Saborido en su libro *El martillo y el espejo: Directrices de la política cultural cubana (1959-1976)* (2009) como “un código de comportamiento ético-revolucionario” (2009, 140). Finalmente, el segundo es la Declaración del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura (1971), publicada en el segundo número de la *Revista de la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí*. De este último es posible obtener interesantes posiciones de la revolución frente a puntos como la cultura extranjera, la homosexualidad y la responsabilidad del intelectual en la educación ideológica.

Los medios culturales no pueden servir de marco a la proliferación de falsos intelectuales que pretenden convertir el snobismo, la extravagancia, el homosexualismo y demás aberraciones sociales, en expresiones del arte revolucionario, alejados de las masas y el espíritu de nuestra Revolución. [...] El intelectual revolucionario ha de dirigir su obra a la erradicación de los vestigios de la sociedad que subsisten en el período de transición del capitalismo al socialismo [...] La escuela socialista [...] es el principal factor para la formación multilateral del hombre [...] La educación científico-técnica, político-ideológica, física, moral y estética constituyen nuestro concepto de la formación integral del hombre. (1971, 4 y 5)

Uno de los leitmotifs de la declaración, y que resalta desde el inicio de la cita, es la continua distinción entre falsos intelectuales e intelectuales revolucionarios (¿reales?). Así mismo, es reiterada la importancia que se le da al intelectual en la tarea de remover los remanentes de la cultura burguesa a través de la educación ideológica. Es en la distinción señalada en primer lugar donde deseo detenerme un momento; es claramente alusiva a la pugna por la hegemonía del campo cultural, señalada anteriormente, perspectiva a la que hay que añadir hechos como la ‘escandalosa’ visita de Allen Ginsberg a La Habana en 1965 y el caso Padilla en 1971, que fue condenado ampliamente por varios intelectuales del globo que inicialmente habían dado su apoyo

la revolución. Los falsos intelectuales, de acuerdo a la lectura que se puede hacer a la declaración, son de dos tipos: aquellos que llegados del exterior, usualmente de las metrópolis como Ginsberg, traen consigo ideas, productos culturales y corrientes, que se juzgan desviaciones y snobismos y extravagancias antirrevolucionarios, que asocian siempre con la decadencia del capitalismo y de la subjetividad burguesa alienante, visión que es complementada con la hegemonía del cuerpo masculino en la revolución y la masculinidad como ideal normativo de la salud de la nación, señalada en líneas anteriores por Abreu Arcia. Por otro lado, el segundo tipo de falso intelectual es aquel que inicialmente apoyaba a la revolución, o que se dio a conocer en la efervescencia revolucionaria y que ahora, finalmente, exhibe su pecado original: no era auténticamente revolucionario. A esos, es enfática la declaración, hay que “recordarles lo planteado por un delegado del Congreso: ‘Los occidentales estamos ya tan contaminados que el intelectual responsable debería, en primer lugar, decir a todo hombre de un país menos preso en las redes: desconfía de mí. Desconfía de mis palabras’” (1971, 10).

La última oración de la cita es fundamental para entender otra característica del hombre nuevo: su constante actitud de vigilancia y desconfianza hacia aquel que podría no ser realmente revolucionario, a aquel que podría contaminarlo con su subjetividad e ideas burguesas. Esto está en consonancia con lo expuesto por Guevara en su citado texto en el que sostiene que la tarea de erradicar los restos de la cultura burguesa es un proceso doble: “por un lado actúa la sociedad con su educación directa e indirecta, por otro, el individuo se somete a un proceso consciente de autoeducación” (1965, 4). La autovigilancia revolucionaria, por llamarla de algún modo, es un elemento recurrente en la personalidad de Valentín y Carlos. En breves líneas, que serán ampliadas en páginas siguientes, en el primero se manifiesta en su constante oposición a ser atendido o ayudado por Molina, así como también en su negativa a encariñarse con alguien (incluso el mismo Molina), mientras que en el segundo se observa en su constante enfocarse en la tarea de planificación del atentado a Pinochet, de ahí que ante las continuas distracciones de la Loca, Carlos se esfuerce con más ahínco en volver a los números y cálculos necesarios para llevar a cabo la tarea que le ha sido encomendada (2001, 34).

Es también llamativa de la declaración la importancia de la educación ideológica-política, marxista-leninista revolucionaria obviamente, que se imparte principalmente en los centros de educación superior, de ahí que sea posible que el

hombre nuevo salga de las filas de jóvenes universitarios. Sin embargo, la que más resalta de las planteadas es la educación de tipo física y moral. Castro, tres años antes de la declaración de 1971, en su discurso en Boca de Jaruco, dio una idea de los parámetros en los que se enmarca la última clase de educación mencionada. Fidel se refiere, entre otros temas, al valor del trabajo y del servicio militar.

Todo el mundo trabajando para todo el pueblo. Y ese es el ideal a que nosotros aspiramos. Ese es el único camino mediante el cual un país puede llegar lejos: trabajando, distribuyendo de manera justa las riquezas, el producto del trabajo; distribuyéndolo entre los que lo necesitan [...] el Servicio Militar se va transformando; progresivamente se irán estableciendo instituciones de carácter militar en el preuniversitario y en los institutos tecnológicos, de manera que los hombres y las mujeres hagan su servicio militar mientras desenvuelven sus estudios. [...] Es deber de todo ciudadano saber manejar las armas [...] si llega la hora de defender al país [que] no sean unos pocos también los que estén preparados para eso ni sean unos pocos los que estén en disposición de hacer los sacrificios, dar la vida y dar la sangre por la patria, porque la patria es de todos. (Castro 1968, 11 y 12)

La idea del trabajo ya no como una actividad individual, sino práctica comunitaria, y la del servicio militar para estar prestos a defender a la patria están conectadas por el signo del sacrificio. En primer lugar, el cambio de actitud misma hacia el trabajo, como valor ético-moral, es vital en el proceso de eliminar los remanentes del pensamiento burgués-capitalista, sistema en el que dicha actividad es altamente individualizada. El hombre nuevo, como lo sostiene Guevara, “empieza a verse retratado en su obra y a comprender su magnitud humana a través del [...] trabajo realizado [...] un aporte a la vida común en que se refleja; el cumplimiento del deber social” (1965, 8). El hombre nuevo se integra y camina junto a la masa, su subjetividad liberada de las ataduras del pensamiento burgués individualista precisamente le permite llevar a cabo esta acción, que es vista por Guevara como un acto propio del grupo de vanguardia al que pertenece, y que le posibilita, en palabras del argentino, “ir al sacrificio en su función de avanzada” (1965, 7).

En otro punto del análisis, el servicio militar forma parte de lo que la declaración de 1971 llamó educación física, y se relaciona con una característica crucial en el hombre nuevo: ser más un hombre de acción y menos de palabras. Esta exigencia al hombre nuevo, producto de la radicalización de la revolución, responde a varios factores, entre ellos la misma Ofensiva Revolucionaria y la elección de Cuba por seguir la vía de las armas para sostener y expandir la revolución y el socialismo en el continente, de acuerdo a la teoría del foco guerrillero de Guevara. Sin embargo, quizás el más importante de ellos radica en la desconfianza propia de esos años hacia los falsos intelectuales: ya no es suficiente escribir y manifestarse a favor de la revolución, como

hicieron muchos otros que después se descubrieron no verdaderamente revolucionarios, para eliminar esa duda es necesario ahora actuar y una de las maneras de materializar esta acción es con la disposición de tomar las armas, pelear y defender la revolución hasta con la vida si fuera necesario; resistir penurias físicas por la causa es ahora el nuevo termómetro del ser revolucionario, de ahí que Claudia Gilman asegure que “el ejemplo de actitud combativa y revolucionaria lo proporcionarán entonces los estudiantes, que padecían no solo cárcel, sino verdaderas matanzas que los gobiernos solían reservar a los campesinos y a las masas obreras” (2003, 169).

Esto, junto con la formación militar en institutos y universidades confirma la posibilidad de que el hombre nuevo empiece por emerger de las filas de los jóvenes universitarios. Ambos, Valentín y Carlos, proceden de precisamente de ese ámbito académico, lo que los termina de identificar no solo con la racionalidad (que da pie, a su vez, para ingresar por ahí al tema de la masculinidad hegemónica), sino también, en el sentido de lo que propone Gilman, con la acción y la predisposición a la lucha que caracterizan al hombre nuevo.

El devenir del hombre nuevo de únicamente intelectual a trabajador-revolucionario armado también se debe, en palabras de Abreu Arcia, a la integración misma con la masa en el trabajo que se espera de él. Abreu para explicar su posición cita un extracto de un artículo publicado en 1968 en la revista *El caimán barbudo*:

Se trata de propugnar un ideal e imagen del intelectual como un trabajador más y no como conciencia crítica. Este ideal tiene sus orígenes en el sujeto imaginado de hombre nuevo [...] «ya en la práctica actual y en la corriente educacional que aplicamos para formar al hombre nuevo se propende o se tiende a que el trabajador dedicado a tareas intelectuales participe activamente en el trabajo manual» (2007, 110)

Así, a manera de síntesis, desde lo intelectual-ideológico, el hombre nuevo como conciencia crítica de las inequidades del sistema capitalista, se adscribe ciegamente de manera paradójica a los preceptos revolucionarios con el fin de despojarse del llamado pecado original y hacer de la revolución una práctica constante en su vida. Lo anterior demanda educarse ideológicamente para formar así una nueva subjetividad revolucionaria y esta va acompañada por una preparación física y manual que deviene al hombre en un individuo que asume la importancia del trabajo comunitario y que es al mismo tiempo combativo y de acción. Todo esto conlleva, al menos en teoría, al cambio de subjetividad que predispone al sacrificio necesario para trabajar por la causa revolucionaria. A la luz de todo lo expuesto los epígrafes de Arenas y de Castro cobran aún más sentido. De acuerdo al texto de Fidel, ¿quién mejor que Guevara,

genuinamente revolucionario y hombre de acción dispuesto al sacrificio, al punto de caer en combate, para darle un rostro al hombre nuevo? En contraposición, el texto de Arenas muestra los esfuerzos revolucionarios por eliminar los remanentes de subjetividad burguesa para crear así una propia del hombre nuevo, esto mientras que las actividades físicas como subir periódicamente al Pico Turquino en la Sierra Maestra funcionan como rituales de paso que confirman, en lo físico y en la capacidad de sacrificio (después de todo son ellos vanguardia de la revolución), la remoción del pecado original que la educación ideológica y físico-militar-moral debió haber obrado en las juventudes de universitarios. De ahí que Arenas haga énfasis en el requisito de aguantar, persistir, para convertirse en el hombre nuevo. Así mismo, su uso del condicional al momento de hablar de esto reafirma la idea de constructo inacabado del hombre nuevo.

Son complejos e intrincados los factores y líneas discursivas que alimentan al hombre nuevo. Capacidad de sacrificio, acción y lucha, además de una incondicional adhesión revolucionaria son algunas de las características inherentes a él, que se manifiestan en los personajes de Valentín y Carlos en las novelas de Puig y Lemebel. Conocer a fondo estos rasgos hace posible sintonizarlos con aquellos que exhiben las masculinidades hegemónicas y, al mismo tiempo, permiten ver de qué manera en particular se lleva a cabo su transgresión, tanto en los personajes de Molina y la Loca del Frente como a partir de la influencia que ellos ejercen sobre los revolucionarios. Para el efecto será de gran utilidad el cuento de Senel Paz *El lobo, el bosque y el hombre nuevo* en el que problematiza, en la primera mitad de la década de los noventa, la relación entre revolucionarios y homosexuales. En el texto de Paz, hombre nuevo y masculinidad hegemónica sintonizan en puntos como la permanente autovigilancia y la obliteración de perspectivas diferentes de pensamiento diferentes a las aceptadas por ellos.

2.2. El hombre nuevo: Valentín y Carlos, masculinidades hegemónicas revolucionarias

-¿Qué querés que te conteste?

-Que me dejes un poco que me escape de la realidad, ¿para qué me voy a desesperar más todavía?, ¿querés que me vuelva loco? Porque loca ya soy.

-No, en serio, está bien, es cierto que acá te podés llegar a volver loco, pero te podés volver loco no sólo desesperándote... sino también alienándote, como hacés vos. Ese modo tuyo de pensar en cosas lindas, como decís, puede ser peligroso.

-¿Por qué?, no es cierto.

-Puede ser un vicio escaparse así de la realidad, es como una droga. Porque, escuchame, tu realidad, *tu realidad*, no es solamente esta celda. Si estás leyendo algo, estudiando algo, ya trascendés la celda, ¿me entendés? Yo por eso leo y estudio todo el día.
(Puig 2011, 85)

¿Sabes que a los niños en Cuba les celebran el cumpleaños a todos juntos, por barrio? ¿En patota?, dijo ella burlesca. Me imagino la media torta. Eso no es importante. Te hablo de lo bonito que es. ¿Me entiendes? Un poco. Imagínate toda esta cuadra con una mesa gigante y los enanos jugando y tocando sus cornetas. No importa si nacieron ayer o pasado mañana, es por mes y todos son invitados a su propia fiesta. ¿Y eso a ti te gusta? Claro, no hay injusticia y ninguno llora porque su vecino tiene un cumpleaños mejor.
(Lemebel 2001, 57)

En estos momentos de la investigación el lector, acucioso, debe ya haber notado, al menos de soslayo, ciertas intersecciones o puntos en común entre la masculinidad hegemónica, como actitud frente a la realidad y forma de relacionarse con los demás, y la idea del hombre nuevo, como posición ideológica a través de la cual se busca organizar política, social, cultural y económicamente de otra forma la vida y destinos de un país y sus habitantes. De igual manera, ese mismo lector atento seguramente ha caído en cuenta, desde hace algunas páginas atrás, si no en el epígrafe que abre este acápite, de los rasgos de la personalidad de Valentín y Carlos que los acercan al hombre nuevo y por ende, en determinados momentos, también a una masculinidad hegemónica.

Este nuevo acápite, de forma similar al tercero del primer capítulo, es una síntesis, cruce y aplicación a las novelas del corpus de las categorías y reflexiones teóricas sobre la masculinidad hegemónica y el hombre nuevo. Al mismo tiempo, los análisis resultantes de las operaciones mencionadas en la oración anterior, abren camino para una posterior profundización de los términos empleados, que arrojarán nuevas interpretaciones sobre las obras literarias objeto de estudio de esta investigación. Finalmente, y en la misma dirección del análisis planteado, condensar en Valentín y Carlos las categorías de masculinidad hegemónica y hombre nuevo y exponerlas al contraste que emana de sus contrapartes, Molina y la Loca del Frente, hará posible determinar con mayor claridad los momentos exactos en los que dichos constructos se rompen y dan paso así a la disidencia que esta investigación pretende encontrar. La superación de los límites que traen consigo tanto la masculinidad hegemónica como el hombre nuevo comienza por ir más allá de la percepción de la realidad en pares opuestos que ambas categorías teóricas plantean. Ese es el punto de inicio del análisis que propongo a continuación.

La masculinidad hegemónica y el hombre nuevo tienen en común el sostenerse sobre un sistema de representaciones basado en pares opuestos, característica que al mismo tiempo remite, una vez más, a la conformación del orden social propuesto por Pierre Bourdieu en *La dominación masculina*. De acuerdo al sociólogo francés, y recapitulando lo expuesto en el acápite uno de la primera sección de esta investigación, el orden social se construye desde una división arbitraria de las cosas en pares opuestos: masculino/femenino, fuerte/débil, razón/emoción, que se naturalizan e interiorizan en las personas y en el imaginario social a partir de un proceso perenne de aprendizaje, que termina legitimando dichas divisiones. De esta división la masculinidad, en su versión hegemónica, se vale para establecer de forma incuestionable su superioridad y dominio sobre las mujeres y otras masculinidades, lo que desemboca en una visión dominante, masculina y masculinizante, de la realidad que oblitera otras perspectivas y formas de pensar y concebir el mundo. El hombre nuevo como discurso, por otro lado, se gesta también a partir de una división de términos opuestos que puede rastrearse hasta el mismo pecado original planteado por Guevara en *El socialismo y el hombre en Cuba*. Según el guerrillero argentino, recapitulando una vez más, una característica del revolucionario, del genuino revolucionario, es su adhesión incondicional y ciega a la causa y a los postulados ideológicos que emanan desde el partido. El texto de Guevara, en conjunto con el discurso de Fidel Castro conocido como *Palabras a los intelectuales*, citado también en el acápite anterior, anima la ya señalada distinción entre intelectuales falsos e intelectuales revolucionarios, que también subraya constantemente la Declaración del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura de Cuba, que igualmente menciono, llevado a cabo en 1971.

De esta manera, en un mecanismo similar al de la construcción del orden social (y por qué no también en el sentido de la relacionalidad que caracteriza a la masculinidad, señalada en el primer acápite del capítulo uno), el hombre nuevo se define por oposición a la figura del falso intelectual: es aquel hombre que, a diferencia del último mencionado, no alberga dentro de sí el pecado original, que puede ser una subjetividad no revolucionaria, con seguridad burguesa, individualista y alienante, que le impide adherirse a los principios revolucionarios del Partido Comunista Cubano. La distinción binaria intelectual revolucionario (genuino) vs. falso intelectual que sostiene al hombre nuevo conlleva, al igual que sucede con la masculinidad hegemónica, una visión única y ‘correcta’ de la realidad que también se consigue a través de un constante proceso de aprendizaje, que la Revolución Cubana denominó ‘educación ideológica’, y

que es el segundo punto de encuentro entre la masculinidad hegemónica y el hombre nuevo.

Connell, en sus reflexiones respecto a la masculinidad hegemónica, sostiene que la hegemonía total de un modelo, por decirlo de algún modo, exige la correspondencia entre el ideal cultural y el poder institucional, colectivo e individual. La revolución de Castro terminó de alcanzar por la vía armada el poder institucional en la isla el uno de enero de 1959; es así que, para conseguir por completo la hegemonía representacional, el ideal cultural desprendido de dicho modelo ideológico en particular, era necesario calar a profundidad en la masa a fin de educarla de manera revolucionaria y dejar atrás la subjetividad burguesa, considerada individualista y alienante, para instaurar una nueva subjetividad revolucionaria en la que el hombre nuevo, vanguardia de la Revolución, camine de la mano con la masa en cuestión. En ese sentido se mueven, tanto el texto de Guevara sobre el socialismo y el hombre en Cuba, como las observaciones en torno a él de Emilio Gallardo Saborido en *El martillo y el espejo: directrices de la política cultural cubana (1959-1976)* cuando asegura que “era responsabilidad tanto de la vanguardia política como de la intelectual favorecer ese salto evolutivo del intelectual para así evitar que la *intelligentsia* del presente contaminara con sus *conflictos* a la futura, y, en segundo lugar, propiciar el ensanchamiento del campo cultural y de las posibilidades de expresión” (2009, 137). Ensachar el campo cultural y las posibilidades de expresión implica no solamente difundir cada vez más la ideología revolucionaria sino también, al mismo tiempo, cambiar la subjetividad burguesa alienante de las personas a fin de conseguir adeptos (hombres nuevos) que hagan de la revolución un elemento constitutivo de sus vidas y no únicamente una parte de ellas.

En ese sentido, y una vez más los epígrafes cobran nuevas tonalidades expuestos a la reflexión teórica, Valentín y Carlos son (a diferencia de Reinaldo Arenas) productos exitosos de una educación ideológica. En primera instancia, tanto Valentín como Carlos, a partir de sus circunstancias (participar activamente en la lucha política, no solo desde lo intelectual sino también en el accionar) demuestran una adhesión completa a los preceptos revolucionarios e incluso hacen de ella una constante en sus vidas, algo que atraviesa cada una de sus acciones y pensamientos. Esto es evidente, en el caso de la novela de Puig, en la permanente mención que Valentín hace de su ideología revolucionaria, más concretamente en el epígrafe de apertura de este acápite, a partir del uso de términos propios de ella, y al mismo tiempo opuestos entre sí, como lo son el

alienarse y trascender. Valentín incluso enuncia de manera expresa y precisa la importancia de la educación ideológica como forma de trascender no solo la celda, que es su más próximo entorno en ese momento, sino también la realidad misma en la que se mueve y sus elementos, como las películas que le cuenta Molina, que bajo la mirada de la educación revolucionaria se muestran portadores de la subjetividad burguesa alienante que obstaculiza la trascendencia a la consciencia revolucionaria. La idea cobra más fuerza aún, y abre otra perspectiva de análisis en relación con la masculinidad hegemónica, el momento en el que Valentín, totalmente convencido, compara el alienarse (o más bien el ‘peligro’ de alienarse) con la locura, elevando así por oposición de términos a la educación revolucionaria, y por ende a la ideología que recibe de ella, a un status de verdad racional absoluta. La relación entre hombre nuevo-ideología y educación revolucionarias y racionalidad que plantea Valentín se refuerza con las observaciones de Claudia Gilman respecto al campo intelectual, la cultura del discurso crítico y la actitud de los intelectuales de considerar como universales sus intereses particulares en función de la racionalidad que se presenta como la solución a los problemas del mundo.

En la novela de Lemebel los efectos y la interiorización de la educación ideológica en Carlos se ven con mayor intensidad, paradójicamente, en lo íntimo-emocional que en lo racional y esto, lejos de ser fortuito, es producto de la energía desbordante de la Loca del Frente. El epígrafe de *Tengo miedo torero* que abre este acápite es fundamental en ese sentido. Carlos, conversando con la Loca del Frente e influido por el mito de justicia social cubano, le cuenta sobre las celebraciones comunitarias de cumpleaños en la isla, una experiencia que sin duda muestra aquello a lo que se refería Guevara cuando mencionaba la relación del individuo (el hombre nuevo) y la masa caminando juntos en un objetivo común. Carlos en ese momento hace de Cuba y su sistema político una suerte de Edén en la tierra, un anhelo muy personal que su compromiso y subjetividad de hombre nuevo convierten en un horizonte por alcanzar. La cita de Lemebel se cierra con Carlos haciendo alusión a la ausencia de injusticia, circunscribiendo así su deseo al ámbito racional de la cultura del discurso crítico, aunque deja entreabierta una pequeña ventana para la perspectiva sentimental al mencionar que nadie llora, que nadie está triste, por tener un cumpleaños menos bonito que el del vecino. Es por ese boquete por el que se cuela la energía excesiva de la Loca del Frente, que no solo materializa el anhelo del revolucionario de celebrar un cumpleaños sin injusticia, sino que va más allá y le da la oportunidad al joven

guerrillero de hacer suya de forma íntima la experiencia: celebrar su propio cumpleaños a la cubana y con justicia social (al menos en la recreación de la Loca). La Loca del Frente, al organizar la celebración de cumpleaños de Carlos, ayuda a cimentar, no desde la razón sino desde la emoción, la subjetividad revolucionaria de hombre nuevo de Carlos al hacerla tangible con la presencia masiva de los niños del barrio. Esta situación es representativa de una de las tantas subversiones a la masculinidad hegemónica y a la figura del hombre nuevo que se propone encontrar esta investigación, ya que es un homosexual, más concretamente una loca, el que con métodos más allá de los establecidos por la ideología revolucionaria sintoniza, de forma indirecta al menos y no por consciencia revolucionaria sino por amor, con la subjetividad de uno de los hombres nuevos anhelados por Guevara.

Como dije en páginas anteriores, tanto la masculinidad hegemónica como el ideal del hombre nuevo tienen su origen en una visión dicotómica y en opuestos de la realidad. Esto crea una idea dominante de lo que es ‘correcto’ e ‘importante’ de lo que no lo es y se traduce en una serie de prescripciones y proscipciones que el hombre nuevo, al igual que la versión hegemónica de la masculinidad (y por ende los guerrilleros de Puig y Lemebel), debe vigilar y esforzarse constantemente en cumplir. Sintomático de esto último es la actitud del hombre nuevo de desestimar, y en el peor de los casos obliterar, todo aquello que no esté acorde con las prescripciones y proscipciones que debe seguir y que surgen de las altas esferas del poder político: el partido.

El hombre nuevo no es un anhelo exclusivo de Guevara o de la Revolución Cubana. El surgimiento de un nuevo hombre se ha preconizado a lo largo de la historia de la humanidad desde diversas corrientes del pensamiento tan disímiles entre ellas, como lo son, por ejemplo, la religión secular o las reflexiones filosóficas de Nietzsche en torno a su *Übermensch*. Dalmacio Negro en su libro *El mito del hombre nuevo* (2009) hace un recorrido a través de las diferentes ideologías y filosofías que plantean el surgimiento de un tipo nuevo de individuo a partir de una serie de preceptos y objetivos determinados, y dedica un apartado a la visión del hombre nuevo concebida desde la perspectiva del marxismo-leninismo soviético que alimentó literal e ideológicamente a la revolución durante sus primeros años de vida:

El hombre nuevo era un tópico que [...] Lenin y sus sucesores dieron siempre por supuesto, al fijar los rasgos del hombre comunista: el hombre pequeño que se supera constantemente gracias a una conciencia política alerta mediante la perfecta asimilación de la doctrina marxista-leninista; eso le permite conocer la respuesta correcta en

diferentes situaciones [...] Ese hombre nuevo se formaba así según el periódico *Pradva* (17.5.1934) «el hombre nuevo no se forma por sí mismo, es el partido quien dirige todo el proceso de reestructuración socialista y de reeducación de las masas». (2009, 347)

La reflexión de Negro es decidora en cuanto a la importancia de la educación ideológica para el hombre nuevo, desarrollada en páginas anteriores. Sin embargo, no es lo único interesante. De ella llaman mi atención los puntos referentes a la consciencia política alerta y a la formación del hombre nuevo a cargo enteramente del partido, ya que encuentro en ellos dos áreas más de intersección con las masculinidades hegemónicas y con los personajes guerrilleros objeto de este análisis. Resalta del segundo punto esbozado la aparente contradicción que guarda con la cultura del discurso crítico, que caracteriza al intelectual revolucionario y por ende también al hombre nuevo: se trata de un individuo que si bien se juzga crítico con las inequidades del mundo y los sistemas políticos y económicos que tienen la hegemonía en él, es incapaz al mismo tiempo de ser igual con los potenciales errores o vicios que puedan surgir de la ideología, partido y gobierno revolucionarios, al emanar de ellos las directrices que debe seguir obligatoriamente. Lo señalado, sin embargo, más que una simple contradicción es un síntoma de la ya mencionada desconfianza que caracteriza al hombre nuevo (punto que será retomado más adelante) que lo hace dudar de todo aquel que pueda no ser un verdadero revolucionario, de ahí que el hombre nuevo (también Valentín y Carlos) deba obedecer y creer ciegamente en todas las directrices del partido, ya que eso *es* ser un verdadero revolucionario. A obedecer y creer sin cuestionar puede añadirse como requisito el actuar, estar dispuesto a tomar las armas y pelear por la patria para demostrar con hechos y acciones (más que con palabras) la fidelidad al proyecto político e ideológico.

La voluntad de luchar, tan importante para la revolución, es también un rasgo que sintoniza con las cualidades que la masculinidad hegemónica le atribuye a un ‘hombre de verdad’, usualmente a partir de la mirada validadora de los pares, es decir, más masculinidades también hegemónicas. Lo anterior me lleva a concluir que tanto el hombre nuevo como la masculinidad hegemónica se forman y configuran a partir de la mirada de un otro par (el partido-otros hombres) que guía y valida al mismo tiempo un comportamiento y forma de pensar únicos y aceptados dentro del grupo. Desestimar y/u obliterar aquello que sale de las prescripciones y proscripciones del grupo toma forma concreta en la reticencia del hombre nuevo a considerar algo diferente de su construcción ideológica o incluso, yendo un poco más allá, a siquiera dialogar con/sobre

eso, actitud que se puede equiparar a la subalternización y marginalización que las masculinidades hegemónicas llevan a cabo con la mujer u otras formas de masculinidad.

Senel Paz en su cuento *El lobo, el bosque y el hombre nuevo* (1994) trabaja esta particularidad del comportamiento del revolucionario a partir del personaje de David Álvarez, un joven universitario comunista del interior del país, que conoce en una heladería a Diego, un hombre lector cuya homosexualidad y devoción religiosa lo convierten en un producto irrecuperable para la revolución, con quien entabla en el devenir del texto una profunda amistad. Al inicio de la narración Diego, luego del primer contacto con David en la heladería, manifiesta directamente su deseo de conocerlo; David, por su parte, desconfía (como es propio de él) de la amabilidad y las palabras de su interlocutor. En ese contexto Diego deja clara su intención de apertura al diálogo y la contrasta con la postura de David al decir “nunca he podido conversar con un revolucionario. Ustedes sólo hablan con ustedes. Les importa bien poco lo que los demás pensemos” (1994, 15). En ese sentido, Valentín y Carlos siguen un patrón de comportamiento similar al que tiene David según Diego. El primero de ellos al inicio constantemente impone su visión del arte -o más bien la visión revolucionaria del arte, como lo deja muy claro la Declaración del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura al considerarlo como “un arma de la Revolución [...] un instrumento contra la penetración del enemigo” (1971, 12)- respecto a las películas que le cuenta Molina. En la cita a continuación, Molina le narra a Valentín el primer filme de la novela, la historia de la mujer pantera, cuando llega ya la hora de dormir. Molina le ofrece al guerrillero continuar la narración a la mañana siguiente, pero este rechaza la propuesta:

-No, mejor a la noche, durante el día no quiero pensar en esas macanas. Hay cosas más importantes en qué pensar.

-...

-Si yo no estoy leyendo y me quedo callado es porque estoy pensando. Pero no me vayas a interpretar mal.

-No, está bien. No te voy a distraer la atención, perdé cuidado.

-Veo que me entendés, te lo agradezco. Hasta mañana (2011, 15)

El empleo del apelativo ‘macanas’ en conjunto con el adjetivo ‘importantes’ es bastante claro respecto a lo que opina Valentín sobre a la historia de amor que le cuenta Molina; sin mencionar que abre camino para la posterior postura de pensador racional que toma frente a él y que tan fundamental es para relacionarlo con la masculinidad hegemónica. Desde la perspectiva única de Valentín el filme carece por completo de importancia al no tener valor ideológico concreto por tratarse solamente de una historia de amor entre dos personas. Ante esa situación, el revolucionario opta por la lectura y el silencio. Este

último es representativo de la obliteración de las perspectivas diferentes llevada a cabo por el hombre nuevo (y también por las masculinidades hegemónicas) al cortar de raíz, incluso antes de que pueda iniciar, cualquier interacción con Molina a favor de una interacción consigo mismo, por decirlo de algún modo: el diálogo del lector con el libro ausente en forma del acto de pensar sobre él. Con el silencio, paradójicamente, Valentín hace patente la actitud de la masculinidad hegemónica de monopolizar la palabra, las intervenciones y espacios de difusión al estar dispuesto a hablar ‘solamente entre revolucionarios’, como lo plantea el Diego de Paz; de ahí que sea el mismo Valentín quien reconozca su incapacidad para escuchar a los demás al decirle a Molina en una ocasión, mientras conversaban sobre las historias que el último le cuenta, “No soy un tipo que sepa escuchar demasiado, ¿sabés, no?, y de golpe me tengo que estarte escuchando callado horas” (2011, 21).

A diferencia de Valentín, Carlos, en la novela de Lemebel, sí escucha a la Loca del Frente e incluso conversa con ella en muchas ocasiones aunque, como el revolucionario de Puig, tiene una idea clara de lo que para él es importante. De forma más amable que Valentín, Carlos se concentra en su trabajo, lo que hace que su atención no sea toda para la Loca del Frente, quien ve como desplantes el comportamiento del joven universitario, al punto de reclamarle por ello, lo que lo lleva a excusarse: “No fue mi intención, dijo Carlos confundido. ¿Qué te pasa ahora?, ¿qué te pareció mal? No puedo venir todos los días, porque tengo que estudiar y hay cosas tan importantes... tan importantes... que si tú las supieras” (2001, 87). Posteriormente, en otro momento de la narración cuando Carlos debe entregar un paquete con armas para el atentado (encomienda que termina entregando la Loca), el universitario le confiesa a la Loca, medio en broma medio en serio, que aquello tan importante que lo llama y no puede esperar es la patria (2001, 123) reforzando su posición de revolucionario con todos los componentes ya analizados que ella implica. La desestimación u obliteración de todo aquello que exceda las prescripciones y prohibiciones de la masculinidad hegemónica y de la idea de hombre nuevo es sin duda un punto que los personajes guerrilleros del corpus consiguen subvertir, ayudados por la relación afectiva que entablan con Molina y la Loca del Frente y por la misma precariedad en la que todos se mueven, según lo analizado en el acápite tres del primer capítulo.

Lo que Valentín y Carlos subvierten en estos momentos de la investigación es, en definitiva, la inflexibilidad ideológica y de pensamiento que caracteriza tanto a las masculinidades hegemónicas como al hombre nuevo, rasgo que lejos de ser visto como

algo negativo es apreciado por los mencionados constructos como un símbolo de estabilidad. Lo anterior, junto con la relación hombre nuevo-razón, conduce a direccionar el análisis hacia el vínculo claro que existe entre la masculinidad hegemónica y el hombre nuevo en los ámbitos de la racionalidad, la autovigilancia, el sacrificio, la invulnerabilidad y la heterosexualidad como ideal de masculinidad.

La masculinidad hegemónica, ante la necesidad de asegurar su posición de mando sobre las mujeres y otras masculinidades, establece una serie de prescripciones y prohibiciones en forma de mandatos sociales respecto a qué esperar del comportamiento y constitución de un hombre ‘de verdad’. José Olavarría en su texto “Modelos de masculinidad y desigualdades de género” (2006) resume cuáles son esos mandatos alrededor de la visión dominante de masculinidad a partir de investigaciones llevadas a cabo por él y otros académicos en Chile con hombres heterosexuales:

El hombre debe ser recto, responsable, está obligado a comportarse correctamente. A los hombres se les exige atributos de un alto contenido moral. Ser digno y solidario, especialmente con su familia, con sus amigos y con los más débiles, y protector de los débiles [...] los que están bajo su dominio. [...] Debe demostrar su «hombria», lo que es capaz de sacrificar. [...] El hombre debe ser fuerte, racional, debe orientar su conducta de manera similar a la que tiene la racionalidad económica. [...] No debe tener miedo y, si lo siente, debe ocultarlo a los demás: no debe expresar sus emociones, ni llorar, salvo en las situaciones que estén prescritas, en las que el hecho de hacerlo afirma su hombría. [...] No debe mostrar signos de debilidad, ni dolor; por el contrario, de él se espera que discipline su cuerpo para resistir esas molestias hasta el límite de su capacidad. Solo allí puede mostrar dolor y solicitar ayuda. (2006, 47 y 48)

Saltan a la vista algunas de las conclusiones de Olavarría por lo cercanas que están al mismo tiempo de las características que ostentan los personajes revolucionarios de las novelas del corpus. El ejercicio de la cultura del discurso crítico es fundamental no solo para vincular la racionalidad y orden de la masculinidad hegemónica con el hombre nuevo y, por consiguiente, con los personajes de Valentín y Carlos, sino también para ingresar al sacrificio y a la responsabilidad, atributos de alto contenido moral como los llama el académico chileno consultado, como elementos constitutivos del hombre nuevo. El compromiso con los vientos de cambio de la segunda mitad del siglo XX, así como también la preocupación por la política, es necesario recordar, son legitimadores del intelectual que hace uso de la cultura del discurso crítico. En su versión revolucionaria, este intelectual no se conforma únicamente con pensar, ser crítico, sino que también, en la misma dirección de lo dicho por Castro en su discurso en Boca de Jaruco y por Guevara en *El socialismo y el hombre en Cuba*, se une activamente a la causa peleando y trabajando por ella junto con los más vulnerables, el pueblo de a pie, tarea que cumple a costa de sacrificios, ya que su misión es ser la vanguardia de la

revolución. En las novelas del corpus Valentín y Carlos se encuentran en un constante sacrificio por la causa revolucionaria. El primero de ellos, en la novela de Puig, le explica a Molina el funcionamiento de su espíritu de sacrificio y su motivación a propósito de la actitud de Molina de vivir y disfrutar el presente más allá de las planificaciones, políticas o no, que sobre el futuro se puedan hacer:

- Yo no puedo vivir el momento, porque vivo en función de una lucha política, o bueno, actividad política digamos, ¿entendés? Todo lo que yo puedo aguantar acá, que es bastante, ... pero que es nada si pensás en la tortura, ... que vos *no* sabés lo que es.

- Pero me puedo imaginar.

- No, no te lo podés imaginar... Bueno, todo me lo aguanto... porque hay una planificación. Está lo importante, que es la revolución social, y lo secundario, que son los placeres de los sentidos. Mientras dure la lucha, que durará tal vez toda mi vida, no me conviene cultivar los placeres de los sentidos, ¿te das cuenta?, porque son, de verdad, secundarios para mí. El gran placer es otro, el de saber que estoy al servicio de lo más noble, que es... bueno... todas mis ideas. (2011, 33)

La cita es interesante en extremo y encierra algunas de las reflexiones hechas hasta el momento alrededor del tema. La idea del sacrificio se mueve tanto en los ámbitos de la masculinidad hegemónica como del hombre nuevo: el último a través del vínculo directo que hace Valentín entre el aguantar y la actividad política planificada, racional, y el primero a través de la idea de la resistencia física a la tortura como algo exclusivo de los guerrilleros, ‘hombres de verdad’ de altas cualidades morales, de ahí que Valentín sea tajante al decir que Molina no puede ni imaginarse siquiera lo que es la tortura, mucho menos aguantarla. Este punto es importante por sus implicaciones respecto a la relación entre el hombre nuevo y las masculinidades subalternas de diversidad sexual, encarnadas en Molina y la Loca del Frente, y será vuelto a tocar en el último acápite de este capítulo.

La capacidad de sacrificio, expresada no solo en aguantar la tortura, es una medida al mismo tiempo de la invulnerabilidad del hombre nuevo, como masculinidad hegemónica, y de su lealtad al partido como militante que se mueve en un determinado espacio. En la última cita de Puig trabajada Valentín enmarca al sacrificio dentro de la supresión de lo que él llama los placeres de los sentidos a favor de la lucha política, que puede interpretarse a partir de la lectura como el rechazo a todo aquello que involucre una atención a las necesidades del cuerpo: comida, salud, expresión de sentimientos, etc. Esto se mueve en el sentido de lo planteado por Gallardo Saborido en su ya mencionado texto, donde resalta cómo muchas de las virtudes de la ética protestante, propuestas por Weber, “ascetismo, sacrificio, racionalidad, austeridad [...] coinciden en gran parte con esta nueva ética socialista [...] en el espíritu del comunismo nacionalista

que proponía Castro se encontraría el igualitarismo y el desarrollo de la patria como causa común” (2009, 142). La cita de Puig objeto de este análisis en particular proviene de los primeros momentos de la narración en los que Valentín empezaba recién su amistad con Molina. El devenir tanto de los acontecimientos en la novela del argentino como del estudio llevado a cabo en la sección tres del capítulo anterior, respecto a la vulnerabilidad del cuerpo, la precariedad y los sentimientos, muestra cómo precisamente desde aquello que Valentín pretendía ignorar, las necesidades del cuerpo, se construye la subversión a la masculinidad hegemónica y a la idea de del hombre nuevo a través de elementos tan sencillos como los cuidados de Molina o las películas que le narra. El bellissimo flujo de consciencia final de Valentín (única forma en la que el guerrillero se permite una completa expresión de sus sentimientos) posterior a su tortura es un ejemplo claro del cambio de mentalidad del revolucionario, al aceptar sus vulnerabilidades diciendo “yo en la celda no puedo dormir porque él [Molina] me acostumbró a contarme todas las noches películas, como un arorró, y si alguna vez salgo en libertad no voy a poder llamar e invitarlo a una cena, él que me invitó tantas veces” (2011, 285).

En la novela de Lemebel, por otro lado, el sacrificio se ve principalmente en la entrega y atención completas (o al menos eso intenta aun con las atenciones de la Loca) de Carlos a la tarea de planificación del atentado contra Pinochet en el Cajón del Maipo, asumiendo para sí los riesgos que esto conlleva. En esa misma línea, si bien este sacrificio no se aprecia como discurso de forma extendida y constante, como sucede la narración de Puig, hay un par de momentos en los que Carlos se refiere brevemente a él a propósito de su tarea de planificación, la que lo obliga a estar constantemente en movimiento, situación que también le es reprochada por la Loca: “Tu vida parece una maratón, le había dicho una tarde que entró sofocado de la calle, sólo para mojarse la cara, descansar un momento y volver a salir. Así de urgentes son estos tiempos, le contestó alisándose el cabello pegado de transpiración” (2001, 122). En esta narración la idea de sacrificio se construye también a partir de un rostro en particular: el Che Guevara, a propósito de la ya observada comparación que la Loca del Frente hace entre Carlos y el guerrillero argentino:

¿Tú piensas que me creo héroe? Algo así, tal vez no como O’Higgins o Prat, pero sí como el Che Guevara. ¿Y tú conoces quién fue el Che Guevara? [...] ¿Y no te interesa saber cuál era su sueño de mundo? ¿Qué pensaba? ¿Por qué le entregó su vida a la causa de los pobres? [...] Me halaga usted princesa, se sonrojó Carlos, pero yo estoy muy lejos de esa enorme figura. (2001, 138)

Si en la novela de Puig la resistencia a las necesidades del cuerpo y a la tortura son el termómetro o la referencia del sacrificio revolucionario (y por qué no también masculino hegemónico), aquí dicha función la cumple la figura de Ernesto Guevara, o al menos los ideales revolucionarios que este representa. La importancia de la figura del argentino para Carlos está expresada en las tres preguntas que sobre él le hace a la Loca del Frente y que se enmarcan en los ya conocidos rasgos discursivos del hombre nuevo y de la masculinidad hegemónica. La primera, el sueño de mundo, hace referencia al compromiso con los cambios políticos de aquella época; la segunda, qué pensaba, se relaciona al ejercicio de la cultura del discurso crítico y a la misma racionalidad que representan tanto masculinidad hegemónica como el hombre nuevo; y, finalmente, el sacrificio mismo e incluso el paso del pensamiento a la acción, se expresan en la última pregunta que habla de la entrega de Guevara a la causa de los pobres, demostrando así cualidades de gran valor moral al erigirse como protector de los débiles, para utilizar los mismos términos empleados por Olavarría en el fragmento de su investigación citada en páginas anteriores.

La distancia inalcanzable que pone Carlos entre él mismo y la figura de Guevara, luego de la comparación expresa de la Loca, sitúa al argentino como el rostro tangible de la Revolución Cubana que mencioné en el acápite anterior, y como el non plus ultra de revolucionario: una figura que debe ser emulada y reafirmada todo el tiempo, aún a costa de una constante autovigilancia de sus pensamientos y acciones por parte de aquel que busca en sí mismo los rasgos de una subjetividad revolucionaria y no alienada. Este último rasgo es fundamental para desarrollar la última intersección entre las características de la masculinidad hegemónica y el hombre nuevo: la permanente autovigilancia y la necesidad de reafirmación que ambos constructos demandan siempre en relación con el ya analizado sacrificio.

Trabajar sobre este punto exige, como en las páginas precedentes, recapitular ciertas lecturas y conclusiones extraídas de acápites anteriores. De acuerdo a las reflexiones de Carlos Callirgos, vistas en la primera sección del capítulo inicial, la masculinidad (en este caso vista desde su vertiente hegemónica) no está determinada por la naturaleza, sino que son las sociedades las que, a través de prácticas y ritos de paso, fomentan comportamientos y conductas que culturalmente se esperan de una forma en particular (orientada al dominio) de ser hombre. De ahí que la masculinidad hegemónica necesite ser constantemente reafirmada, no solo para validar la posición de 'hombre' de quien la detenta, sino también para que este se diferencie de lo femenino

que, al ser visto como su negativo, implica también la posibilidad de ser dominado. Algo similar a lo descrito hasta el momento sucede también con el hombre nuevo, para cuyo análisis tomaré nuevamente de referencia los textos de Guevara *El socialismo y el hombre en Cuba* y la Declaración del Primer Congreso de Educación y Cultura de Cuba.

De acuerdo a ambos escritos, uno de los peligros más grandes para la revolución (si no es que el mayor de todos) es la presencia de los falsos intelectuales, considerados contrarrevolucionarios, de quienes hay que estar atentos y vigilantes en todo momento: a sus acciones y comentarios, ya que fuera de eso no hay algo más, tangible, en particular que permita identificarlos como tales. Esta actitud alerta que se le demanda al hombre nuevo y a sus aspirantes a tal viene determinada, de acuerdo a Guevara, por un proceso consciente de autoeducación acompañado por las sendas acciones que lo respaldan, lo que a su vez va de la mano con la consciencia política alerta, determinada por la asimilación perfecta de la doctrina marxista-leninista, señalada por Dalmacio Negro en líneas anteriores.

Es así que tanto la masculinidad hegemónica como el hombre nuevo deben estar permanentemente vigilantes a toda acción, palabra o actitud que esté proscrita por las normas que el ojo celoso de sus pares de grupo establece. En esa misma dirección, ambos deben probar constantemente que son ‘verdaderos’ hombres y revolucionarios a través de acciones y actitudes que validen dicho estado, por decirlo de algún modo. Esto da una explicación más a algunas actitudes y comportamientos de Valentín y Carlos señalados hasta el momento en la investigación. El primero de ellos, como mencioné en el acápite anterior y desarrollé en los demás, manifiesta su autovigilancia revolucionaria rechazando los cuidados y atenciones de Molina; sin embargo, donde más se aprecia esto es en la reticencia del guerrillero a crear lazos de afecto con alguien. Así se lo explica a Molina, luego de haberle leído la carta en clave que recibe de su compañera de lucha en la que le informa que, ante su ausencia, ha entablado relaciones con otra persona:

- Nosotros tenemos el pacto de no encariñarnos demasiado con nadie, porque eso después te paraliza cuando tenés que actuar.
- ¿Actuar de qué forma?
- Actuar. Arriesgar la vida.
- Ah...
- Nosotros no podemos estar pensando en que alguien nos quiere, porque nos quiere vivo, y entonces eso te da miedo a la muerte, bueno, no miedo, pero te da pena que alguien sufra por tu muerte. (2011, 139)

Esta interesante cita concentra ella sola la autovigilancia en sus dos matices ya trabajados. En su vertiente hegemónica tiene como fin reducir vulnerabilidades (como el temor, que es rechazado incluso a nivel textual al retractarse inmediatamente Valentín de su afirmación de temor a la muerte: no es temor a ella, porque *no* lo tiene, es pena por hacer sufrir a alguien más) a fin de garantizar la ejecución fría de la acción y la consecución de los objetivos propuestos. Por otro lado, en su cariz revolucionario, a más de no obstaculizar la acción el fin último de la autovigilancia es validar la posición del revolucionario real más allá de las meras palabras, terreno donde acecha el falso intelectual. En la narración de Lemebel la idea de la autovigilancia revolucionaria, como ya ha sucedido con otras analizadas, se representa de manera bastante más tenue en comparación con el texto de Puig. En la novela del chileno la autovigilancia se enmarca en la entrega total a la causa (más concretamente el atentado) y todo lo que ella implica: trabajar en la clandestinidad, con nombres de combate y con la más absoluta reserva, acciones que, al igual que en el caso de Puig, intentan garantizar la ejecución adecuada de los planes y al mismo tiempo validan la posición de revolucionario del ejecutante. Finalmente, la imagen de Guevara elevada de manera expresa por Carlos a una suerte de altar revolucionario ubica al argentino, como ya se dijo, en una especie de referente que en sí mismo encierra la autovigilancia: Carlos, al declarar expresamente que no alcanza la talla revolucionaria de Guevara, enuncia entre líneas de su parte una constante autoevaluación (autovigilancia) que lo lleva a compararse todo el tiempo con el Che y, finalmente, a declarar su inferioridad frente a él.

El estudio llevado a cabo hasta el momento ha permitido determinar importantes áreas de encuentro entre la masculinidad hegemónica y el hombre nuevo. Ambos se sostienen en un sistema de representaciones de pares opuestos; los dos constituyen grupos fuertemente cerrados con prescripciones y proscripciones que se regulan a partir del ojo vigilante de los iguales, que se difunden y validan a través de un continuo proceso de educación y que obliteran cualquier pensamiento o perspectiva diferente a la determinada por el grupo.

En el mismo sentido que marca el último punto mencionado, tanto la masculinidad hegemónica como el hombre nuevo están orientados al dominio de un otro: mujeres, otras formas de masculinidad e ideología, a fin de imponer sobre ellas su propia visión del mundo, valores y representaciones, que dicho sea de paso tienen además bastante en común entre sí. Valentín y Carlos encarnan desde diferentes posiciones muchos de esos valores: invulnerabilidad, sacrificio y comportamiento

racional, que a su vez están asociados a la heterosexualidad como la orientación sexual correspondiente por norma a la masculinidad de esas características. La predominancia de lo masculino heterosexual, señalada en el acápite anterior a partir de las reflexiones de Abreu Arcia, es fundamental para analizar a profundidad la visión de las diversidades sexuales masculinas que se desprende de la ideología revolucionaria, a fin de observar de qué maneras y en qué momentos los personajes de Molina y la Loca del Frente la subvierten. Ese será el punto de inicio de la siguiente y última sección de este capítulo.

2.3. El hombre nuevo y la diversidad sexual: la Loca del Frente y Molina, dos locas excesivamente revolucionarias

LOCKWOOD: Is it your position that if one is homosexual he cannot be a Revolutionary?

CASTRO: Nothing prevents a homosexual from professing revolutionary ideology and, consequently, exhibiting a correct political position. In this case he should not be considered politically negative. And yet we would never come to believe that a homosexual could embody the conditions and requirements of conduct that would enable us to consider him a true Revolutionary, a true Communist militant. A deviation of that nature clashes with the concept of what a militant Communist must be. [...] I will be frank and say that homosexuals should not be allowed in positions where they are able to exert influence upon young people. [...] We must inculcate our youth with the spirit of discipline, of struggle, of work [...] everything that tends to promote in our youth the strongest possible spirit, activities related in some way with the defense of the country, such as sports, must be promoted. This attitude may or may not be correct but it is our honest feeling.
(Lockwood 2003, 107)

-Que me da lástima porque me encariñé con los personajes. Y ahora se terminó, y es como si
estuvieran muertos.

-Al final, Valentín, vos también tenés tu corazoncito.

-Por algún lado tiene que salir... la debilidad, quiero decir.

-No es debilidad, che.

-Es curioso que uno no puede estar sin encariñarse con algo... Es... como si la mente segregara
sentimiento, sin parar....

-¿Vos crees?

-... lo mismo que el estómago segrega jugo para digerir.

-¿Te parece?

-Sí, como una canilla mal cerrada. Y esa gotas van cayendo sobre cualquier cosa, no se las
puede atajar.

-¿Por qué?

-Qué sé yo... porque están rebalsando ya el vaso que las contiene.
(Puig 2011, 47)

Mire usted qué bonito, sus padres trabajan para que estudien y ellos haciendo desórdenes y
huelgas [...] se sintió molesto por el comentario de ese charqui ahorcado en collares [...]

Entonces no aguantó más y las palabras le salieron a borbotones; mire señora, yo creo que
alguien tiene que decir algo en este país, las cosas que están pasando, y no todo está bien como
dice el gobierno. [...] la Loca del Frente se asustó al decir eso, porque en realidad nunca se
había metido en política, pero el alegato le salió del alma [...] uno tiene que defender lo que

cree justo, se dijo, sorprendiéndose un poco de pensar así [...] Y con un relajamiento de felino orgullo, entornó los ojos pensando en Carlos, y lo vio sonreír alabando la proeza de su gesto. (Lemebel 2001, 59 y 60)

El diálogo desarrollado a lo largo de este escrito entre la teoría y los textos literarios del corpus prepara el camino para el análisis de los personajes de Molina y la Loca del Frente, que encarnan desde un tipo particular de masculinidad subalterna la disidencia al constructo discursivo del hombre nuevo, impulsado por la izquierda revolucionaria, que obtiene a la vez muchos de sus rasgos de la versión hegemónica, orientada al dominio, de la masculinidad. Por su estrecho vínculo con ella, visto en secciones anteriores a partir de planteamientos diversos, como los de Abreu Arcia en su texto *Los juegos de la escritura, o, La (re)escritura de la historia*, en la subjetividad revolucionaria predominan los valores, comportamientos y demás atributos asociados tradicionalmente a lo masculino heterosexual, lo que desemboca en una visión masculina y masculinizante de la realidad (y por qué no también ‘revolucionaria’), que oblitera y subalterniza a aquello y a aquellos que no siguen las normas establecidas por el orden social, también masculino hegemónico.

Los epígrafes seleccionados para iniciar este acápite final de la investigación no solo ilustran en parte lo anteriormente descrito (específicamente y con más fuerza el primero de ellos), sino que también, de manera similar a lo llevado a cabo en la primera sección del actual capítulo, trazan el camino que seguirá el estudio. Propongo, en primer lugar, analizar los sentidos y discursos revolucionarios que se tejen alrededor de la diversidad sexual, más concretamente la homosexualidad masculina, a partir de textos como el ya mencionado epígrafe o el panfleto “Moral y proletarización” (2004), que muestra la posición de los militantes del Partido Revolucionario de Trabajadores y del Ejército Revolucionario del Pueblo de Argentina (PRT-ERP) respecto a temas como la moral, la vida cotidiana y la sexualidad. Posteriormente, y a la luz del análisis llevado a cabo, propongo examinar de qué manera la construcción genérica de los personajes de Molina y la Loca del Frente subvierte los sentidos revolucionarios vistos y que son representados, a su vez, por Valentín y Carlos. Para el efecto será de gran ayuda recapitular algunas de las conclusiones obtenidas hasta el momento sobre el género como categoría teórica. También serán útiles las reflexiones en torno a la sexualidad surgidas durante la Revolución Sexual en la segunda mitad del siglo XX, en el interior de grupos como el Frente de Liberación Homosexual de Argentina (FLH), fundado en 1971 con pensamiento de izquierda, del que formaba parte Manuel Puig junto con otros

intelectuales como Néstor Perlongher, uno de sus principales artífices. El FLH de Argentina, por su orientación ideológica, intentó unir su lucha por la liberación sexual con otras agrupaciones de pensamiento político afín y revolucionario. Sin embargo, nunca consiguieron una comunión real con ellos a consecuencia, precisamente, del imaginario masculino hegemónico heterosexual sobre la diversidad sexual, más concretamente la homosexualidad masculina, que imperaba en el interior de las filas militantes. La revisión de ese imaginario es el punto de inicio de este último acápite de la investigación.

El primer epígrafe de esta sección forma parte del libro *Castro's Cuba, Cuba's Fidel: An American Journalist's Inside Look at Today's Cuba in Text and Picture* (2003), del fotoperiodista norteamericano Lee Lockwood, que recoge una serie de fotografías y entrevistas con el líder revolucionario llevadas a cabo a mediados de los años sesenta sobre diferentes temas, entre esos la homosexualidad en relación con la revolución. La posición de Castro al respecto es clara y sintoniza con los sentidos que emanan de la visión de mundo impuesta por la masculinidad hegemónica. Para efectos del análisis, a fin de desarrollar las líneas de pensamiento que componen la visión de la subjetividad revolucionaria hegemónica sobre la homosexualidad masculina, deseo resaltar tres ideas clave de la respuesta de Castro a la pregunta de Lockwood: el concepto de lo que un militante comunista debe ser, la homosexualidad concebida como una desviación (según las mismas palabras de Fidel) y los requerimientos de conducta que hacen que una persona, un hombre en este caso, sea considerada un verdadero revolucionario, un genuino militante comunista. En la primera de ellas radica la génesis de la aversión de la izquierda revolucionaria a la homosexualidad y tiene su origen en una concepción utilitaria del individuo en función de los intereses del proceso revolucionario. María Olga Ruíz, en su artículo “Mandatos militantes, vida cotidiana y subjetividad revolucionaria en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria de Chile (1965-1975)” (2015), que expone los resultados de su investigación doctoral sobre las memorias de traición y subjetividad revolucionaria al interior de las filas del PRT-ERP, Montoneros y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), se refiere a la anulación de la individualidad como un rasgo propio de la identidad revolucionaria.

Un rasgo distintivo de esta identidad es la renuncia, en primer término, a sí mismo, es decir, una suerte de abandono del propio yo en el marco de un proceso de fusión con el colectivo. [...] La máquina revolucionaria exigía una entrega total y los militantes eran una pequeña pieza de un engranaje mayor al que se debían por entero. [...] Los proyectos personales quedaban desplazados por un proyecto de transformación global [...] la esfera de lo íntimo debía subordinarse a las exigencias de la gran política. De

esta manera, la construcción de los vínculos afectivos primarios estaba condicionada por el ritmo y los mandatos de la revolución. (2015, 170 y 176)

En este punto es útil tener en cuenta la incondicional y ciega adhesión a los principios y preceptos revolucionarios que caracteriza al hombre nuevo, según se concluyó en la primera sección de este capítulo. El discurso guevariano de carecer del llamado pecado original se manifiesta, en la práctica, en ponerse personal y completamente a disposición del proceso revolucionario. Este gesto está atravesado por el ya revisado signo del sacrificio, que implica, a su vez, una renuncia a las necesidades y deseos individuales a favor de la instauración, desarrollo y expansión de la revolución en el país y el continente. Alejandra Ciriza y Eva Rodríguez Agüero en “Militancia política y subjetividad: La moral del PRT-ERP” (2004) profundizan en el sentido e implicaciones de la mencionada renuncia y sostienen que la política revolucionaria tiende a escindir al sujeto, hombre y mujer, en dos dimensiones bien diferenciadas: “los que desean, por un lado; los políticos, por el otro; operando una escisión entre el cuerpo del ‘deseo’ y cuerpo del ‘sacrificio’ [...] el cuerpo de los y las militantes –al igual que el de sus compañeros- *debía* ponerse al servicio de la maquinaria de la revolución y desalojar para siempre la fragilidad” (2004, 88). De acuerdo a esta perspectiva, lo político, asociado a la idea de sacrificio y cuyos intereses y necesidades son los mismos que los de la revolución, es más importante que el deseo individual, expresado en sacrificar tanto las más elementales necesidades físicas del cuerpo como la misma agencia personal del individuo. Lo anterior crea una serie de mandatos y proscipciones (requerimientos de conducta, empleando los términos de Castro) alrededor de la figura del hombre nuevo revolucionario. María Olga Ruíz en su ya citado artículo sobre los mandatos militantes y subjetividad revolucionaria en el MIR de Chile hace una síntesis de ellos desde una perspectiva de género:

Los valores revolucionarios estaban asociados a la fortaleza, la entereza, el estoicismo, los que, a su vez, se definen por oposición a lo quebradizo, lo frágil, lo débil. [...] esa fortaleza debía utilizarse para resistir [...] a conductas internas que era preciso erradicar y eliminar: el individualismo, las comodidades de la vida burguesa, el provecho personal. [...] La masculinidad revolucionaria se expresaba y construía *performáticamente* en la escenificación cotidiana de la valentía, el arrojo y la audacia. (2015, 172 y 177)

Es bastante clara en este punto de la investigación la sintonía que hay entre los valores revolucionarios y muchos de los rasgos característicos de la masculinidad hegemónica. Sin embargo, la cercanía entre ambos es aún más profunda, ya que tienen una misma lógica utilitaria y objetivo en común. Tanto el orden social masculino hegemónico como el sistema revolucionario persiguen favorecer, perpetuar y expandir sus sistemas, con

sus sendos valores, prebendas y métodos (en los que están involucrados los individuos), que dicho sea de paso comparten también mucho en común. La homosexualidad, de acuerdo a esta visión, no favorece a los intereses de validación y expansión del sistema (masculino hegemónico y/o revolucionario): no son cuerpos útiles para la revolución. Una mejor comprensión de esto puede lograrse a través de la ya revisada lógica binaria del orden social, del género concebido desde la performatividad y, sobre todo, de la noción de agencia personal.

La izquierda, tradicional o revolucionaria, observa la homosexualidad bajo el signo de la desviación y siempre en relación con lo femenino. Luciano Hernán Martínez, en su tesis doctoral de la universidad de Pittsburgh, Estados Unidos, *Reuniones fallidas: homosexualidad y revolución (México, Brasil y Argentina, 1976-2004)* (2006), desarrolla los sentidos detrás de la concepción de homosexualidad de la izquierda revolucionaria:

El homosexual es pensado a partir de la falta, de la carencia de los valores culturalmente asociados a la masculinidad (hombria, coraje y tesón) para ser conceptualizado como un ser intrínsecamente débil y sensible, y por consiguiente susceptible de traición y delación. Su debilidad es producto de una desviación genérica y la persistencia en el ‘error’ de querer ser mujer, la que ‘naturalmente’ es débil. (2006, 106)

La lógica binaria del orden social, planteada por Bourdieu, permite explicar el que se conciba a la homosexualidad como una especie de negativo de lo masculino, cercano a lo femenino. Así mismo, la desviación genérica, como comportamientos que exceden los previstos socialmente para el género, es comprensible desde el concepto de performatividad, asociado a las reflexiones de Judith Butler en torno al género y la sexualidad en su artículo “Imitation and Gender insubordination” (1993), en el que se plantea que el género y la heterosexualidad como categorías, lejos de ser algo esencial, son producto de una imitación y repetición constantes, ejecutadas performativamente, de los rasgos que culturalmente caracterizan a un género y sexualidad en particular (1993, 311, 313 y 314), y advierte que estas categorías tomadas como identidades suelen ser instrumentos de normalización de estructuras opresivas por parte de regímenes fuertemente regulatorios (1993, 308).

Finalmente, persistir en el error implica una suerte de agencia personal en el individuo, ajena a los intereses de la revolución, que podría poner en riesgo el avance del proceso, no solo por la falta de ‘requisitos de conducta’ para llevarlo a cabo, sino también por la ausencia misma de una subjetividad revolucionaria, liberada del individualismo alienante, que también termina leyéndose como la carencia de valores

asociados comúnmente a versiones hegemónicas (heterosexuales, revolucionarias) de masculinidad. Esto hace aún más comprensible algunos momentos ya señalados anteriormente en las novelas objeto de estudio: como Valentín negándole a Molina la posibilidad de imaginar siquiera lo que es la tortura, mucho menos aguantarla, o Carlos advirtiéndole lo mismo a la Loca del Frente al hablarle sobre lo que podría sucederle si los descubrieran en sus actividades subversivas: se ensañarían especialmente con él.

Así, a manera de síntesis, un homosexual no es un cuerpo útil para la revolución ya que su diferencia, vista también como agencia personal, excede y no es compatible con los valores y comportamientos revolucionario-masculino hegemónicos que son fundamentales para la instauración y expansión de la izquierda revolucionaria en el continente. En contraste con esto, los personajes homosexuales de las novelas del corpus demuestran actitudes y comportamientos que pueden considerarse revolucionarios y lo hacen desde esa diferencia o agencia personal que los caracteriza. El exceso de Molina y la Loca del Frente es por sí mismo revolucionario, interpretado desde la perspectiva adecuada y, en conjunto, con la agencia personal, los conduce a ambos a acciones y actitudes revolucionarias. Lo revolucionario de la construcción genérica de las locas de Puig y Lemebel sale a la luz de la mano de las reflexiones del Frente de Liberación Homosexual de Argentina en torno a la homosexualidad y al valor político y desestabilizador que esta puede tener.

Como movimiento político homosexual y con orientación de izquierda, el FLH se nutrió de varias corrientes de pensamiento, entre las más importantes estuvieron el marxismo y el psicoanálisis. Patricio Simonetto, en *Entre la injuria y la revolución: el Frente de Liberación Homosexual. Argentina, 1967-1976* (2017) sintetiza los aportes de estas disciplinas en el pensamiento total del frente.

Por un lado, el marxismo como una perspectiva que implicaba nociones y guías para llevar adelante el cambio social anhelado. Por otro lado, el psicoanálisis como un cúmulo ordenado de ideas para interpretar la construcción subjetiva del sujeto: deseo y revolución se entrelazaban para fundar un nuevo horizonte de emancipación. [...] Para el FLH, los hombres eran preparados por distintas vías para participar en ese sistema [capitalista]. La relación de explotación implicaba un proceso de sujeción: establecía un límite a la libido y la reprimía para que el trabajador se concentrara en las tareas productivas y ubicara su deseo en la producción, como así también, libre de erotismo en su cuerpo, lo tornaba dócil para las tareas productivas. (2017, 89)

Al ser de naturaleza anticapitalista y antiimperialista, en palabras simples, el FLH buscaba liberar al deseo de la lógica utilitaria del capitalismo, revisada también en el tercer acápite del capítulo anterior, a propósito de reflexionar sobre la precariedad y el afecto desde la materialidad del cuerpo. Sin embargo, llama la atención que el FLH no

haya observado, a mi parecer, la también utilitaria lógica con la que la izquierda revolucionaria concebía los cuerpos de los militantes, como herramientas de la revolución, analizada un par de páginas atrás. La lógica utilitaria masculino-hegemónica-revolucionaria, al igual que la capitalista, se vale de los bien diferenciados roles y características de género, orientados al dominio, para favorecer la instauración, permanencia y expansión del proceso revolucionario. De ahí que, ante el desafío a las conductas y comportamientos sexuales normados por la sociedad que plantea la liberación del deseo, y también ante los acercamientos políticos del FLH, los grupos de izquierda revolucionaria reaccionaran con un marcado y pronunciado rechazo.

Esto es evidente en “Moral y proletarización”, texto mencionado al inicio del acápite y escrito en 1972 por Luis Ortolani, militante del PRT-ERP de Argentina, en el interior del penal de Rawson. En él, Ortolani se refiere a esta forma de pensamiento como una “forma de hegemonía burguesa que [...] predica un supuesto ‘amor libre’ que aparentemente liberaría a los miembros de la pareja [...] Pero [...] que en realidad [...] despoja al amor de su carácter integral, de la relación armónica entre los múltiples aspectos de la personalidad humana a través de la pareja, para cosificarlo y unilaterizarlo en un solo aspecto: el del sexo en sus manifestaciones más elementales” (2004, 99). Las manifestaciones señaladas por Ortolani aluden, a más de la promiscuidad a la homosexualidad, observado esto por oposición a partir del uso de la palabra ‘pareja’, concebida esta como exclusivamente heterosexual. La operación que el argentino ejecuta es bastante sencilla: hace de la elección del objeto sexual (heterosexual) un eje alrededor del cual se construye una identidad hegemónica sin mayores fisuras, con rasgos y conductas bien definidas. Néstor Perlongher invita a pensar y hacer lo contrario en su artículo “El sexo de las locas” (2013), que es fundamental para entender cómo la liberación del deseo opera en la ruptura, exceso y desborde de las identidades forjadas a partir del objeto sexual elegido:

Podemos pensar la homo o la heterosexualidad, no como identidades, sino como devenires. [...] Devenir mujer, devenir loca, devenir travesti. [...] La alternativa que se nos presenta es hacer soltar todas las sexualidades: el gay, la loca, el chongo, el travesti, el taxi boy, la señora, el tío, etc. [...] El sexo de las locas, que hemos usado de señuelo para este delirio, sería entonces la sexualidad loca, la sexualidad que es una fuga de la normalidad, que la desafía y la subvierte. [...] Soltar todas las sexualidades, abrir todos los devenires. (2013, 41 y 42)

Al pensar las identidades como devenires (planteamiento tomado a partir de las reflexiones de Félix Guattari), como territorios de fronteras permeables y difusas, Perlongher invita a liberar los deseos asociados normativamente a una u otra identidad.

De esta manera las identidades con rasgos y roles bien definidos se vienen abajo al ser excedidas por el deseo y la agencia personal liberados, resistiendo así cualquier intento de normalización o naturalización. Esta perspectiva es especialmente útil para observar a los personajes de Molina y la Loca del Frente, ya que desde ella cobran matices políticos. Ambos se encuentran en un devenir entre lo masculino y lo femenino, según se observó en el segundo acápite del primer capítulo, a partir del exceso que desborda el género y que lleva a Molina a identificarse siempre con la heroína de las películas y a la Loca del Frente a no saber dónde pararse, si en la fila de hombres o de mujeres, durante las requisas policiales. Así mismo, este exceso desbordante de los personajes (determinado a partir de su construcción como masculinidades subalternas) alcanza también a Valentín y a Carlos desde elementos como el espacio, el afecto o la precariedad.

De esta manera, las masculinidades presentes en los textos terminan siendo revolucionarias en sí mismas vistas desde la liberación del deseo. Esta perspectiva ayuda a leer el exceso característico de Molina y la Loca del Frente desde coordenadas políticas. Así el uso de elementos como la estructura narrativa del texto y las notas al pie en Puig o la lengua marucha y la estética de la loca en Lemebel se torna político y revolucionario.

Uno de los rasgos que más llama la atención del texto de Puig es la ausencia de un narrador central. La novela se construye a partir del diálogo continuo (preguntas, respuestas, repreguntas, historias, etc.) entre Valentín y Molina que por momentos se asemeja a una especie de sesión de psicoanálisis, debido a las constantes preguntas y repreguntas, que son vehículos para que ambos puedan conocerse entre sí, desarrollarse como personajes frente a los lectores y que los conducen también a pensar sobre sí mismos y su relación. El segundo epígrafe cobra más sentido leído desde esa perspectiva. En él Molina momentos antes había terminado de contarle a Valentín el final de la película de la mujer pantera, la primera de las seis que le narra. En ese momento Valentín, quien a estas alturas ya le había reclamado a Molina el ser demasiado sensible, se permite experimentar sentimientos por breves instantes para inmediatamente después asociarlos con la debilidad. Sin embargo, el mismo Valentín a partir de las continuas repreguntas de Molina llega, sin ser consciente de ello, a la idea de la liberación del deseo y de las identidades a través de la metáfora de la llave mal cerrada y las gotas de agua que rebasan el vaso que las contiene.

Esta es una de las primeras manifestaciones, pequeña, de la disidencia a la idea de hombre nuevo y en general al de la masculinidad hegemónica, que luego irán multiplicándose en el devenir de la narración. Las notas al pie, por otro lado, más que cualquier otro recurso ayuda a que la novela sea leída en clave política y de liberación sexual. La influencia del psicoanálisis en sintonía con la liberación del deseo en el texto de Puig es aún más clara con la presencia de las notas al pie. En la primera sección del primer capítulo me referí brevemente a ellas a propósito de la patologización de la homosexualidad que varias muestran. Luciano Hernán Martínez, en su ya citada tesis de doctorado, hace un recorrido alrededor de las ocho notas al pie del texto, que van desde reflexiones sobre el origen físico y causas de la homosexualidad, hasta las teorías freudianas de la represión de la libido, la perversidad polimorfa y las reflexiones de Altman, Marcuse, Millet y la apócrifa doctora Anneli Taube sobre la liberación sexual. Es interesante resaltar cómo las notas al pie usualmente guardan relación con lo sucedido arriba en la ficción. Por ejemplo, en el capítulo ocho, que desarrolla la conversación entre Molina y el director de la cárcel sobre los planes para ablandar al guerrillero con la comida envenenada, utilizando a Molina como emisario (y que inicia con un informe policial de la prisión sobre él y Valentín), Puig coloca información respecto a la dominación del padre y a la represión de la mano de Freud y señala que “la represión, en términos generales, proviene de la imposición de dominación de un individuo sobre otros, siendo ese primer individuo no otro que el padre. A partir de tal dominación se establece la forma patriarcal de la sociedad, basada en la inferioridad de la mujer y en la fuerte represión de la sexualidad” (2011, 154). De acuerdo a Martínez, las notas lejos de alejarse de la trama se integran a ella como una suerte de guía de lectura.

Las notas no pueden ser dejadas de lado porque establecen un juego entre el texto de ‘abajo’ y el de ‘arriba’, como lo denominó Lucille Kerr, o una suerte de ‘bouncing’ como lo llamó Puig en los manuscritos. [...] Las notas no producen un distanciamiento del relato, todo lo contrario, construyen un protocolo de lectura que hace imposible que la interpretación se desvíe del tema de la homosexualidad y obligan a que la novela sea leída desde las coordenadas de opresión, liberación y revolución. [...] En síntesis, tienen una clara direccionalidad ideológica que deniega cualquier pretensión de objetividad científica. (2006, 117 y 118)

Los paratextos de Puig dirigen al lector en el proceso de construcción de sentidos en torno a la narración. Desde esa perspectiva, la importancia de los textos, la ficción y el paratexto, se subvierte, al igual que sucede con las posiciones de dominio y subalternidad de los personajes: el texto de abajo cobra igual o mayor importancia que

el de arriba, ya que actúa como una especie de Piedra de Rosetta que decodifica el texto ficcional, a fin de que este pueda ser leído también en la clave pensada intencionalmente por el autor; así los paratextos se convierten en un recurso estilístico más que juega a construir un efecto de objetividad científica alrededor de la novela, cuando en realidad es todo lo contrario. Esta estrategia de Puig encuentra su clímax con la intervención de la doctora Taube que, según Daniel Balderston en su ensayo “Sexualidad y Revolución: en torno a las notas de *El beso de la mujer araña*” (2004), bien puede ser considerado el autor mismo en disfraz de mujer y un recurso más para favorecer el cambio de papeles y posiciones de poder entre Molina y Valentín (2004, 108 y 109). En Lemebel, por otro lado, la lengua marucha y exceso se transforman en un compromiso político vistas a partir de la liberación del deseo: es la manifestación de las voces antes obliteradas.

En la sección dos del primer capítulo de esta investigación me referí a la lengua marucha y al exceso como leitmotivos presentes a lo largo de la narración. Para hacerlo recurrí al criterio de Berta López Morales sobre el estilo de Lemebel, al que considera desenfadado, erotizante y el lenguaje de un cuerpo maldito y excluido. Más allá de la ya mencionada desestabilización de la lengua marucha a la economía del lenguaje, deseo observarla como el lenguaje del cuerpo maldito y excluido que propone López Morales. Isabelle Lopez Garcia en su artículo “Imaginaris de género en la (Post)nación: Género y compromiso político en *Tengo miedo torero* del escritor Pedro Lemebel” (2006) se mueve en ese sentido al preguntarse por qué Lemebel, quien escribía crónicas, decide ahora hacerlo sobre el pasado:

Parece que la historia de la dictadura y la resistencia chilenas no han sido escritas y que la historia del pasado chileno esté escribiéndose desde el espacio de las minorías, es decir, de las mujeres, de los resistentes, de los homosexuales, de las minorías étnicas, etc. [...] El vacío engendrado por las voces autorizadas debe llenarse por las voces no autorizadas con el fin de construir la imagen del país en su conjunto, con sus diferencias: identidades e individualidades. (2006, 1)

La liberación del deseo implica también liberar la voz de las subjetividades silenciadas por el orden social masculino hegemónico heterosexual. Lemebel, veinticinco años después que Puig, cuenta la historia de la dictadura y resistencia chilenas desde la perspectiva y lenguaje de los silenciados por la historia oficial. La liberación del deseo y de las subjetividades obliteradas posibilitan su ingreso en el imaginario social, su visibilización, de ahí que Lemebel deje libre a la loca en las convulsas calles de Santiago y no restrinja su espacio de acción a un sitio cerrado, como la cárcel de Puig. Las subjetividades ahora visibles ponen en evidencia el vacío al que se refiere Lopez Garcia y que debe ser llenado por las voces *antes* no autorizadas, tarea que a su criterio

es un compromiso político (2006, 2). Esto es lo que precisamente hace la Loca del Frente en el tercer y último epígrafe que abre esta sección. El extracto es particularmente especial porque es el inicio de una secuencia que narra el despertar de la consciencia política de la Loca del Frente, a partir de su exceso y el afecto que siente por Carlos. En la cita la Loca viaja en un bus a la casa de doña Catita, la esposa de un alto general del ejército, quien le había mandado a bordar un mantel para la cena de generales por el aniversario del golpe de Estado del 11 de septiembre.

Es curioso cómo los borbotones de palabras de la Loca ante el reclamo de la mujer de los collares, en el micro, comparten la misma naturaleza líquida, móvil y desbordante que la metáfora de la llave de agua mal cerrada analizada en Puig. Con su protesta, la Loca del Frente no solo llena el vacío de los silenciados por la historia oficial, sino que lo desborda con su exceso, genérico y político, ya que se atreve a decir que no todo está bien, como lo asegura el gobierno. No hay que olvidar que es el afecto hacia Carlos el que mueve el chorro de palabras de la Loca, como lo confirma la final evocación de su sonrisa en su pensamiento.

La narración continúa y la Loca llega a su destino. Una vez ahí llaman su atención la elegancia del lugar y la gran cantidad de dinero que al parecer tienen. Entra al comedor, saca el encargo, un mantel blanco bordado de muchos querubines y pajaritos con hilos dorados y tornasol, y lo coloca sobre la mesa para la que fue diseñado. Una vez ahí piensa en la cena en la que será usado su mantel e imagina a los generales comiendo impunemente sobre él:

Los veía desabotonándose el cuello de la guerrera relajados, palmoteándose las espaldas con los salud por la patria, los salud por la guerra, los salud por el once de septiembre porque habían matado a tanto marxista. A tantos jóvenes como su inocente Carlos que entonces debe haber sido un niño cuando ocurrió el golpe militar. En su cabeza de loca enamorada el chocar de las copas se transformó en un estruendo de vidrios rotos y licor sangrado [...] el vino lacre rezumaba en manchas de coágulos donde se ahogaban sus pajaritos, donde inútilmente aleteaban sus querubines como insectos de hilo encharcados en ese espeso festín. [...] A sus ojos de loca sentimental, el blanco mantel bordado de amor lo habían convertido en un estropicio de babas y asesinatos. A sus ojos de loca hilandera, el albo lienzo era la sábana violácea de un crimen, la mortaja empapada de patria donde naufragaban sus pájaros y angelitos. (2001, 64 y 65)

La cita es extensa y tiene muchas aristas por donde empezar. Quisiera resaltar, en primera instancia, el efecto de cercanía del personaje principal con el lector a partir del empleo de la lengua marucha por parte del narrador. Si bien es un narrador omnisciente, la lengua marucha actúa como una extensión del personaje principal, de tal manera que el lector observa las acciones y gestos revolucionarios de la Loca del Frente desde su perspectiva, como llevados a cabo y contados por ella misma frente a sus ojos y no a

través de la mediación de un narrador. Esto contribuye, a su vez, a incrementar la resonancia de la voz de la Loca del Frente, si se lo compara con el caso de Molina, cuyas acciones y gestos políticos fuera de prisión son conocidos por el lector a partir de un informe policial. De tal forma, toda la novela es una gran manifestación de la subjetividad y los sentidos tejidos por la Loca del Frente, antes silenciados, en torno al hecho político por acción de la lengua marucha. Es así que, en el caso de la cita, la lengua marucha está al servicio ya no del deseo erótico (como, por ejemplo, en el sueño de la Loca del Frente cabalgando agarrada de la cintura de Carlos), o de la performatividad personal de la Loca, sino de la memoria política y del despertar de su consciencia política. Luego de la escena mencionada la Loca finalmente toma el mantel y se va sin decirle nada a la persona que se lo encargó, preocupada al inicio de lo que podría decirle, aunque después se calmó pensando: “¿Qué se cree que una es china de ella? Todo porque tiene plata y es la mujer de un general. Uno también tiene su dignidad y como dice Carlos: Todos los seres humanos somos iguales y merecemos respeto” (2001, 66). Si bien al comienzo de la secuencia el lector intuye la dirección leve hacia la izquierda que toman los pensamientos de la Loca a partir de observaciones como lo poco generosos que habían sido con él en casa de doña Catita (2001, 62), el paso definitivo del pensamiento a la acción (como se le exige al hombre nuevo) se da gracias a la figura de Carlos y al amor que le tiene; no en vano los sentimientos de la Loca son una constante en toda la cita en cuestión. La sola mención del querido Carlos marxista cambia por completo el tono del extracto y lo torna oscuro y denso, preparando así el terreno para la decisión final que toma la Loca. El mantel, como objeto y como estética, es vital para comprender la relación entre afecto y política que opera en la cita. El mantel encarna la naturaleza misma de la Loca: desbordante, excesiva y libre, a tal punto que cuando se lo encargaron le pidieron colocar un escudo chileno con sables, a lo que se negó argumentando que encontró que era “recargarlo demasiado [...] como de mantel de fonda” (2001, 51 y 52). El mantel también es una suerte de reliquia de amor de Carlos; no hay que olvidar que para ese momento ya lo habían usado para el día de campo en el Cajón del Maipo y que también es lo único que la Loca olvida intencionalmente al despedirse de sus ilusiones con Carlos, en la playa de Valparaíso en la escena final del relato.

La posibilidad de muerte de Carlos, de desaparición del ser amado, transforma la cena en carnicería y el vino en sangre, que ahoga a los pajaritos y querubines, a la Loca, a los diferentes y al pueblo bajo la misma dictadura militar. El licor sanguinolento

ensucia el mantel, corrompe el sueño de amor de la Loca poniendo en peligro la vida de Carlos, o incluso quitándosela. La sangre, en suma, ahoga a todos en conjunto, de ahí la transformación de la tela de mantel albo a mortaja de la patria, palabra cuyo significado actual contrasta con el que fue empleada al inicio de la cita: con los brindis de los generales por la patria. A través del recurso del mantel la narración sintoniza el compromiso político con el anhelo sentimental de la Loca. Algo similar sucede con Molina, en la novela de Puig, con la comida que obtiene de las autoridades del penal (que es también una constante en la narración) y con la que alimenta a Valentín en lugar de hacerlo con la polenta envenenada (ayudándolo así a recuperarse y no a empeorarse como supuestamente debía); aunque el proceso del despertar de consciencia política en él sea más lento. Luego de muchos cuidados y precariedades, que ya fueron revisados y que funcionan como constructores del afecto, Molina decide cooperar con la lucha de Valentín. Tanto en Molina como en la Loca del Frente el afecto es una forma de agencia personal (la misma que la izquierda revolucionaria prohíbe a sus militantes por considerarla contraria a sus intereses) que al mismo tiempo que prodiga cuidados y cariño impulsa acciones y gestos revolucionarios. De esta manera, para Molina y para la Loca del Frente la agencia personal no es un impedimento, sino todo lo contrario, para llevar a cabo acciones políticas y revolucionarias. Lo mismo aplica para su construcción genérica: lejos de ser un obstáculo es una ayuda para los planes de los revolucionarios.

Quebradizo, frágil, débil y sensible son algunos de los atributos que los revolucionarios le dan a la homosexualidad masculina y que bien podrían aplicarse a los personajes objeto de este estudio. Sin embargo, dichos caracteres no solo no interfieren con el proceso revolucionario del que forman parte Valentín y Carlos, sino que son el disfraz ideal para que Molina y la Loca del Frente lleven a cabo las tareas encomendadas por los guerrilleros. La sensibilidad merece un tratamiento aparte, ya que ella, lejos de imposibilitar a las locas en la lucha, es el punto de partida del afecto y, al mismo tiempo, una manifestación del exceso que abre camino a las ya examinadas subversiones, tanto a los modelos de masculinidad hegemónica como a los de hombre nuevo revolucionario y, en síntesis, al dinamismo propio de las posiciones de poder que surgen de la relacionalidad entre masculinidades hegemónicas y subalternas. Molina y la Loca del Frente, al exceder las construcciones discursivas, tanto de género establecidas para la masculinidad como revolucionarias para los militantes, y aparentar (tal vez no porque físicamente lo parezcan, sino por el signo por el que están permanentemente cruzados) fragilidad y debilidad, incluso posibilidad de traición (aun

cuando en ningún momento de las novelas surge esa posibilidad –exceptuando el trato inicial de Molina con los policías de la cárcel), son los candidatos perfectos para llevar a cabo de manera encubierta las diferentes tareas que la instauración del proceso revolucionario requiera. Los ejemplos de esto se encuentran hacia el final en ambas narraciones y muestran el efecto de distracción y confusión que el exceso genérico de los personajes causa en los agentes del Estado.

El capítulo quince en la novela de Puig es un informe policial de la vigilancia diaria a las actividades de Molina luego de que saliera de prisión. Un leitmotiv de esa sección son las observaciones del oficial en torno a la costumbre de Molina de tratarse en femenino con sus amigos locas. La primera de ellas se presenta inmediatamente luego de la liberación de Molina, a propósito de una conversación telefónica que tuvo con una de ellos.

Llamó por teléfono a las 10.16, preguntó por Lalo, y cuando éste atendió hablaron varios minutos en femenino, dándose varios nombres diferentes que intercambiaban a lo largo de la conversación, por ejemplo Teresa, Ni, China, Perla, Caracola, Pepita, Carla y Tina. [...] Referente a la observación hecha ayer por los miembros del TISL sobre la necesidad de estudiar atentamente el posible código escondido en los nombres femeninos usados por el procesado con el mencionado Lalo, se señala que el tono de las conversaciones es de broma y extremadamente desordenado. De todos modos se prestará la debida atención. (2011, 269 y 271)

La observación podría pasar desapercibida por los lectores a no ser que se la complete y contraste con otro momento de la narración en el que Valentín le enseña a Molina cómo se comunica en código con sus compañeros guerrilleros en las cartas que se envían, sabiendo que estas eran leídas antes por la Policía. A inicios del capítulo siete, Valentín recibe en prisión una carta de una compañera de lucha, la lee en voz alta y le revela a Molina la verdad que esconde: “Todo esto es clave, te diste cuenta, ¿no? [...] Cuando dice ‘desde que soy vieja’ quiere decir desde que entré en el movimiento. Y cuando dice ‘la lucha por la vida’ es la lucha por la causa. Y tío Pedro, por desgracia es un muchacho de 25 años, compañero nuestro” (2011, 138). Esta práctica de Valentín de hablar en código es mencionada nuevamente en el capítulo catorce, a propósito de la próxima liberación de Molina. Valentín le pide que lo ayude transmitiéndoles un mensaje a sus compañeros a través de una llamada telefónica. Ante el temor de Molina y la posibilidad de que el teléfono estuviera intervenido, el guerrillero le instruye cómo actuar: “les tenés que dar un lugar en clave, por ejemplo les decís en la confitería Río de Oro, y ellos saben que es otro lugar, porque todo por teléfono lo hacemos así, ¿me entendés? Si nombramos un lugar es que nos referimos en realidad a otro” (2011, 256).

La última oración de la cita en particular me recuerda a otro momento de la narración en el que Molina le explica a un confundido Valentín que cuando habla de locas en realidad se refiere a putos. Así el hablar en clave de Valentín guarda una similitud con el exceso genérico de Molina: los dos son signos cuyo significante es desbordado por el significado que encierran. De esta manera, y todo a partir de aquí es una hipótesis de lectura, el exceso de Molina pudo haber sido utilizado para camuflar (a través de las referencias constantes a nombres femeninos) los mensajes de Valentín a sus compañeros guerrilleros, esto pese a que de acuerdo al informe policial la única comunicación sospechosa que tuvo el observado fue llamar en dos ocasiones tres veces a un mismo número telefónico para luego colgar. Molina debía transmitir un mensaje y su asesinato final, posiblemente a manos de los mismos guerrilleros mientras era interrogado por los policías, lo confirma. Si bien las únicas llamadas sospechosas fueron las señaladas por el informe, con ellas no pudo haber comunicado mucho ya que todo lo que hacía era marcar y colgar. El mensaje que tenía que transmitir debió estar oculto tras el exceso de las conversaciones que la policía desestimó hasta el final: “Cabe señalar que el modo en que constantemente cambian nombres hace pensar que es todo no premeditado, juego que no oculta código” (2011, 277). Tanto los oficiales como Valentín (al inicio del texto) comparten la visión masculino hegemónica del orden social, que se descoloca y confunde ante el exceso genérico, de tal manera que las conclusiones policiales respecto a la naturaleza de las conversaciones en femenino de Molina no son del todo de fiar. En la novela de Lemebel, por otro lado, la importancia del exceso como factor distractor es más notoria, así como los efectos que este tiene en los agentes del orden.

La Loca del Frente, a diferencia de Molina, participa en más de una forma en los planes de su amado revolucionario. No solo lo hace prestando su casa a los miembros del Frente Patriótico Manuel Rodríguez para reunirse y guardar los implementos necesarios para el atentado contra Pinochet. La Loca acompaña a Carlos al Cajón del Maipo a tomar mediciones del terreno para emboscar al dictador, mientras le prepara un día de campo, e incluso lo ayuda entregando un paquete a un compañero suyo en medio de una represión policial en pleno centro de Santiago. En esos dos momentos el exceso genérico de la loca despista a los policías. Carlos, al igual que Valentín en Puig, emplea también el disfraz y el engaño como método durante la ejecución de sus planes. Sin embargo, es interesante notar como el revolucionario de Lemebel es consciente del

potencial distractor que tiene el exceso de la Loca del Frente. Eso es visible en el viaje que los dos hicieron al Cajón del Maipo, durante una revisión policial en la carretera:

Entonces Carlos se puso serio, varios militares controlaban el camino haciéndoles señas para que se subieran a la berma. Ponte el sombrero, ¿quieres? ¿Y para qué? Para que te vean como dama elegante. Pero... Pónetelo, te digo, y hazte la loca. Hazlo por mí, después te explico. [...] le hizo caso, porque no le costaba nada ponerse el sombrero [...] No le costaba nada hacerlos reír con su show de mala muerte, dejándolos tan encandilados que ni siquiera revisaron el auto y apenas miraron los documentos de Carlos que estaba tan nervioso. Y los dejaron pasar sin problemas gritando: «Feliz luna de miel, maricones». Porque buscaban otra cosa, digo yo. ¿No es cierto, Carlos? (2001, 25 y 26)

Carlos, quien también es consciente del afecto que le tiene la Loca, no pudo haber escogido mejores palabras para su petición, ya que ellas sintonizan con la identidad devenir que ella representa y al mismo tiempo asume. Así mismo, la intervención final de la Loca respecto a lo que buscaban los agentes del orden se puede leer en el mismo sentido que las conclusiones policiales de la vigilancia de Molina en la novela de Puig. Revolucionarios y reaccionarios están contruidos desde una matriz cultural masculino hegemónica y comparten un imaginario en el que la actividad política, y ni se diga la de insurgencia o guerrilla, es ejecutada únicamente por hombres de rasgos masculino hegemónicos orientados al dominio. Es por eso que Carlos y la Loca pueden pasar. Los oficiales, en palabras del narrador, se encandilan y no advierten ningún potencial peligro en ella o en su sombrero amarillo de ala ancha y cinta a lunares: no es ni luce como un guerrillero. Algo parecido sucede en el capítulo de la entrega del paquete de Carlos durante la represión policial. En esta ocasión la Loca no pasa por dama elegante, como le dijo Carlos, sino por dama decente. En la escena alguien le aconseja que huya de la represión. Él se niega.

Ni cagando pienso correr. Tendrán que respetar a una señora mayor, a una dama decente. [...] La muralla policial la tenía enfrente, pero la loca, dura, empalada de terror ni se movió, y ariscando su nariz con una mueca imperiosa, caminó directamente al encuentro de la brutalidad policial. [...] ¿Me da permiso?, le insistió al paco que se quedó con la luma en alto hirviendo con las ganas de aporrear a esa coliflora pinturita. Pero ya era tarde, porque de un pestañazo la loca había roto el acorazado muro, y llevando como una pluma la pesada bolsa, se confundió en el tráfigo alterado del paseo público. (2001, 125 y 126)

El exceso de la Loca, manifestado en su estética en la anterior cita y ahora también en su performatividad en esta, una vez más es útil para paralizar y confundir a los oficiales. La Loca exhibe su agencia personal, afecto y para este punto consciencia política, que la impulsa al cumplimiento del deber. A diferencia del hombre nuevo, la Loca encuentra en el terror y no en la valentía la fuerza para no moverse de ese sitio hasta pasar la barrera policial. La escena puede ser leída bajo la ya examinada perspectiva que

considera a la lengua marucha como el lenguaje del cuerpo excluido y maldito, ya que con su comportamiento la Loca consigue llevar a la lengua marucha más allá de su registro textual. La muda a lo gestual a través de su performatividad de identidad devenir entre lo masculino y lo femenino: dura y empalada, con una mueca y ariscando la nariz. Al enfrentarse y luego atravesar la pared de policías la Loca del Frente deja, una vez más, registro de su presencia y participación en los sucesos políticos, convirtiéndose así en “la reconstrucción identitaria de una *otredad* social y política que, a través del cuerpo marginado [...] se inscribe en el escenario chileno reclamando su lugar y su voz” (2015, 30), según las consideraciones de Daniela Pinto Meza en su libro *Palabra y pensamiento: diálogos entre literatura y filosofía* (2015) alrededor de la figura del homosexual y travesti en la novela de Lemebel.

Molina y la Loca del Frente son personajes que en sí mismos son revolucionarios observados desde su identidad devenir. El exceso genérico que los caracteriza no los inhabilita para las actividades de lucha o los gestos revolucionarios; en algunos casos incluso es favorable para los planes de Valentín y Carlos. Todo lo anterior, paradójicamente, no es tomado en cuenta por la izquierda revolucionaria, cuyo anhelo de hombre nuevo está anquilosado en una identidad bien definida de construcción masculino hegemónica y en una concepción utilitaria del individuo, todo orientado al dominio del otro. De ahí que no sorprende que durante la Revolución se haya incurrido en la normalización de estructuras opresivas, como con la creación de las UMAP (Unidad Militar de Ayuda a la Producción), a partir de la concepción de identidades fijas y sin fisuras, según lo advertía Judith Butler en su referencia de páginas atrás. Los cuerpos homosexuales y locas han probado ser más revolucionarios que los propios militantes, al exceder los constructos y normativas de género de un orden social masculino hegemónico al que también se adhirió la revolución, convencida de que las inequidades e injusticias de género eran algo secundario frente a la lucha política e incluso que se solucionarían una vez superado el individualismo burgués e instaurado el socialismo.

Post scriptum dos

La loca y el hombre nuevo, pese a diferenciarse en rasgos como su construcción genérica y agencia personal, comparten el significantes del devenir, cuyo significado no es el mismo para ambos. En el hombre nuevo el devenir viene dado por su calidad de

producto inacabado, llamado a terminar de construirse y validarse con la instauración del comunismo, que persigue la izquierda revolucionaria, a través de una identidad bien definida y rasgos dibujados con exactitud orientados precisamente a implantar e impulsar el comunismo en la región. El devenir de la loca, por otro lado, se aparta completamente de las aspiraciones revolucionarias de identidades fijas y útiles para un propósito. Lejos de ser un devenir transitorio, momentáneo como el del hombre nuevo, es una suerte de devenir permanente que pone a la loca siempre entre lo masculino y lo femenino, ampliando de esa manera las posibilidades de acción y de agencia personal del individuo más allá de las normativas de género orientadas a un determinado fin. Desde esta perspectiva la loca sintoniza de manera más efectiva que el hombre nuevo con los vientos de cambio del orden mundial que caracterizaron a la segunda mitad del siglo XX. La homofobia y las inequidades de género son dos de las más notorias máculas de la Revolución, que empezaron a ser subsanadas recién en los años noventa y que le tomaron a Fidel Castro más de medio siglo en reconocer personalmente. Lo hizo durante una entrevista a finales de agosto de 2010 al diario mexicano *La jornada* en la que admitió: “Si alguien es responsable, soy yo [...] en esos momentos no me podía ocupar de ese asunto... me encontraba inmerso, principalmente, en la Crisis de Octubre, de la guerra, de las cuestiones políticas [...] No lo supimos valorar [...] No le prestamos la suficiente atención” (2010).

El tardío mea culpa de Castro, que a ratos se asemeja más a una justificación, no hace sino reflejar lo que ya se evidenció a lo largo de este capítulo: la primacía de lo político-ideológico en la revolución por sobre el individuo, sus deseos y su propia agencia personal.

Conclusiones

Post scríptum tres, para no dejar la costumbre del exceso

Fidel Castro había sido claro: “La revolución no necesita de peluqueros”. El escritor cubano Severo Sarduy contestó con picardía maricona: “Lo primero para hacer la revolución es ir bien vestida”, frase que solía repetir Perlongher”.
(Bazán 2006, 318)

Una de las principales conclusiones que se puede obtener de esta investigación es el estrepitoso fracaso al que está destinado todo intento de orden clasificatorio aplicado a los seres humanos. Las normativas del orden social masculino hegemónico no son suficientes para contener el abanico de posibilidades de desarrollo y expresión del individuo y su subjetividad, ya que albergan en su mismo rígido interior la posibilidad de subvertirlas. La visibilización de personajes y voces antes obliteradas, en este caso los homosexuales, es simplemente una muestra de ello.

La Revolución, pese a sus anhelos de justicia social, se adhiere (¿inconscientemente?) a esta forma de pensamiento y orden social que va más allá de las ideologías políticas, profundamente inequitativo, violento y obliterador, consecuencia de su naturaleza instrumental orientada al dominio del otro. Una verdadera actitud revolucionaria hubiera sido construir un nuevo orden social con perspectiva de género, que tuviera en cuenta la artificialidad de las identidades sedimentadas del anterior orden social, establecidas en antaño y naturalizadas a fuerza de constantes repeticiones, casi siempre validadas por el pensamiento racional, que también tiene elementos en común con la forma hegemónica de masculinidad. La verdadera y completa justicia social hubiera estado en la inclusión en el entramado político y social de aquellas identidades locas que están más allá de los lineamientos del orden social, identidades en devenir, como las llamó Perlongher.

Las novelas del corpus exploran a partir del personaje de la loca, cada una a su tiempo y con su respectiva intensidad, las dimensiones políticas ligadas a la sexualidad, que fueron ignoradas en su momento por la izquierda revolucionaria. Manuel Puig, en 1976, marca el inicio en la literatura de América Latina, de la mano del Frente de Liberación Homosexual de Argentina, de una línea de pensamiento que politiza el cuerpo y la sexualidad, observándolo desde variables como la clase y las jerarquías, perspectivas que fueron olvidadas por los movimientos de liberación homosexual norteamericanos de los años sesenta y setenta. Con las herramientas provistas por el

momento estético, Puig se adentra en la subjetividad de las voces obliteradas desde elementos como la cultura popular, ella misma denostada como basura kitsch en los círculos académicos de aquel entonces. A través de esos recursos Puig pone en escena la subjetividad de la loca y su sentido político, que en la narración se mueve únicamente en el interior de la celda, por lo que no se explora su desarrollo en la cotidianidad de las calles de Buenos Aires, ni su relación con las demás personas.

La novela de Lemebel, por otro lado, amplifica el alcance de la voz de la loca propuesto por Puig. Un cuarto de siglo después, Lemebel saca de la oscuridad del gueto y de la prisión al personaje de la loca y lo deja libre en las calles de Santiago. De forma similar a la de Puig, pero con otros métodos y con mayor intensidad, Lemebel hace oír la voz liberada de la loca en su propio registro y estética, que se impone a lo largo de toda la novela e impregna, a su vez, prácticamente en todo lo que le rodea. Con el empleo de la lengua marucha, también en conjunto con elementos de la cultura popular, Lemebel pone en práctica, por así decirlo, las posibilidades subversivas de la intensidad de la loca, su voz y su presencia, cuyo influjo aturde, distrae y, en definitiva, excede y transgrede las normativas sociales y con él subvierte las posiciones de jerarquía que en ellas se establecen. De lo anterior la novela da múltiples ejemplos que ahora recojo en estas breves líneas finales. El primero de ellos hace referencia a la posición de dominio que tienen las locas con respecto a los hombres, usualmente heterosexuales (también llamados ‘cacheros’ en el Ecuador), que les ofrecen sus servicios sexuales. En la escena que ilustra lo mencionado, que se desarrolla en el interior de un cine porno, las locas son quienes ejercen un dominio sobre los hombres heterosexuales a partir del dinero que tienen para pagar por el servicio. Es la Loca del Frente quien decide si acceder o no a los avances sexuales del ‘cachero’. Al final no consiente en ello y, ante la protesta del otro, le suelta casi con desdén unos cuantos pesos (2001, 162 y 166).

El mejor ejemplo de lo anterior, sin embargo, lo da la secuencia de la novela que narra la historia del dictador Augusto Pinochet durante su estadía en su casa del Cajón del Maipo, horas antes del atentado planeado por Carlos y sus amigos. En ella, el disfrute del dictador de un hermoso día en el campo es interrumpido por constantes alusiones a la homosexualidad, más concretamente a las locas, en forma de aroma de claveles frescos, picaflores revoloteando e incluso un cadete afeminado que le sirve el desayuno, a quien termina, molesto, expulsando del lugar (2001, 147).

Ambas novelas sacan de la oscuridad la figura y la voz de la loca: Puig, de forma exploratoria y casi teórica a partir del uso de las notas al pie a lo largo de la narración, y

Lemebel de manera más amplia e intensa, pintando con la estética de la loca, a través del lenguaje y la cultura *pop*, el espacio en el que se desenvuelve. En suma, ambas narraciones les devuelven la voz a las locas y con ella su humanidad, ya que la voz “otorga lo que de sujetos se ostenta, humaniza en el acto y, por supuesto, humaniza en el ámbito histórico de perdurabilidad que posee [...] se constituye como el mecanismo – jamás neutro–, de la posibilidad de convertirse en sujetos, de convertirse en «seres» humanos, de transformar lo que se «es» y, por lo tanto, de re-crearse en la propia libertad brindada por la palabra o en la misma libertad quitada por el silencio” (2017, 37), según reflexiona Juan Carlos Arteaga en su libro *Contra el silencio* (2017)

Esta investigación inicialmente fue planificada con tres capítulos. Los dos primeros fueron desarrollados, mientras que el tercero por falta de espacio, y debido a que la tesis se sostenía ya con los trabajados, tuvo que ser suprimido. El hipotético tercer capítulo debía leer a ambas narraciones desde el uso que hacen de elementos de la cultura popular para caracterizar a sus personajes principales. Recursos como narraciones de películas de amor protagonizadas por heroínas trágicas, letras de boleros o listas de compras, al estar ligados a la composición de la loca, cobran un valor político a más de estético. El exceso estético de la loca es factible de ser analizado desde la perspectiva del barroco y el neobarroco latinoamericanos (las reflexiones de Severo Sarduy al respecto en este punto son imprescindibles), tomando a ambos como categorías teóricas y corrientes estéticas con un potencial subversivo, determinado por la inclusión en su seno de elementos de diversa índole y procedencia, que terminan finalmente haciendo estallar los códigos tradicionales del arte o las existentes relaciones entre significantes y significados (más o menos de manera similar a como opera el exceso genérico de las locas).

Los elementos de la cultura popular en ambas novelas son fundamentales también para el desarrollo de los acontecimientos, ya que a través de ellos se construyen puntos clave en la narración, como lo son el afecto que crece entre los personajes o el mismo ‘camuflaje’ de las locas que despista tanto a los policías de Puig como a los militares de Lemebel.

Las perspectivas del kitsch y el *camp*, respectivamente, son bastante útiles para aproximarse al estudio de estos recursos, ya que los observan desde sus posibilidades emotivas e irónicas. Estos son dos posibles caminos más para acercarse al estudio de las novelas del corpus a partir del tema de este trabajo, los que no conseguí desarrollar en el

tercer capítulo y que ahora deseo dejar sobre la mesa, a manera de cierre, para algún próximo momento o investigador.

Bibliografía

- Abreu Arcia, Alberto. 2007. *Los juegos de la escritura, o, La (re)escritura de la historia*. Premio Casa de las Américas 2007. Ensayo artístico-literario. La Habana, Cuba: Casa de las Américas.
- Arenas, Reinaldo. 2009. *Antes que anochezca*. México: Fábula, TusQuets Editores.
- Arteaga, Juan Carlos. 2017. *Contra el silencio*. Quito, Ecuador: Tiresias Ediciones.
- Ayala Miño, Rodrigo. 2015. "Las sexualidades transgresoras en dos novelas contemporáneas: El lugar sin límites de José Donoso y Tengo miedo torero de Pedro Lemebel". Tesis de maestría, Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador. <http://repositorio.uasb.edu.ec/handle/10644/4819>
- Balderston, Daniel. 1998. "Los progresos de la doctora Anneli Taube" en Amícola, José, y Graciela Speranza, eds. *Encuentro Internacional Manuel Puig: 13-14-15 de agosto de 1997, La Plata: selección de ponencias*. 1. ed. Tesis/ensayo, publicación especial 3. Rosario [Argentina]: Beatriz Viterbo Editora.
- . 2004. *El deseo, enorme cicatriz luminosa: ensayos sobre homosexualidades latinoamericanas*. 1. ed. Ensayos críticos 19. Rosario, Argentina: B. Viterbo Editora.
- Bazán, Osvaldo. 2006. *Historia de la homosexualidad en la Argentina: de la conquista de América al siglo XXI*. Buenos Aires, Argentina: Marea Editorial.
- Biblioteca Nacional de Cuba José Martí. 1971. "Declaración del Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura". *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, 1971. <http://revistas.bnjm.cu/index.php/revista-bncjm/article/view/1732/1618>.
- Bourdieu, Pierre. 2000. *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama. <http://books.google.com/books?id=BRuxAAAAIAAJ>.
- Burin, Mabel. 2003. "La construcción de la subjetividad masculina" en Lomas, Carlos, ed. *¿Todos los hombres son iguales?: identidades masculinas y cambios sociales*. Paidós contextos 83. Barcelona: Paidós.
- Butler, Judith. 1993. "Imitation and Gender Insubordination". En *Inside/out: Lesbian Theories, Gay Theories*, editado por Michèle Aina Barale y David M Halperin. New York: Routledge.
- Callirgos, Juan Carlos. 2003. "Sobre héroes y batallas: los caminos de la identidad masculina" en Lomas, Carlos, ed. *¿Todos los hombres son iguales?: identidades masculinas y cambios sociales*. Paidós contextos 83. Barcelona: Paidós.
- Camacho Zambrano, Margarita. 2016. *Cuerpos deseantes y el armario político hetero-homosexual: Granizo (1963-1968) y "el círculo rosa y oscuro" (2009)*. Primera edición. Quito, Ecuador: Abya Yala.
- Castro, Fidel. 1961. "Discurso pronunciado por el Comandante Fidel Castro Ruz, primer ministro del gobierno revolucionario y secretario del PURSC, como conclusión de las reuniones con los intelectuales cubanos, efectuadas en la biblioteca nacional el 16, 23 y 30 de junio de 1961." Departamento de versiones taquigráficas del Gobierno Revolucionario. <https://goo.gl/7dQn4b>. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1961/esp/f300661e.html>.
- . 1967. "Discurso pronunciado por Fidel Castro Ruz, primer secretario del comité central del Partido Comunista de Cuba y primer ministro del gobierno revolucionario, en la velada solemne en memoria del comandante Ernesto Che Guevara en la Plaza de la Revolución el 18 de octubre de 1967". Departamento de versiones taquigráficas del Gobierno Revolucionario. <https://goo.gl/km4iBG>. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1967/esp/f181067e.html>.

- . 1968. "Discurso pronunciado por el Comandante Fidel Castro Ruz, primer secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y Primer ministro del gobierno revolucionario en la inauguración del seminternado de primaria 'Juan Manuel Márquez' en Boca de Jaruco el 15 de marzo de 1968". Departamento de versiones taquigráficas del Gobierno Revolucionario. <https://goo.gl/SKK6j7>. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1968/esp/f150368e.html>.
- . 2010. "Soy el responsable de la persecución a homosexuales que hubo en Cuba: Fidel Castro". *Revista La Jornada* (México), 31 de agosto, 26. <http://www.jornada.unam.mx/2010/08/31/mundo/026e1mun>.
- Ciriza, Alejandra, y Eva Rodríguez. 2004. "Militancia, política y subjetividad: la moral de PRT-ERP". En *Políticas de la memoria: anuario de investigación e información del CeDinCI, Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina*. No. 5. http://www.cedinci.org/PDF/PM/PM_5%20compilada.pdf.
- Connell, Robert William. 2003. *Masculinidades*. Traducido por Irene María Artigas. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Humanidades, Programa Universitario de Estudios de Género.
- Eribon, Didier. 2001. *Reflexiones sobre la cuestión gay*. Traducido por Jaime Zulaika. Barcelona (España): Editorial Anagrama.
- Falconí Trávez, Diego. 2016. *De las cenizas al texto: literaturas andinas de las disidencias sexuales en el siglo XX*. La Habana: Fondo Editorial Casa de las Américas.
- Gallardo Saborido, Emilio José. 2009. *El martillo y el espejo: directrices de la política cultural cubana, 1959-1976*. Difusión y Estudio. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Gilman, Claudia. 2003. *Entre la pluma y el fusil: debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Metamorfosis. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores Argentina.
- Guevara, Ernesto. 1965. "El socialismo y el hombre en Cuba". <https://goo.gl/yeZd13>.
- Gutiérrez Lozano, Saul. 2007. "La construcción cultural de la sexualidad masculina: un análisis discursivo" en Montesinos, Rafael, ed. *Perfiles de la masculinidad*. 1. ed. México, D.F: Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa: Plaza y Valdés.
- Kaufman, Michael. 1997. "Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres" en Valdés, Teresa, y José Olavarría, eds. *Masculinidad/es: poder y crisis*. Santiago, Chile: Isis Internacional Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- Lemebel, Pedro. 2001. *Tengo miedo torero*. Santiago, Chile: Editorial Planeta Chilena.
- . 2011. "Manifiesto (hablo por mi diferencia)". en *Revista Anales de la Universidad de Chile*, 7, 2: 218–21.
- Lockwood, Lee. 2003. *Castro's Cuba, Cuba's Fidel: An American Journalist's Inside Look at Today's Cuba in Text and Picture*. Estados Unidos: Wipf and Stock Publishers.
- Lomas, Carlos. 2003. "Masculino, femenino y plural" en Lomas, Carlos, ed. *¿Todos los hombres son iguales?: identidades masculinas y cambios sociales*. Paidós contextos 83. Barcelona: Paidós.
- López Morales, Berta. 2005. "La lengua marucha en Tengo miedo torero de Pedro Lemebel". Ponencia, XIV Congreso ALFAL (Asociación de Lingüística y Filología de la América Latina). Monterrey, México. del 17 al 21 de octubre de 2005. http://www.mundoalfal.org/cdcongreso/cd/analisis_textos_literarios/lopez.html.

- Lopez Garcia, Isabelle. 2006. "Imaginario de género en la (Post)nación: género y compromiso político en Tengo miedo torero del escritor Pedro Lemebel". *Hispanista: primera revista electrónica de los Hispanistas de Brasil*. VII (No. 27).
<http://www.hispanista.com.br/artigos%20autores%20e%20pdfs/artigo219esp.htm>.
- Luengo Baeza, Francisca. 2011. *Masculinidades no dominantes: una etnografía virtual*. Quito, Ecuador: Ediciones Abya-Yala. <http://site.ebrary.com/id/10831807>.
- Martínez Pérez, Liliana. 2006. *Los hijos de Saturno: intelectuales y revolución en Cuba*. 1. ed. Sede, México: FLACSO : Miguel Ángel Porrúa.
- Martínez, Luciano Hernán. 2006. "Reuniones fallidas: homosexualidad y revolución (México, Brasil y Argentina, 1976-2004)". Tesis de doctorado, Estados Unidos: Universidad de Pittsburgh. <http://d-scholarship.pitt.edu/7853/>.
- McCannon, Afrodesia. 2015. "Jean Genet: Our Lady of the Flowers" en Regan, J. Ward, ed. *Great books written in prison: essays on classic works from Plato to Martin Luther King, Jr.* Jefferson, North Carolina: McFarland & Company, Inc., Publishers. Edición de Kindle
- Muchembled, Robert. 2008. *El orgasmo y Occidente: una historia del placer desde el siglo XVI a nuestros días*. Traducido por Juan Almela. México [etc.: Fondo de Cultura Económica.
- Negro, Dalmacio. 2009. *El mito del hombre nuevo*. Filosofía / Encuentro 368. Madrid: Ediciones Encuentro.
- Olavarría, José. 2006. "Modelos de masculinidad y desigualdades de género" en Lomas, Carlos, ed. *Los chicos también lloran: identidades masculinas, igualdad entre los sexos y coeducación*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Ortolani, Luis. 2004. "Moral y proletarización". En *Políticas de la memoria : anuario de investigación e información del CeDinCI, Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina*. No. 5. http://www.cedinci.org/PDF/PM/PM_5%20compilada.pdf.
- Paz, Senel. 1994. *El lobo, el bosque, y el hombre nuevo*. Sancti Spíritus, Cuba: Luminaria.
- Pedraza, Zandra. 2009. "Derivas estéticas del cuerpo". *Revista Desacatos* 30: 75–88.
———. 2010. "El cuerpo: texto vivo". *Revista Javeriana* 770 (146).
- Perlongher, Néstor. 2013. *Prosa plebeya*. Editado por Christian Ferrer y Osvaldo Baigorria. Buenos Aires, Argentina: Editorial Excursiones.
- Pinto Meza, Daniela. 2015. *Palabra y pensamiento: Diálogos entre literatura y filosofía*. San Marcos de Arica, Chile: Editorial Cinosargo. <https://www.ju.edu/spanish/palabra.php>.
- Portanova, Joseph. 2015. "Epistle from Prison: Oscar Wilde's De Profundis [Epistola in Carcere et Vinculis]" en Regan, J. Ward, ed. *Great books written in prison: essays on classic works from Plato to Martin Luther King, Jr.* Jefferson, North Carolina: McFarland & Company, Inc., Publishers. Edición de Kindle
- Puig, Manuel. 2011. *El beso de la mujer araña*. Barcelona: Editorial Seix Barral.
- Ruiz, María Olga. 2015. "Mandatos militantes, vida cotidiana y subjetividad revolucionaria en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria de Chile (1965-1975)". (*RACS*) *Revista Austral de Ciencias Sociales*, núm. 28: 163–82.
- Seidler, Victor J. 2006. *Masculinidades: Culturas Globales Y Vidas Íntimas*. Barcelona: Montesinos.
- Simonetto, Patricio. 2017. *Entre la injuria y la revolución : el Frente de Liberación Homosexual. Argentina, 1967-1976*. Argentina: Unidad de Publicaciones para la

Comunicación Social de la Ciencia, Departamento de Ciencias Sociales,
Universidad Nacional de Quilmes.
<http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/641>.